



DGCL

A

C. 148375

t. 95533



CORRECCIÓN FRATERNA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

De venta en las principales librerías de España y América.

	<u>Ptas.</u>
Ripios aristocráticos (sétima edición); un tomo en 8.º.....	3
Ripios académicos (tercera edición); un tomo en 8.º.....	3
Ripios vulgares (tercera edición); un tomo en 8.º	3
Ripios ultramarinos; montón primero, segundo y tercero, segunda edición; el montón cuarto, nuevo, con el retrato del autor; cuatro tomos en 8.º.....	12
Se venden separados.	
Ripios geográficos; un tomo en 8.º.....	3
Fé de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición); cuatro tomos en 8.º.....	12
Se venden separados.	
Destrozos literarios; un tomo en 8.º.....	3
Agua turbia, novela (segunda edición); un tomo en 8.º.....	3
La condesa de Palenzuela, novela: ¡A buen tiempo!, id., Inconsecuencia, id., La prueba de indicios, id.; Metamorfosis, id. Estas cinco novelas en un tomo en 8.º, con el título de Novelas menores.....	3
Rebojos; zurrón de cuentos humorísticos (segunda edición); un tomo en 8.º.....	3
Parábolas; un tomo en 8.º, con retrato.....	3
Capullos de novela (segunda edición); un tomo en 8.º.....	3
Agridulces (políticos y literarios); dos tomos 8.º.	6
Historia del corazón, idilio; 4.ª edición (de lujo).	1
D. José Zorrilla (biografía crítica).....	1
Pedro Blot (traducción de Paul Feval).....	2
Cuentos de afeitar (edición ilustrada).....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2
El la y el le (notas gramaticales).....	1

EN PRENSA

Ripios eclesiásticos.

Palabras estropeadas (notas gramaticales).

EN PREPARACION

Diccionario de la Lengua castellana.

El beato Juan de Prado.

Ratoncito Nosemás, novela.

CORRECCIÓN FRATERNA

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

SEGUNDA EDICIÓN



74150

MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, 5

1910



R. 71951

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

07147

I

CRONIKUERÍAS

I

Disparates negros.

No sé yo, ni es cosa fácil de averiguar así de pronto, quién sería el primer mortal que discurrió llamar *crónicas* á los disparates.

Pero hay que reconocer que, fuera quien fuera, hizo un descubrimiento prodigioso.

Y hasta benéfico si se quiere: á lo menos para cierta clase de personas; verbigracia, para la clase de malos escritores.

Porque es cosa experimentada que los individuos de esa clase respetable..., siquiera por lo numerosa, encuentran hoy, merced al susodicho descubrimiento, mucha mayor facilidad que antes para dar á la estampa sus desatinos.

Figúrense ustedes que un día da un periódico la noticia de un suceso cualquiera; por ejemplo, de que una guardabarrera del ferrocarril, enterada de que las aguas de una nube habían cortado la vía, corrió, en cumplimien-

to de su deber, á avisar el peligro al maquinista de un tren que se acercaba, y evitó la catástrofe.

Y figúrense ustedes que dada sencillamente esa noticia en un periódico en seis ó siete renglones, y reproducida lo mismo en los demás, con lo que se habría enterado ya del caso todo el mundo, se le ocurriera ocho días después á un redactor del periódico que la dió primero, volver á darla más extensamente, y escribiera al efecto un artículo de columna y media...

Claro es que el director del periódico, con muy buen sentido, se opondría á la publicación de este artículo, diciendo:

—Hombre, no: eso ya lo dijimos el otro día... eso lo tienen los lectores olvidado de puro sabido... ¡Vaya una novedad!

—Es que cuento el caso más ampliamente, con más detalles,—diría el autor del artículo.

—No, no—insistiría el director,—déjese usted de eso: la Misa del gallo no se dice más que una vez al año...

Y, naturalmente, no se publicaría la noticia amplificada.

Pero sucede que el autor de la amplificación, en vez de llamarla así, contesta á la primera observación del director diciéndole:

—Es que esto es una *crónica*.

—¡Ah! entonces — dice el director, — lea usted, á ver.

Y se dispone á examinar el escrito:

Comienza la lectura:

«El tren *corría; corría...*»

—Hombre, me parece que sobra un *corría* de esos... ¿No cree usted que es bastante uno?

—No, señor; fíjese usted en que es una *crónica...* el estilo tiene que ser de *crónica...*

— ¡Ah! — vuelve á decir el director — se me había olvidado... Bueno, siga usted.

«El tren *corría; corría devorando* el espacio negro como un monstruo, *más negro aún*»...

—Hombre, hombre, — vuelve á decir el director, rascándose la barba, — también esos dos *negros* me parecen demasiados... Y luego no está claro tampoco si la partícula comparativa se refiere al verbo *devorar* ó al adjetivo *negro*; vamos, que no se sabe si quiere usted decir que el tren devoraba el espacio negro como le devoraría un monstruo *más negro*, ó que el espacio es negro como un monstruo...

Y en este último caso, que me parece el más probable, note usted que eso de que el espacio es «*negro como un monstruo, más negro aún*», es un disparate... negro también, ó del color que usted quiera, pero disparate. Porque si el monstruo es más negro que el espacio, no se puede decir que el espacio es negro como el monstruo... ¿Ha oído usted decir alguna vez: «Pedro es alto, como Juan, que es mucho más alto?...»

—No, señor; pero tenga usted en cuenta que lo que estoy leyendo es una *crónica...*

Ante esta observación el director, aunque sea persona inteligente y de no mal gusto literario, se ablanda un poco y consiente que siga la lectura.

Y sigue:

«El tren *corría; corría* devorando el espacio negro como un monstruo *más negro* aún: su *ojo encendido* rasgaba las tinieblas, y sacudiendo sus férreos anillos como un *reptil gigante...*»

—Le advierto á usted que esa comparación del tren con el reptil no es nueva, sino muy conocida, por haberla usado el insigne don Ramón de Campoamor, hace unos cuarenta años, en *El tren expreso*.

—Bueno, pero como esto es una *crónica...*

Sigue la lectura...

«...como un reptil gigante, se precipitaba con horrisono *tableteo* por cañadas y terraplenes, *vertientes* y trincheras.

»Era una marcha vertiginosa, casi una caída sobre el abismo!...»

El director, al oír esto de la caída sobre el abismo, hace un movimiento como disponiéndose á decir algo. Pero, recordando sin duda que lo que oye leer en una *crónica*, se encoge de hombros.

.....

«Dentro de la caseta el espectáculo rayaba en lo trágico... tres niños tendían á todas partes sus bracitos...

Y en medio estaba la madre, es decir, la fiera...»

—¡Pobre mujer!... ¿Por qué la maltrata usted así?... Verdad es que dice usted que eso es una *crónica*... Se me había olvidado.

Siga usted:

«Pero se sentía con vigor: era madre (¿madre ó fiera, en qué quedamos?), tenía vista de lince, dientes de loba y garras de *tigresa*...»

—¡Qué barbaridad!... Pero, hombre, algo menos sería... ¡Ah! y le advierto á usted que no se dice *tigresa*, sino TIGRE, lo mismo para nombrar á la hembra que para nombrar al macho, porque TIGRE es común de dos, igual que LIEBRE, ÁGUILA, etc. ¿Dirá usted también la *liebresa* ó el *liebro*, ó el *aguileso* ó el *águilo*?...

—No olvide usted que esto es una *crónica*.

—Es verdad; siga usted.

«Era el puente de Fuentes que se hundía, y en aquellos momentos se acercaba sin duda á sus tramos el tren de Zaragoza, con su marcha de expreso y su *tableteo*...

—Me parece que dijo usted ya otra vez eso del *tableteo* y, francamente, *verba repetitita*... Pero me dirá usted que es una *crónica*.

—Sí, señor.

—Adelante.

»Apareció por fin al otro lado de la terrible cortadura el *ojo sangriento* del tren...»

—También creo que dijo usted ya eso del *ojo sangriento* ó *encendido*, que viene á ser

igual... Y una vez podría pasar; pero dos...
Verdad es que se trata de una *crónica*...

.....

Y después de haber llamado á la pobre guarda, fiera, loba, *tigresa*, pantera, leona y no sé si algo más, el *cronista* termina con estas palabras:

«Ha ocurrido, es exacto: no he aumentado al relato una sola grandeza».

—No, al contrario: ha empequeñecido usted la acción cargándola de ridiculeces—dice el director para sí;—pero hay que considerar que es una *crónica*...

Y en lugar de hacer pedazos las cuartillas y tirarlas al cesto de los papeles rotos, las manda á las cajas.

II

Un párrafo aprovechado.

Uno sólo voy á leer á ustedes de otra *crónica* publicada en un periódico liberal, como artículo de lujo.

Atiendan ustedes:

«Puede el hidalgo campesino abandonar la casa solariega y el labrador su corbertizo de tablas y raíces; cuando pasen los años y *vuelva*»...

—¿Cuál de ellos?—me preguntarán uste-

des.—Porque son dos los que se han marchado, el hidalgo y el labrador; y si no vuelve más que uno, hay que decir cuál es el que vuelve.

—Bueno; pero el autor no lo dice, y yo no lo sé adivinar; de manera que no puedo complacer á ustedes. Sigamos:

«...cuando pasen los años y *vuelva* allí le encontrará...»

—¿Qué encontrará?... Porque lo abandonado eran dos cosas, ó dos casas, como quien dice; vamos, la casa solariega y el cobertizo...

—Sí, pero también los abandonantes eran dos, el hidalgo campesino y el labrador, y el que vuelve no es más que uno.

—Lo natural era que habiendo dicho: Puede el hidalgo campesino abandonar su casa solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces...» dijera luego: Cuando pasen los años y vuelvan allí *los* encontrarán (el cobertizo y la casa).

—Eso sería lo natural, pero no sería lo *modernista*, ni lo... *croniquero*... Figúrense ustedes que al autor se le olvidó que el principio de la oración tenía dos sujetos, ó que, sin olvidársele, quiso echar uno al agua y quedarse con el otro sólo..., y ¿qué le hemos de hacer? Hay que resignarse.

«... cuando pasen los años y *vuelva* allí le encontrará más *avejentado*...»

—Y eso, ¿qué es?

—Una tontería que ha escrito el autor en comandita con el Diccionario de la Academia.

—¿Y qué quiere decir...?

—Como querer... quiere decir aviejado, envejecido; pero no lo dice. Porque como ustedes comprenden perfectamente, *avejentado*, en rigor gramatical y atendida su propia estructura, significa parecido al *vejente*, venido á *vejente*, ó á *vejenta*. Lo mismo que aleonado significa parecido al león, y afeado venido á feo, y arruinado venido á ruina.

Y como *vejente* no es VIEJO, ni *vejenta* es VIEJA, ni ninguna de esas dos palabras es más que un disparate, resulta que *avejentado* es otro mayor, que no sirve para significar aviejado ni envejecido, ni debe usarse para nada.

—Pero si es que está en el Diccionario de la Academia...

—Sí, allí está; pero déjenle ustedes que esté: allí no hace daño. Porque como la Academia está tan desacreditada, aunque no más de lo que merece, nadie hace caso de ella ni de sus libros... más que algún pobre modernista como este de la *crónica*.

Ni les importe á ustedes tampoco que esa tontería se lea acaso en algún libro de algún escritor de fama; porque bien puede ser que el tal escritor no la escribiera, sino que se la haya puesto algún impresor ignorante y presumido, como suele haberlos. Y aun en el caso de que la escribiera un autor de fama, como la pala-

bra no tiene origen racional ni tampoco la ha adoptado el uso culto, no se le debe seguir en eso.

Vamos adelante.

«Cuando pasen los años y vuelva, allí le encontrará, más *avejentado*, más cubierto de polvo, más surcado de grietas y *socavado* de *hendiduras*...

—¿.....?

—Sí, así dice; porque se conoce que no sabe el cronista lo que son hendiduras, ó no sabe lo que es socavar, ó ignora las dos cosas.

«Pero allí permanece impasible.»

—¿.....?

—Hay que suponer que es el cobertizo; de modo que la impasibilidad es muy natural y *obligatoria*.

«Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando *añoranzas*...»

—¿Añoranzas?... ¿Y eso?...

—Eso es otra tontería que hace años les trajo á los académicos D. Víctor Balaguer allá de Cataluña, y ellos, los majaderos, la recibieron como un regalo, aunque no nos hacía maldita la falta.

—¿Y qué quiere decir?

—Los académicos no lo saben á punto fijo, ni los catalanes tampoco. De suerte que... lo que ustedes quieran. Y vamos andando.

«Aun se puede leer en el blasón de piedra la heroica impetuosidad del *chozno*...»

—¿Y eso qué es?

—Una barbaridad; ahí donde ustedes la ven, una barbaridad como una loma; barbaridad no se si del autor de la *crónica*, ó de la Academia, que en este particular andan encontrados.

Porque la Academia en su Diccionario, después de poner esa palabreja y de ponerla una etimología griega con interrogante, es decir, con duda, preguntando si vendrá de una palabra griega que significa el hijo del biznieto, dice que significa *cuarto nieto*.

En lo cual hay ya una incongruencia y una ignorancia, porque el hijo del biznieto no es *cuarto nieto*, sino tercero, ó tataranieto.

Pero la incongruencia mayor está entre esta significación que á la innecesaria y ridícula palabra *chozno* da el Diccionario académico, y la en que la emplea el *croniquista*.

Pues al decir que se puede leer en el blasón de piedra «la heroica impetuosidad del *chozno*, no puede querer decir el *cuarto nieto*, sino el *cuarto abuelo*, si acaso; lo cual no es lo mismo, sino lo contrario precisamente.

¿Cómo ha de poder leerse en una piedra vieja la impetuosidad del que no ha nacido ni nacerá todavía en siglo y medio?

.....

Hemos leído once líneas nada más y en las dos que siguen habla el cronista de una puerta *desquiciada* de *goznes*, lo cual es una barbaridad, ó dos, mejor dicho.

Porque para estar desquiciada una puerta necesita tener ó haber tenido *quicio*; y si tiene quicio no tiene goznes. Y si tiene ó tuvo goznes y no quicio, no puede estar desquiciada, sino *desgoznada*; ó desgoznada, que es como generalmente se dice.

Por la cuenta, el *croniquista* no sabe ni lo que son los goznes ni lo que es el quicio, y cree que todo es uno.

Verdad es que en la ignorancia de lo que es el *quicio* tiene muchísimos compañeros, pues apenas se puede abrir un periódico que no hable, en invierno especialmente, de los niños que duermen en los quicios de las puertas, llamando quicio á la solera ó al humbral, lo cual es sacar completamente las cosas de quicio, y grandísimo disparate.

Todo esto hay en las primeras trece líneas de la *crónica* de autos... ¿cuántas correcciones habría que hacer leyendo hasta el fin sus dos columnas?

¡Figúrense ustedes!

III

La lucha por el desatino.

Insisto en que, en la jerga periodística moderna, la palabra *crónica* viene á significar algo así como chorro de disparates.

Y allá va otra prueba.

La *Crónica* que me la suministra y que ustedes van á tener no sé si el gusto ó el disgusto de saborear en extracto, se llama *la lucha*, lo mismo que se podía llamar *la chula*, si al autor le hubiera dado la gana de hacer una simple inversión de letras, y aun podría llamarse *el chal* ó *el hacha*.

Porque, si bien es cierto que no figura en ella ninguna chula, como tampoco ninguna hacha ni ningún chal, tampoco la lucha se ve por ninguna parte, á no ser la de los despropósitos, que, como son tantos, se cachetean y se empujan unos á otros disputándose el sitio.

Y empieza:

«Paseando indiferente
una tarde del pasado
mes de Octubre...
(¡Hombre, bien, perfectamente!
¡Qué copla con pie quebrado
se descubre!)

Debo advertir á ustedes que eso no es más que una muestra aislada de las facultades del autor para versificar sin querer. No continúa.

En prosa es como sigue diciéndonos:

«Paseando indiferente..., etc., por la carretera de Portugalete á Santurce, tuve en unos instantes la *percepción más profunda, más vigorosa* (¡qué presumido!) y más inesperada...»

Eso sí lo creo; inesperada, sí; como la co-
pleja de arriba.

«...que haya podido presentarse del drama
humano, sintetizado en las palabras *la lucha
por la existencia...*»

Advierto á usted que esas palabras no sin-
tetizan un drama humano, sino una costum-
bre ó una tendencia ferina; porque las fieras
son las que suelen *luchar por la existencia*.
Los hombres luchan por cosas más altas: por
el honor, por el amor, por el derecho, por la
gloria...

¿Ha visto usted ó ha oído alguna vez que dos
hombres se hayan apuñalado en una taberna
por querer ambos beberse una copa de vino?...

Por rehusar ó despreciar uno la copa de vino
que le ofrece otro, hay puñaladas muchas ve-
ces; pero por disputársela y querer bebérsela,
nunca; ni por quitarse uno á otro el plato de
comida, tampoco.

Ni los mismos granujas de la calle se pegan
jamás por un mendrugo. Se pegarán por dis-
putarse quién tiene más derecho á él, ó quién
es más guapo; pero por el rebojo, nunca.

Por la comida sólo riñen las fieras, no los
hombres. Aun los más prosaicos de éstos y
más descristianizados no pelean ni arman ja-
leos y huelgas por la comida, que no les falta,
sino por la ambición de riquezas, por el dinero
necesario para sostener vicios.

Quiere decir todo esto que lo de *la lucha por*

la existencia, aplicado á los hombres, es una tontería; muy afortunada, si se quiere, puesto que la repiten mucho, pero tontería al fin y al cabo.

Con más razón se podría llamar al trabajo de los que escriben esta clase de crónicas *la lucha por el desatino*.

Quedemos, pues, en que esas palabras no sintetizan ningún problema *humano*, y vamos adelante.

Dice el croniquero:

«Fué aquello como la visión portentosa...»

No le hagan ustedes caso, no hay tal portentoso. Ya verán ustedes cómo todo ello es una vulgaridad simple.

«Fué aquello como la *visión portentosa, por lo grande, del gran símbolo expresador* de la idea que encierra...»

Bien sé yo á quién debieran encerrar.

«¡Visión portentosa, por lo grande, del gran símbolo expresador de la idea!...»

¡Cualquiera lo entiende! Y añade:

«Símbolo hermoso, grandiosamente hermoso,

que á la vez estremecía
y alentaba y producía
(¡qué bonito pareadito!)

un *consuelo triste* (¡buen consuelo!), porque marcaba los *momentos culminantes* de la pelea, el *incansable* embite, siempre rechazado,

del comienzo; el enardecimiento entusiasta de la carga dominante...»

¡Vamos! ¿Se puede disparatar más?..

¿Qué será eso del *incansable embite, siempre rechazado, del comienzo?* ¿Qué será lo del *enardecimiento entusiasta de la carga dominante?*

Bueno, pues toda la *crónica* es así en la forma.

Y en el fondo... verán ustedes.

Todo ello se reduce á que «*hallábase* la base, el arranque *simbólico*, en el *panorama ambulante*... y á los oculares del estereóscopo se pegaban los *niños* y las *niñas ricos*, sacados de *las quintas de paseo*...»

Claro es que no entenderán ustedes una palabra de lo que voy copiando: «*hallábase* la base, el arranque *simbólico*... Los *niños* y las *niñas ricos*, sacados de *las quintas de paseo*...»; pero lo mismo le debe de pasar al autor que lo ha escrito...

Y sigue escribiendo:

«Mas el primer tiempo del símbolo éste *no hallábase* ciertamente en el aparatejo...»

¡Ah! ¿conque *no hallábase?*...

Pues mire usted: *no dícese* «no *hallábase*», porque esa trasposición del pronombre *no úsase* nunca con negación.

Verdad es que, si no hubiera usted escrito ese *no hallábase*, faltaría ese disparate en la *crónica*, y usted se ha propuesto que no falte ninguno.

Tampoco se dice dos ruedas sin *radios*, porque esos que usted llama *radios*, se llaman *rayos*.

Y tampoco es verdad que las *ruedas de las carretas vascas* sean de *una sola pieza*.

En sustancia, si la cosa la tuviera, la cosa es que el *croniquero* vió á un francés y una francesa que llevaban un panorama en un carricoche. Esta fué la *visión portentosa, por lo grande, del gran símbolo expresador de la idea...* y á esto lo llama él *el primer tiempo*.

Después... esto no lo vió, pero lo asegura, porque los genios así, que escriben *crónicas* de éstas, no necesitan ver las cosas para afirmarlas... Asegura, pues, el *croniquero* que aquellos vascos franceses, enseñando su panorama sacaban el mismo dinero en España que en Francia, precisamente el mismo; pero que con la misma cantidad de dinero en Francia vivían bien y en España se morían de hambre... Todo para sacar la consecuencia de que en España no se puede vivir.

Lo cual, á primera vista, no parece gran desacierto; porque un país donde hay quien escribe *crónicas* como esa, y hay quien las publica, y hay quien las lee, es un país perdido...

Verdad es que leer... yo creo que esas *crónicas* no las lee nadie.

Aparte de eso, la consecuencia es falsa, porque lo son también las premisas.

En primer lugar, no es cierto que enseñando el panorama sacaran los dueños el mismo producto en España que en Francia. En Francia acude siempre más gente á ver esas cosas, por dos razones: la primera, porque hay más dinero; y la segunda, porque hay menos sentido común.

Después, tampoco es cierto que con lo que se vive en Francia no se pueda vivir en España; lo cierto es lo contrario: que en Francia es mucho más caro todo, por una de las razones antes dichas, porque anda el dinero más abundante.

Pero se conoce que el autor de la *crónica* sabe tanto de vivir en Francia como de escribir en castellano; y como necesitaba un argumento para disparatar en una *crónica*, fué y discurrió ese, por no poder discurrir otro mejor, y ese le sirvió para decir que los españoles *no comen desde hace cuatro siglos*, que se mantienen de legumbres, que *no se nutren* y no pueden ser *buenos animales*, y por eso y por dedicarse á la *contemplación* y al *misticismo* está España tan en decadencia, con otras mil majaderías por el estilo. Sin reparar el infeliz *croniquero* en que aquella España que comía legumbres y se dedicaba á la *contemplación* y al *misticismo*, realizó la conquista de América y de Italia y de Flandes, y paseó sus banderas por todo el mundo; y esta España de ahora, la de los buenos animales, la

que come carne, á lo menos cuando lo prohíbe la Iglesia, y, lejos de dedicarse al misticismo, apenas cree en Dios, ha perdido todos aquellos dominios.

II

MÁS CRONIQUEERIAS

I

Progreso cangrejil.

La conocida teoría de que los nombres suelen estar en contradicción con las cosas y con las personas que los lucen, no quiebra, ciertamente, por el lado de nuestros progresistas, que, llamándose así, *progresistas*, á boca llena, son la gente que menos progresa y la más atrasada del mundo.

Ahí los tienen ustedes defendiendo fervorosamente el jurado y entusiasmándose con él como con una gran conquista de la civilización, cuando representa una regresión, cuando es la vuelta al salvajismo, al régimen de la tribu nómada, cuyos individuos se reunían en tribunal (todavía lo hacen así los gitanos) para castigar un delito.

Ahí los tienen ustedes también clamando

todos los días por el servicio militar obligatorio, que es un retroceso á la barbarie, al tiempo en que los hombres tenían que ser todos soldados para poder defender su tribu contra los asaltos de la vecina, como tenían que ser también todos labradores para sembrar y recoger lo necesario al propio sustento, y todos zapateros para calzarse, si se habían de calzar, y todos sastres para coserse el poco vestido que hubieran de usar, si usaban alguno.

Y, si como se ve, nó quiebra la susodicha teoría por los progresistas en general, tampoco quiebra en particular por el doctor Pulido, tan atrasado de noticias literarias como cualquier otro progresista de los más cerriles.

Ustedes conocerán seguramente, cuando menos de nombre, al doctor Pulido; porque se exhibe bastante en los periódicos, y, además, en una etapa progresista creo que fué Director general de Sanidad y no sé si también de Beneficencia...

Digo que no sé, porque estas dos Direcciones andaban juntas; mas como los Gobiernos regeneradores que disfrutamos, ó viceversa, siempre están dando vueltas á las cosas, con el fin, ó cuando menos con el resultado de ponerlas cada vez peor, francamente, no sé si á estas horas (desconcertadas por Dato) la Beneficencia y la Sanidad andan juntas ó separadas, ó si se ha suprimido la Beneficencia, como función general de Gobierno, para dejar

que cada gobernante la ejerza exclusivamente con su familia...

Es lo mismo; pues la tal Dirección de Beneficencia tampoco solía beneficiar á nadie más que á los directores y demás empleados á quienes proporcionaba sueldo.

Bueno; pues volviendo al doctor Pulido, ya habrán visto ustedes que escribe mucho, pero no sé si habrán notado que lo suele hacer mal, como un verdadero progresista, es decir, con un atraso lamentable.

Suele firmar así: *Doctor Pulido*, como si le hubieran puesto *Doctor* en la pila; lo cual ya es un indicio progresista, porque denota hinchazón y atraso, signos característicos de la raza. Especialmente atraso...

Y luego, en cuanto se pone á escribir, habla constantemente en plural y se da á sí mismo el tratamiento de *nos* como el Papa.

Y como los progresistas del año 42 del otro siglo, que eran unos verdaderos papa-moscas.

Una vez, con motivo de haberse muerto un anciano catedrático de la Facultad de Medicina, publicó el doctor Pulido, con su firma ordinaria, en *El Liberal*, un articulejo pobre y vulgar en elogio del difunto, y decía hablando de sí mismo:

«*Conservamos* todavía un recuerdo muy vivo de la *seductora*... impresión que sus lecciones *nos* causaron... sin duda alguna fueron las que más hirieron *nuestra* imaginación y

nuestro espíritu de cuantas *oímos* en la carrera, y eso que en ella *hubimos...*»

Nada; el doctor no se ha enterado aún de que todo eso está mandado retirar desde el principio del siglo pasado; y no contento con ensartar todos esos finchados plurales, comienza un párrafo de esta manera:

«FUIMOS alumno...»

¡Progresistón! No se dice así. ¿No ve usted que eso es una simpleza?...

Y además una mala concordancia.

¡Fuimos alumno!...

¡Qué *habían ustedes* de ser *alumno!*

De ser, serían *ustedes alumnos*. Y tampoco; porque usted no pudo ser dos alumnos.

Gracias que fuera usted uno bueno; que lo voy dudando, al ver lo mal que escribe.

No, señor, no se escribe así: eso de *fuimos alumno* es un solemne disparate.

Para que usted lo entienda, señor doctor Pulido... ¡Y que á los doctores haya que enseñarles estas cosas!...

Para que usted lo entienda, ese tratamiento de plural no pueden usarle más que las personas constituídas en dignidad elevada, pero mucho más elevada que la de director general de un ramo así de poco más ó menos; y, aun esas personas, solamente cuando hablan ó escriben en funciones de su elevado cargo, no cuando escriban articulillos necrológicos.

Habla así, como usted, en plural diciendo

nos con relación á sí mismo, el Papa cuando se dirige á los fieles cristianos, de que es jefe supremo: habla así el Obispo cuando se dirige á sus diocesáanos... y, casi, casi, pare usted de contar.

Porque los reyes... ¡Con decirle á usted que ni los reyes se suelen dar ese tratamiento sino en muy raras ocasiones!...

Verdad es que los reyes de ahora andan muy democratizados. Pero si los reyes andan así ¡figúrese usted cómo andarán los doctores, aunque hayan sido directores generales!

¡Ah! Y, por supuesto, que ni el Papa ni los Obispos, que se llaman *nos* en los actos oficiales, hablan así cuando cuentan á alguna persona recuerdos de su niñez: no, tampoco dicen *fui*mos alumno.

Eso nunca.

En los periódicos se suele decir, y usted habrá leído: «No estamos conformes con... *tal cosa*; no podemos menos de reconocer... *tal otra*».

Pero eso está bien y muy en su lugar en artículos no firmados, porque allí el *no estamos* y *no podemos* se refiere á los cinco, seis, diez ó veinte escritores que forman la redacción del periódico.

También en los libros ó en artículos de periódicos firmados se puede usar y se usa el plural cuando se introduce al lector en la acción, verbigracia; «Quedábamos, lector bené-

voló (quedábamos tú y yo), en *tal* ó *cual* cosa; vamos ahora á examinar (tú y yo) tal ó cual otra...»

Pero ninguna de estas formas admitidas autoriza para decir *fuimos* alumno...

Conque, adiós, doctor. Que no vuelva usted á decir *FUIMOS* alumno ni á defender á los judíos de Bulgaria. Porque en esto tambien se iba usted ya poniendo un poco fastidioso.

Como que había quien trataba de proponer y pedir algo al Gobierno que le declarara á usted *judío honorario*.

II

Un flaco servicio.

Al poco más ó menos, lo mismo que el doctor Pulido viene á escribir el doctor Salillas.

Digo, apuradamente, yo no sé de cierto si este es doctor, porque no firma doctor, sino Rafael; pero de que escribe mal estoy seguro.

Y creo que toda la culpa se la tiene el haber estudiado en Huesca; porque tiene él una idea tan equivocada de lo que es haber estudiado en Huesca, que se le debe de figurar que el que estudió en Huesca de muchacho, aunque fuera poco, ya no necesita volver á estudiar nada en su vida. Tal es la importancia que da al hecho de haber estudiado en Huesca.

Y es claro; como en Huesca parece que no le enseñaron bien la lengua castellana ó él no la aprendió, y después no la ha vuelto á estudiar, no la sabe; y escribe, hablando del señor Ramón y Cajal, á cuyo elogio dedica una *crónica*:

«El anuncio de la publicación de la autobiografía del insigne histólogo me hace recordar vivamente la época en que *lo* conocí.»

¡Ah! ¿*Lo* conoció usted?... ¿Y qué fué lo que conoció?... Porque si ha querido usted decir que conoció al insigne histólogo, no ha debido usted decir *lo*, sino *le*, que es el acusativo masculino del pronombre él, mientras que *lo* es para lo neutro, para lo indeterminado, para lo impersonal, para lo abstracto...

Así, por ejemplo, si al decir yo que escribe mal el Sr. Salillas me preguntaran:

«¿Cuándo *lo* ha conocido usted?», entendería yo que me preguntaban cuándo había conocido *que escribía mal el Sr. Salillas*. Y lo mismo entendería cualquiera que hablara y escribiera regularmente el castellano.

Pero el Sr. Salillas, si le hicieran respecto de otro la misma pregunta, dudaría si le preguntaban cuándo había conocido que el escritor escribía mal, ó cuándo había conocido al escritor.

Por eso, refiriéndose á un hombre, hay que decir «*le* conocí» y no «*lo* conocí», como dice el Sr. Salillas.

Y no importa que el Sr. Salillas se aplique cuanto quiera á poner *lo* en lugar del sujeto sustantivo, animado y personal; no importa que llegue á poner tres *loes* de esos en cuatro líneas y diez en el artículo: es lo mismo que si pusiera treinta: todos estarían mal puestos, como *lo* están los diez que pone.

Porque esa construcción basta y antigramatical no tiene de su parte la autoridad de los buenos escritores.

Si en algún libro de alguno de aquéllos se encuentra un *lo* como acusativo masculino, es que se le ha puesto algún inpresor catalán, ó valenciano, ó americano ó andaluz, pues de todas estas filiaciones los ha habido tan irrespetuosos como ignorantes.

Y si realmente algún buen escritor hubiera escrito un *lo* de esos del Sr. Salillas, habría que explicar el caso por aquello del *quando-que bonus dormitat Homerus*, y no seguirle, como no le ha seguido el uso culto y razonable.

Mas no se crea que la única gracia, ó la única desgracia del Sr. Salillas es la de escribir *lo* en lugar de *le*, escribir *intelecto* en lugar de entendimiento, y otras cosas por el estilo... No; aparte de la de escribir mal, gracia ó desgracia, como ustedes quieran, tiene también la de que le resulten al revés las cosas.

De lo cual tienen ustedes la prueba á la vista.

Con el título de *La isla de Cajal*, escribe el

señor Salillas una *Crónica* á beneficio de aquel ilustre médico, tratando de ponerle en las nubes, y poniéndole, en realidad, como un trapo.

Veán ustedes:

«Los panegiristas de Cajal—dice el señor Salillas— reconocen que no ha tenido maestros, que se ha formado solo... No ha tenido maestros... *Ni los quiso tener*, añadiría yo.»

Conste que este *yo* no soy yo: quien acusa al señor Cajal de no haber querido maestros es el señor Salillas, su admirador fervoroso.

Y además dice:

«Aquel muchacho *de apariencia arisca, no muy sociable, que se aislaba siempre que podía, y que por su actitud de reconcentración reflexiva siempre estaba aislado*, era clasificado entre los caracteres que según Juan Huarte—otro escolar de la Universidad de Huesca— llaman los toscanos *caprichosos*, por su semejanza con las cabras que viven aisladas en los cerros...»

¡Pobres cabras! ¡Tan calumniadas por los académicos y los estudiantes de Huesca...!

¡Y pobres toscanos, que también resultan *caprichosos* por la mala sintaxis del Sr. Salillas!

Mas volviendo á las cabras... ¡dale que han de ser *caprichosas* y que se han de aislar! cuando no hay animal que encabañe mejor ni que sea más sociable. Como que tienen hasta instinto de familia; pues dentro del rebaño for-

manorros al acostarse en la corte ó en el sestetil, y la madre y las hijas que ya son madres también, y las nietas y las biznietas, suelen hacer corro aparte, echándose unas junto á otras.

Y luego, ¿para qué traer á las pobres cabras á cuento?...

¿Qué culpa tienen ellas de que el señor Cajal fuera mal estudiante?...

Según dice el Sr. Salillas, que yo no lo creo á dos tirones; porque si no hubiera estudiado no sería hoy una eminencia científica.

Pero el Sr. Salillas sigue diciendo:

«Cajal, en la época que lo conocí, no fué discípulo de ningún catedrático.

¡Y así lo trataron ellos más de una vez!»

Esto quiere decir que le solían dejar suspenso: casi no puede estar más claro.

Pero más claro lo pone todavía el *cronista* diciendo:

«El instituto no lo atraía... Iba cuando iba, á la cátedra».

Es decir que corría los toros... ó los novillos...

¡Pobre Sr. Cajal! ¿Qué necesidad tendría su *cronista* de contar estas cosas desfavorables?

Porque, ciertamente, hoy es en su Facultad una eminencia universalmente reconocida; mas á cualquiera se le alcanza que no lo es por haber sido mal estudiante, sino á pesar de haberlo sido.

Pero bien mirado, ¿por qué privilegio había de haber salido el médico ilustre de manos del Sr. Salillas mejor librado que el idioma?

* *
* *

Tiene chiste la *isla*, es decir, la *crónica* del Sr. Salillas hablando de la *isla*.

Advirtiéndoles á tiempo, porque no me gusta engañar, que el chiste de la *crónica* de la *isla* no es otro que el que resulta del fracaso, de la desproporción entre el éxito y el intento; ó sea, de querer á todo trance pasmar al lector y no lograr más que hacerle sonreírse; de empeñarse en entusiasmarle, y acabar por dejarle frío.

Queriendo el cronista favorecer al Sr. Ramón y Cajal y haciéndole en realidad un flaco servicio, después de decir en mal castellano, que «el Instituto no lo atraía» y que «iba á clase.... cuando iba», como quien dice, de higos á brevas y como perro por soga, añade el Sr. Salillas con cierto misterio: «Su inclinación era muy otra.»

La cosa parece que promete, ¿no es verdad?

Pues, nada; ya verán ustedes cómo no cumple.

Porque dice:

«Al dejarse llevar de su tendencia salía al campo libre...»

Aquí recuerda uno sin querer aquello de

Al campo, D. Nuño, voy...

Pero luego se convence de que no va por ahí la cosa, pues la continuación es como sigue: «...salía al campo, libre, solo generalmente, alguna vez con muy pocos amigos, que *lo* secundaban (¡váyase por Dios!) más bien que *lo* comprendían, y en largas ó en pequeñas expediciones (lo mismo da) sentía siempre la contrariedad de tener que volver.»

¿...?

Sigamos á ver en qué para:

«Por su gusto hubiera marchado sin detenerse»...

Como el judío errante:

... Y anda... y anda,
Porque el señor (1) se lo manda

«sin detenerse, sin hacer etapas hasta encontrar *una cosa* en la que *creía* con la misma *evidencia* que el descubridor del Nuevo Mundo creyó en la existencia de las Indias».

Bueno; probablemente Colón no creyó en la existencia de las Indias (llamando así á las Américas) sino después que las encontró.

Lo que parece que creyó y se propuso fué llegar por el mar de Occidente á la India, á las regiones orientales del mundo conocido, más pronto que marchando hacia el Oriente; por que tenía idea de que la tierra era esférica,

(1) Salillas.

pero creía que era mucho más pequeña de lo que es.

Aparte de que eso de creer con *evidencia* es algo semejante á ver con los ojos cerrados; un contrasentido... mas ¿por qué ha de saber un modernista distinguir la creencia de la evidencia?

Dejemos esto á un lado y sigamos hacia la *isla*.

«La primera vez —dice Salillas— que merecí una confianza de Cajal, fué leyéndome una novela que *escribía é ilustraba*.»

Todo mal, por supuesto. ¡Figúrense ustedes lo que podrían ser una novela y unas ilustraciones hechas por un rapaz del Instituto de Huesca, que, á mayor abundamiento, era mal estudiante!

Aparte de que la cosa tampoco es rara ni peculiar de los genios. ¡Bah...! ¡son tantos los muchachos que en vez de estudiar empiezan á escribir novelas y luego no sirven para nada!

Pero sigue Salillas:

«No sé cómo *lo* admire más...»

¿Y qué fué lo que usted admiró? ¿que Cajal le leyera su novela?

Eso es lo que se entiende; aunque usted quiere decir que admiró á Cajal.

«No sé cómo *lo* admiré más: si como novelista ó como dibujante...»

¿Lo ven ustedes? *A priori* dije yo que la novela y las ilustraciones serían malas; pero

ahora queda probado que lo eran á carta cabal.

¡Si las admiró el Sr. Salillas!

¡Pues vaya un voto!

Tengo yo para mí... y también para ustedes, en confianza, que aun hoy, de grande, no tiene muy buen gusto literario el Sr. Salillas; conque figúrense ustedes el que tendría entonces, y midan por ahí el valor que, en elogio del Sr. Ramón y Cajal, puede tener aquella admiración del Sr. Salillas.

¿Verdad que parece mentira que se escriban ciertas cosas en serio?...

Y sigue:

«Aquella novela, que entonces no la podía comparar, la clasificaría ahora entre las *robinsonianas*.»

Naturalmente. El chico había leído ó le habían contado las aventuras de Robinsón, y las copiaba de su letra.

Me lo figuré en seguida; pero, además, lo dice el Sr. Salillas al darnos idea de la novela:

«Un naufragio, la salvación en un leño, el arribo á una isla desierta...»

¿Lo ven ustedes? ¡Claro! *Robinsoniana*, ó, más bien, *Pardobazaniana*, es decir, *plagiana*...

Continúa Salillas:

«Todo esto no tendría nada de particular...»

No; y, efectivamente, no lo tiene.

«Lo importante es que...»

Vamos á ver qué es lo importante.

«Lo importante es que la novela coincida

con la *acción personal* y que esa acción conduzca á un *resultado efectivo*.»

—¿.....?

—No; yo tampoco lo entiendo; pero sigamos.

«Cajal — dice — era un novelista *de acción*.

Nos leía su novela y la representábamos juntos... En los sotillos del Isuela se vieron á la hora del baño algunos salvajes pintados con el lodo de la orilla, saltando... y manejando con habilidad sus arcos...»

¡Y que harían muy bien sus papeles de salvajes!; no tengo duda...

Especialmente los que iban para librepensadores... que viene á ser lo mismo.

«No fué una representación de cómicos, sino una representación *accional*...»

—¿.....?

—Que ¿qué es eso? El mismo Sr. Salillas parece que va á tratar de explicarlo. Oigámosle:

«...lo que quiere decir, la *exteriorización de una idea culminante*.

¡.....!

¿Que ahora lo entienden ustedes menos? Pues á mí me pasa lo mismo.

Pero que siga, á ver.

«Cajal creía y nos hizo creer en la *posibilidad* de que la novela se realizara...»

¿No lo dije? ¡Vaya si era posible!

«Poco á poco la novela, infiltrándose en

nuestro espíritu y avasallándolo, fué tomando proporciones *realizables*, y entonces... decidimos emprender la aventura; pero con una condición motivadora, la de salir suspensos...»

Vamos, para que hubiera naufragio; un naufragio metafórico.

Y, por supuesto, el cumplimiento de la condición les sería facilísimo. No habiendo estudiado...

«Eramos tres...»

Sí, como las hijas de Elena.

Y sigue contando el Sr. Salillas que él se quedó en casa, que los otros dos se marcharon... y volvieron; que la expedición no tuvo éxito, igual que la *crónica*, que concluye de la manera más sosa posible.

* * *

Y, vamos á ver: ¿cree el Sr. Salillas que de ese relato insustancial y trabajoso y desgraciado se deduce que el Sr. Cajal era un genio?...

Lo que se deduce es que de muchacho parecía tonto. Sólo que, aun cuando por regla general todos los que lo parecen lo son, y algunos más, él era la excepción de la regla.

III

PAGANDO UNA VISITA

I

¡Qué gana tienen de hacerse daño algunas personas...!

Lo digo por Mariano Benlliure, que, teniendo ya como escultor una reputación que á cualquiera me parece que le podía satisfacer, se ha echado á escribir y ha publicado en *El Liberal* un artículo bastante largo; pero no bastante pensado, ni tampoco bastante bien escrito.

Se titula: *Una visita á León.—Impresiones acerca de la restauración de la Catedral*, y tiene por objeto principal, según se llega á saber después de haber leído la primera columna, proponer y pedir que en la hermosa Catedral restaurada se pinten de obscuro las piedras nuevas para que no se puedan distinguir de las antiguas.

Lo menos malo que tiene esta petición es el

ser una puerilidad, como desde luego se advierte; y digo lo menos malo, porque tiene otra cosa peor todavía, y es que el hacer lo que Benlliure propone y pide constituiría una falta de sinceridad nada laudable.

Por eso seguramente, que no por la vanidad de que se conozca lo que han hecho, como insinúa maliciosamente el articulista por eso los arquitectos de la restauración no han pintado la piedra nueva, por no engañar al público dándole, como suele decirse, gato por liebre ó trabajo nuevo por antiguo.

Antes de formular el Sr. Benlliure su petición extraña, quiere darla algún fundamento, aunque sea tan endeble como el de la impresión propia. Mas lo gracioso del caso es que aun esa impresión es falsa; como que para sentirla... es decir, no para sentirla, sino para hacernos creer que la ha sentido, acude á una invención no muy conforme con la verdad ni del todo ajustada al respeto que la verdad merece á todas horas y en todas partes.

Comienza su artículo-visita el ilustre escultor *confesando*, «aunque parezca extraño, que hasta que *su* buen amigo Fernando Merino le invitó á principios de Agosto último, no había podido *venir* á admirar las maravillas artísticas de la ciudad de León.»

Esta confesión le sirve, ó, por lo menos, quiere él que le sirva para encajar un parrafillo filosófico, digámoslo así, sobre que «esto de

no conocer á España los españoles es *casi cosa (sic)* de buen tono y viste más hablar de otras naciones que de la nuestra»; pero luego dice que él *no llega á tanto*, y después recarga, añadiendo que, «no solamente desconocemos (los españoles) *esas maravillas* (las españolas, es de suponer), sino que tenemos á menos el conocerlas»; en lo cual, si habla por sí... allá él; pero refiriéndose á los demás, me parece que exagera un poco.

Tras de estos preámbulos entra en materia:

«El *ocurrírseme* hablar — dice — de asunto tan importante como la restauración de monumentos arquitectónicos fué... (una mala ocurrencia, en eso ya estamos) por el efecto que me causó la catedral de León la misma mañana en que llegué *al amanecer*, y ante el hermosísimo golpe de vista que se abarca desde la casa de Merino».

Bueno; lo del *amanecer* es una *equivocación*, como ya se verá; pero dejemos al señor Benlliure desarrollar su tema.

Seguramente — continúa, — para que pudiese admirar con más detenimiento tan espléndido cuadro, se me alojó en una de las suntuosas habitaciones que dan frente á la Catedral. A pesar de la *poca luz de las primeras horas de la mañana* (y siguen las equivocaciones), observé que *dentro del severo é imponente conjunto, y al propio tiempo esbelta silueta* del edificio, que por oscuro destacaba *sobre el*

horizonte una mancha clarísima en el centro, me produjo una confusión grande...»

No sería mayor, ciertamente, que la que usted nos produce á los lectores con ese párrafo endiablado, que también *se destaca por oscuro*, aun entre las demás oscuridades de su lucubración, en la que desgraciadamente no hay ninguna *mancha clarísima*, ni clara siquiera.

Porque no hay manera de saber si lo que «destacaba por oscuro» era el «severo é imponente conjunto, y al propio tiempo esbelta silueta», ó era la «mancha clarísima en el *centro y dentro*», ni se puede averiguar tampoco si lo que usted observó fué «la mancha claríma» ó fué que le «producía confusión grande».

Pero sigo leyendo:

«...me producía confusión grande, por *cuya* causa (no se dice *cuya*, sino *la cual*) no me daba cuenta de las verdaderas líneas interiores ni de las de los cuerpos que componen la gótica Catedral (tampoco se dice gótica-ca... tedral), produciéndome el efecto de que las torres estaban completamente aisladas. Tal era mi impaciencia por ver claramente la realidad, que *me quedé* en el balcón hasta que *la luz del día me permitió* apreciarla.»

Traducida al castellano la dificultosa narración del Sr. Benlliure, para que sin trabajo se pueda entender, quiere decir: que por ser nuevo el hastial de entre las dos torres y ser

la piedra nueva más blanca que la antigua, vista la fachada á poca luz, parece que el hastial no existe y que las torres están aisladas; y para evitar este error que pueden sufrir los que contemplan el monumento al amanecer, se debe pintar lo nuevo del color de lo antiguo.

Esa es la sustancia. Y continúo.

¿Han visto ustedes con qué formalidad y con qué lujo de pormenores cuenta el Sr. Benlliure lo de su llegada «al amanecer», lo de su «confusión» al percibir «el severo é imponente conjunto, y, al propio tiempo, esbelta silueta» de la Catedral, destacándose por oscuro, y luego «una mancha clarísima en el centro», lo de su creencia de que las torres estaban aisladas, lo de su quedada en el balcón hasta que la luz del día le permitiera apreciar la realidad, etc., etc?...

Pues nada de eso ha sucedido. Nada: ni ha habido tal llegada al *amanecer*, ni tal *confusión*, ni tal falta de luz, ni tal quedarse al balcón en espera de ella.

Todo eso ha podido ser un sueño del señor Benlliure cuando venía por Grijota, ó una invención *poética*, ó *prosaica* ó, en fin, lo que modernamente se llama un *infundio*, preparado para que saliera el argumento en favor de la pintura de las piedras nuevas, *infundio* que no puede pasar aquí entre los leoneses que, aun después del estropicio horológico de Dato sabemos todavía en qué hora vivimos.

Verán ustedes: el Sr. Benlliure vino á León en el tren correo de Madrid uno de los primeros días del mes de Agosto. El tren correo de Madrid llega á la estación de León á las seis y veinte minutos de la mañana (1), cuando no trae retraso, que le trae casi siempre. Suponiendo que el día que vino á León el Sr. Benlliure llegara el tren por casualidad á su hora, que no es poco suponer, y suponiendo que no tardara el Sr. Benlliure más que tres minutos en bajarse del tren, saludar á los amigos que le esperaban, salir de la estación y montar en el coche, y que éste no tardara más que siete minutos en andar el trayecto desde la estación á la Plaza de Regla, siete y tres son diez, sobre veinte... lo más pronto que pudo llegar á su alojamiento fué á *las seis y media*. Y como el día 4 de Agosto, que debió de ser el de la llegada, sale el sol á *las cinco*, resulta que había ya hora y media de sol cuando Benlliure llegó á su alojamiento; es decir, que estábamos en pleno día, y que un sol espléndido bañaba ya la Catedral ampliamente.

Se me dirá quizás que esa inexactitud no tiene importancia. Ya lo sé yo; ni el argumento que se quiere sacar de ella tampoco. Si la he señalado y hecho resaltar, no ha sido ciertamente por destruir el argumento del Sr. Benlliure, lo cual no me parece necesario, sino

(1) Véase la Guía del mes de Agosto de 1902.

para que se mida por ella la autoridad del resto del artículo, y para que, aplicando esa medida, queden en su justo valor, es decir, en ninguno, otras afirmaciones del Sr. Benlliure menos inofensivas.

II

Inmediatamente después de haber urdido la farándula esa de la llegada al amanecer y de la silueta oscura y la mancha clara, etc., dice en otro párrafo de su *Visita á León* el señor Benlliure:

«Aunque sé que es empresa delicadísima la del crítico, quiero hacer constar, ante todo, que, debido á las *muchísimas* horas que dedico al trabajo, no leí nunca nada referente á esta obra...»

No se ve muy clara la relación del primer miembro del período con el segundo. «Aunque sé que es empresa delicadísima la del crítico, quiero hacer constar que no leí nunca nada...»

¡Bueno!

Además lo afirmado en el segundo miembro es inverosímil; y como llueve sobre mojado, como está tan reciente el infundio de la *poca luz* cuando había hora y media de sol, surge la idea de que esto de no haber leído nada referente á la obra de la catedral sea otro sueño ú otra invención, y se inclina el ánimo na-

turalmente á tomar la determinación de no creerlo á dos tirones.

«Sólo sabía—sigue diciendo el Sr. Benlliure—que se estaba haciendo una gran restauración, como real y verdaderamente es, *pero ignoraba y aun hoy mismo lo ignoro quién son y han sido sus autores.*»

¡También sería ignorar!...

Y digo *sería* porque me parece que no es. No; aquí ya la sospecha de la equivocación del Sr. Benlliure es tan vehemente que la resolución de no creer se impone, y... decididamente yo no creo que, por muchas horas que el señor Benlliure dedique al trabajo, no creo que ignore *quiénes son y han sido* los autores de la restauración de esta Catedral maravillosa.

Pase, y es mucho pasar, que al venir á León lo ignorara; pero al escribir el artículo, ya de vuelta en Madrid, el 31 de Agosto, después de haber estado en León mientras las fiestas reales y haber hablado *probablemente* con el actual arquitecto de la Catedral, y haber visto los retratos de los cuatro anteriores, de gran tamaño, con sus nombres al pie, colocados en sitio muy visible... no, vamos, no, ya no podía ignorarlo.

A más de que él mismo se rectifica un poco más adelante, cuando suscribe:

«...Lo mismo que digo una cosa digo otra (ya lo vemos, ya; pero bueno es que usted mismo lo confiese), *sólo* recibirán mis plácemes

sus autores (los de la restauración), por haber sabido armonizar tanto el estilo como las proporciones, *que hacen inmortal el nombre de quien primero ideó la restauración*». Donde naturalmente ocurre preguntar: Si el Sr. Benlliure ignora quiénes son y *han sido* los autores de la restauración, ¿cómo sabe que se ha hecho inmortal el nombre de algunos de ellos? Aparte de que tampoco es admisible que los autores de la restauración sólo puedan recibir los plácemes del Sr. Benlliure, y no los de otras personas, como, sin querer, dice el señor Benlliure...

Porque no acertó á decir «sólo plácemes recibirán de mí sus autores», que era lo que quería decir el Sr. Benlliure.

Tras del alarde impertinente, inverosímil y ainda, ainda, de ignorar quiénes hayan sido los autores de la restauración, añade el insigne escultor, esto que sigue:

«Para que mi opinión sea más sincera, debo declarar que cuando *se inauguró la parte restaurada* me hallaba en Roma.»

Tampoco aquí se ve la consecuencia... Lo que se ve, por el contrario, es que el Sr. Benlliure no estudió lógica ó no la aprendió bien. ¿Qué tiene que ver el estar en Roma con la sinceridad de su opinión en el caso presente? ¿Se deduce de que el Sr. Benlliure estuviera en Roma cuando la inauguración de la Catedral, no de la *parte restaurada*, como él dice, por-

que no se inauguró la *parte restaurada*, sino que se inauguró ó se abrió al culto la Catedral entera, después de restaurada; se deduce de que se hallara en Roma que su opinión sea más sincera que si se hubiere hallado en España? ¿Cree el Sr. Benlliure que no hallándose uno en Roma al inaugurarse en España un monumento no se puede tener respecto de él opinión sincera...? ¡Vamos, hombre...!

Y sigue diciendo:

«Hace tiempo que vengo observando que la generalidad de nuestros arquitectos *padece de una misma obsesión.*»

—Vamos á ver qué obsesión es—habrán dicho mis lectores para sí, de seguro. Lo mismo dije yo para mí cuando leí el artículo. Pero tendrán que resignarse á no verlo, ni saber cuál es la obsesión que padece la generalidad de nuestros arquitectos, lo mismo que tuve que resignarme yo; porque el Sr. Benlliure no nos lo dice.

Nos pica la curiosidad escribiendo aquel exordio, sentando aquel antecedente; y luego, según su costumbre, se marcha muy tranquilo por otro lado.

Verán ustedes:

«Hace tiempo que vengo observando que la generalidad de nuestros arquitectos padece de una misma obsesión; pero, la verdad (¿á ver, á ver?), ante una obra de tanta trascendencia y tan importante como la que se ha llevado á

cabo en la Catedral leonesa... (expectación) no puedo ni debo callarme.»

Otra vez lo mismo... ¡Qué ilaciones hace el Sr. Benlliure!... Los arquitectos padecen una obsesión; pero ante una obra de tanta importancia, no puedo ni debo callarme...

Corriente. Pero me parece que hace usted mal y que era mejor lo otro.

«No puedo ni debo callarme, aunque sin pretender meterme en la parte técnica de la arquitectura. Hasta ahí no alcanzo; y aunque alcanzara, lo mismo que digo una cosa digo otra... etc.»

Vaya, ¿ve usted cómo era mejor que se callase?...

Aquí es donde dice aquello de la armonía del estilo y las proporciones, y los plácemes y la inmortalidad del nombre del que «ideó la restauración», que ya conocen mis lectores porque tuve que anticiparlo arriba, y luego añade:

«Pero por lo mismo, no sólo lamento, sino que protesto (dos verbos que no se pueden construir juntos) de que *por un detalle desaparezcan todas esas hermosas cualidades* (el estilo, las proporciones, etc.); *detalle* cuya razón de ser no he llegado á desentrañar y para el cual pido á *quien sea* (¿á quien sea el detalle?) un remedio ejecutivo.»

—¿Qué detalle será ese que hace desaparecer todas las *hermosas cualidades*?—dirían los lec-

tores llenos de curiosidad si no les hubiera yo anticipado la petición del Sr. Benlliure. Porque él por su parte no nos ha dicho todavía, después de tanto escribir, qué es lo que quiere. Ahora es cuando va á decírnoslo.

«¿Qué es lo que demanda una obra de esta naturaleza? Respetar y conservar todo lo que se pueda lo auténtico, limitar lo nuevo á lo más preciso (todo sabido ya) y copiar lo antiguo *hasta* que lo nuevo se confunda con él (con *ello* querrá usted decir), no solamente en la forma, sino *también en el color.*»

¡Acabáramos!... Aquí es donde el Sr. Benlliure, después de mil rodeos, se desemboza y enseña el antojo que tenía tapado, el de que se pinten las piedras nuevas.

Para reforzar su rara y caprichosa petición, añade que «en tales trabajos puede *dar fe* (él dice *puedo*), y principalmente de los que ha visto realizar en Venecia al reconstruirse casi todo el palacio ducal», donde «con tanto respeto está ejecutada la obra, que si no la hubiera visto realizar dudaría de su restauración.»

En seguida dice que refiriendo él esto mismo en su visita á la Catedral, le preguntaron *varios* de los que le acompañaban: «¿Entonces el nombre de quien hizo obra tan perfecta habrá quedado ignorado?»

¿De veras le preguntaron á usted eso?... Yo, recordando aquella otra formal afirmación de

usted, de la llegada al *amanecer* y de la *poca luz*, me permito dudarle; me inclino á creer que esa pregunta es una invención como aquella escena...

Únicamente me avendría á admitir la autenticidad de esa interrogación de *varios* acompañantes, si se me asegurara que en el acompañamiento de usted iban *varios* tontos; porque sólo esta clase de *varios* podían hacer esa pregunta, que es una tontería completa. Con su causal *entonces* y todo, que equivale ahí al *ergo* latino. ¿Por qué se ha de deducir eso que usted dice... que dijeron? No se deduce tal cosa.

Lo que hay es que á usted se le ha metido en la cabeza que los arquitectos restauradores no han pintado la piedra nueva por la vanidad de que se vean bien los remiendos que son obra suya, y obedeciendo á esa *obsesión*, que no han de padecerla sólo los arquitectos, retrasa usted la salida del sol, ejerciendo de Josué nocturno, hace que sus acompañantes le pregunten simplezas y lo arregla todo á su talante.

Sigue diciendo que «lo que á primera vista parecen parches *quita esbelled* al monumento», y tiene el ensañamiento de añadir que convenció de ello á sus acompañantes. «*Convencidos* —escribe— de cuanto les decía, me rogaron que *con mi autoridad* (¡dese usted tono, no sea usted tan humilde!) escribiese algo

sobre el particular...» ¿Pero de dónde habría salido aquel acompañamiento? ¡Como no fueran todos diputados rurales!...

—«Yo no entiendo de estas cosas», dice el Sr. Benlliure que contestó él á los que le instaban á escribir; y á fe que dijo verdad, si es que tal dijo, aunque seguramente sin deseo de que le creyeran.

III

Las cosas más graves del pintoresco y regocijado artículo-visita con que nos ha querido obsequiar Benlliure á los de León, están al final: *in cauda venenum*, que decía el proverbio latino.

Después del diálogo deslavazado é incoherente que el visitador supone haber sostenido con sus acompañantes, donde nos presenta á éstos rogándole que, *con su autoridad*, escribiese algo sobre el asunto, y les contesta él con humildad de garabato que «no entiende de esas cosas», agregando, por lucir su ingenio para el chiste, que «puede ser que de este modo (sin pintar) *ofrezca más resistencia la piedra*», y supone que á esta simpleza le contestaron ellos formalmente que no, que «*de eso ya se habló*, pero desde los primeros momentos se acordó dejarlo como está para que sin necesidad de *Baedckers* (guías) se viese lo nue-

vo», á lo que contesta él diciendo: «Vamos, en ese caso aun falta algo, y es que en cada piedra pongan su firma los restauradores»... Después de este diálogo inverosímil, sin decirnos si los acompañantes le celebraron y aplaudieron esta última gracia, como le *volviesen á instar* para que dijese algo en la prensa, pensó Benlliure que... Pero mejor es dejar que lo diga él á su modo.

«Pensé que, en efecto, hay ocasiones en las cuales debe expresarse en voz alta lo que se siente, y me dirigí á varios amigos periodistas para que escribieran sobre ello; *pero éstos*, ó no han visto el asunto (naturalmente, ¡como que no le hay!), ó no les ha parecido lo suficientemente interesante (¡claro!, ni suficientemente ni nada) para los honores de la publicidad. Mas yo... (*pero éstos... mas yo... ¡qué primoroso!*) pienso de otra manera; y he aquí por qué *me lanzo á llamar la atención*»...

Y lo consigue usted, no se puede negar: consigue usted llamar la atención por lo mal que escribe, por la falta de sentido con que suele expresarse, por la candidez y poco numen de ciertas *invenciones*, por los desdeñosos alardes de ignorar cosas y desconocer personas, y por las agresiones felinas de los últimos párrafos.

Antes de tratar de éstos, haré mención de otro, por ser el único en donde el señor Benlliure tiene razón; me refiero á aquel en que dice que se debe quitar el coro del medio de

la nave. Pero aun esto lo dice mal, sin duda por no saber decirlo de otra manera.

«No menos deplorable—dice—es el empeño de conservar el coro en medio de la nave central, que destruye por completo el golpe de vista que debe abarcarse desde la entrada.» Parece que es la nave central la que destruye el golpe de vista, cuando en realidad es el coro. Y el coro ha querido Benlliure decir, sólo que, por falta de una cosa que llaman sintaxis, no ha sabido.

En eso, dicho que sea con claridad, repito que tiene razón; salvo lo del *empeño*, que no está bien, pues ya no hay tal empeño por parte de nadie afortunadamente. No, el Cabildo, que antes se opuso á su traslado, hoy no se opone, y el coro será en breve trasladado, acaso no al ábside, como propone el señor Benlliure, que no en todo había de acertar, sino á los primeros intercolumnios del prebisterio, ó á los pies de la Iglesia.

El arquitecto, don Juan Bautista Lázaro, mi querido amigo, conózcale ó no el señor Benlliure, tiene ya hechos los planos para la nueva instalación, en los que logra vencer las dificultades no escasas ni pequeñas que ofrece la colocación de una sillería, para la cual no fué trazado el edificio. Los planos representan dos soluciones distintas, para que la Academia de Bellas Artes elija la que mejor la parezca. Sólo falta que esta *señora*, que hace diez ú once

años negó la traslación por un voto, y á cuya familia pertenece hoy el señor Benlliure, se porte ahora mejor que entonces, y que el Ministro de Instrucción pública conceda el dinero necesario.

Y vamos á ver las indicadas agresiones felinas, los verdaderos arañazos del Sr. Benlliure.

«También hablaría —dice— de otros monumentos que hacen de la ciudad de León una de las más dignas de ser visitadas, y que, *no tan sólo no están restaurados*, sino que *se hallan en completo abandono*, como por ejemplo (¿á ver?...) la magnífica sillería de coro, tallada en madera, de la iglesia de San Marcos, una las obras de este género más completas que he visto y de las mejores de su época por la unidad y armonía de toda ella, por lo admirablemente interpretados que están todos los motivos ornamentales... » etc.

Todo este elogio está bien, y aun es poco; la sillería de San Marcos de León, obra de Guillermo Doncel, concluída en 1547, es hermosísima, es una preciosidad, es la mejor del Renacimiento, pero no sirve para lo que la destina el Sr. Benlliure; no sirve para *ejemplo* de monumentos que, *no tan sólo no están restaurados*, sino que *se hallan en completo abandono*, como la pone el Sr. Benlliure con imperdonable ligereza.

«Otros monumentos que, *no tan sólo no están restaurados*... como la magnífica sille-

ría...», etc. ¿Qué restauración quería el señor Benlliure que se hiciera?; ¿qué restauración echa de menos el Sr. Benlliure en la sillería de San Marcos?... ¡Si está entera, y tan hermosa y tan bien conservada como si se hubiera acabado de hacer ayer tarde! ¿No es esto hablar por no callar, ó escribir de memoria y á lo que salga?...

Tampoco sirve la sillería de San Marcos para ejemplo, como la pone el Sr. Benlliure, de monumentos que se *hallan en completo abandono*. Tampoco esto es verdad. ¿De dónde lo saca el Sr. Benlliure?... De donde sacó aquello de la llegada *al amanecer* y de la *poca luz* para ver la Catedral, cuando en realidad hacía un sol espléndido... No, la sillería de San Marcos no se halla en abandono completo, ni incompleto siquiera. La iglesia de San Marcos, en cuyo coro alto está la sillería, no tiene hoy culto; pero está cerrada con llave bajo la custodia de la Comisión provincial de Monumentos, que tiene allí un conserje encargado de limpiar el polvo á la sillería con un plumero, y de enseñarla á los forasteros visitantes, como se la enseñaría al Sr. Benlliure.

¿Es esto hallarse en *completo abandono*?... Sí... lo mismo que es el *amanecer* cuando hace hora y media que el sol ha salido...

La diferencia está en que aquella mentira era solamente una simpleza, y ésta es además una calumnia.

«¿Por qué, señores académicos, ilustres compañeros míos —dice luego el Sr. Benlliure queriendo darse tono— ilustres compañeros míos, que vivís siempre en España (más tono todavía) y que conocéis al dedillo todas estas riquezas artísticas, no dais cuenta del estado en que se encuentran al Ministro de Bellas Artes, para que procure conservarlas?»

Porque no es necesario, vocinglero insustancial, porque no es necesario; porque están perfectamente conservadas, á lo menos ésta que pone usted por ejemplo.

Pero ya puesto á disparatar el Sr. Benlliure no hay quien le detenga, y sigue diciendo:

«Y si ofrece dificultades conservar la joya donde se halla, ¿por qué no se la traslada á uno de los Museos de la Corte?...»

Porque no, hombre, porque no; porque eso de trasladarla á un Museo sería una barrabasada, mayor si cabe que la de pedirlo. Y una barrabasada fuera de moda, porque hoy está desacreditado el sistema centralizador, principalmente en el arte, el sistema estúpido de hacinarse maravillas artísticas en los Museos, para que los indoctos las *admiren* fácilmente, á media docena por minuto. Las obras de arte deben admirarse allí donde se hicieron ó para donde se hicieron.

Hoy renace en esto el buen sentido y el buen gusto, y por eso el Senado y otras Corporaciones encargan ó compran cuadros, para colo-

carlos, no en el Museo de Pinturas, sino en sus propios domicilios. Y ahora es cuando el Sr. Benlliure, con un criterio atrasado, pide que se traslade á un Museo una sillería de coro. ¡Todavía va á pedir también el Sr. Benlliure, cualquier día, que sea trasladada la Catedral de León al Campo del Moro, para que la admiren los *golfos* de las Vistillas!

Otro arañazo de Benlliure, y es el último, para los leoneses en general, y especialmente para los Sres. Canónigos de San Isidoro, que seguramente no le habrán hecho ningún daño:

«Y para terminar hoy, pues prometo seguir (¡mejor lo haga Dios!) ocupándome en cosas de esta naturaleza que son de mi oficio, recordaré también el asombro que me causó ver á *disposición hasta de los ratones* la Biblioteca de San Isidoro, en la que existen códices tan famosos como la célebre Biblia del siglo X, admirablemente ilustrada, y *manoseada más admirablemente todavía.*»

Otra vez hay que recordar aquello del *amanecer*, y de la *poca luz*, con hora y media de sol, para explicar esta otra invención del señor Benlliure.

Nada de lo que dice es así. La Biblioteca de San Isidoro está pobre, porque los Canónigos no tienen presupuesto alguno para conservación del edificio, y no tienen con qué ponerla un suelo lujoso y una lujosa estantería; pero está bien cuidada y no hay ratones en ella.

La Biblia del siglo X y los demás códices, que cualquiera que haya leído el artículo de Benlliure y no sepa con qué facilidad inventa, creerá que están tirados en algún rincón, están, lo mismo que el pendón de Baeza, custodiados en unas vitrinas que costeó la Comisión de Monumentos. Allí se enseñan á los visitantes y allí se los enseñarían al Sr. Benlliure, que tan mal paga la atención que con él tuvieron.

Lo demás, la Biblioteca está ordenada en lo posible, á pesar de la falta de estantería, correspondiente á su importancia, y algunos señores Canónigos, auxiliados, según creo, por el Vicepresidente de la Comisión de Monumentos D. Eloy Díaz Giménez y por algún fraile capuchino del convento de San Francisco, están formando los índices.

En cuanto á la Biblia, que Benlliure encuentra manoseada en demasía, las personas reflexivas y sensatas se admiran de que esté tan bien conservada, después de diez siglos de estarla enseñando y manoseando. ¿Qué hubiera dicho Benlliure de los Canónigos si, por no manosearla, no hubieran querido enseñarle á él las viñetas?

Y termina Benlliure, queriendo dejarnos bizcos á todos, con un chiste tomado á préstamo en la calle de la Arganzuela:

«Ante tal sacrilegio—dice, refiriéndose al manoseo del códice—á cualquiera se le ocurre

pensar que aquí no se respeta ya ni la *Biblia*.»

¡Adiós, ingenioso!

Y para terminar yo también, le voy á dar á usted un par de consejos. Tómelos usted, que no le irá mal con ellos.

No se haga usted tan personaje, porque no es para tanto, tanto; y no vuelva usted á escribir en periódicos... por lo menos hasta que usted aprenda á hacerlo bien, ó siquiera regularmente.

IV

UNAMUNADAS

I

Uno de esos pobres muchachos americanos que, encontrándose con demasiado dinero, se vienen á París á gastarlo en vicios, y cuentan luego al público minuciosamente sus feas y marraniles andanzas en un libro impreso con lujo, ha tenido, además de éstas, otra idea infeliz: la de pedir para su libro un prólogo al inverosímil Rector de Salamanca.

Y, es claro... ¡cualquier día deja escapar un librepensador así, soberbio y petulante, la ocasión de exhibirse!... El señor Unamuno ha accedido á la solicitud del muchacho rico, y le ha escrito el prólogo, despotricando en él fieramente, según su costumbre, contra todo lo que le incomoda, desde la existencia del alma hasta el idioma castellano.

El es así. Lo que no entiende, lo que des-

conoce, lo niega, y marcha tan sereno voceando que no existe.

O que debe desaparecer, como dijo poco hace del vascuence, sin duda porque no ha podido llegar á dominarle, ni puede tampoco sufrir que haya alguna cosa en que esté á mayor altura que él un *guizón* de Mañaria.

Y una cosa así le pasa también con el castellano, objeto igualmente de su aborrecimiento.

Sabido es que nuestro idioma, que es, de entre los modernos, el más hermoso y el más claro, es por eso mismo tan poco difícil de aprender que muchos extranjeros, á los dos ó tres meses de estar en España le hablan regularmente. Pero con ser tan fácil y sencillo aprender el castellano, á lo menos lo que se necesita para hablarle llanamente y hacerse entender, Unamuno parece que no ha podido llegar á eso, y el hombre se irrita contra el idioma que ciertamente no tiene la culpa de su falta de habilidad, y dice á cada paso, y en el prólogo aludido vuelve á repetir, que el actual castellano es deficiente, que hay que reformarle ó hay que sustituirle con otro más amplio, con un *super-castellano*, sin exclusivismos (ni sintaxis, por supuesto), donde quepan todos los galicismos y todas las barbaridades que se les ocurran á los necios que no saben expresarse de otro modo.

Porque el castellano sin *super*, tal como le

hablamos y le escribimos ahora, diz que no es suficiente, no sirve para las necesidades de la vida moderna.

—¿Que no sirve el actual castellano para las necesidades de la vida?—dirá cualquier lector al tropezar con ese disparate...—El que no servirá será Unamuno para hablarle y escribirle.

Es verdad.

Y el caso no es nuevo. Cualquiera se ha encontrado alguna vez con un labrante malo, que, no acertando á escuadrar y limpiar una piedra, echa pestes contra los punteros y las ñetas ó maldice el trinchante y la escoda, aun cuando todas estas herramientas sean de buen acero y de temple inmejorable...

Veán ustedes ahora cómo labra su prólogo Unamuno:

«Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra *fuíme á contemplar campo abierto al cielo...*»

¿Verdad que esto ya no está á escuadra ni se sabe si va á ser jamba ó esquina?...

¡Cualquiera entiende lo quiere decir eso de «*fuíme á contemplar campo abierto al cielo!*»

Ni se sabe si quiere decir que el campo estaba abierto al cielo, ó que se fué al cielo á contemplar campo abierto... Aunque esto de ir al cielo Unamuno parece imposible...

Y les advierto á ustedes que leyendo un poco más se entiende menos todavía.

Porque dice:

«...fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de éste bañado...»

¿De cuál bañado?...

Bien que lo mismo da que sea el que quiera, porque, de todos modos, ha de oler mal... Siendo bañado... sustantivo...

Y sustantivo, si no lo es, lo parece, por la pedantería de Unamuno de invertir el régimen anteponiendo inmediatamente al bañado el pronombre del mismo género...

«...y por la luz *de éste bañado*...»

¡Como si dieran luz los bacines!

Pero vamos á copiar el párrafo entero, para que admiren ustedes la hermosura del futuro *super-castellano*.

«Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra *fuíme* á contemplar campo abierto al cielo; y por la luz de éste bañado, paisaje libre, la llanura castellana austera y grave (¿van ustedes entendiendo algo?) amarilla en este tiempo por el *rastrojo* del *recién segado trigo*.»

¿Que no lo entienden ustedes todavía?

Pues ya no hay más. El punto está completo.

«Fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de *éste bañado*, paisaje libre, la llanura castellana austera y grave, amarilla en este tiempo por el *rastrojo* del *recién segado trigo*.»

¡Y el autor de este galimatías, de este batu-

rrillo asqueroso, es el que encuentra deficiente el castellano de Solís, de Zorrilla, de Donoso Cortés y de Pereda, para las necesidades de la vida!

¡Yo lo creo! si el castellano fuera eso que él escribe, ¿cómo no encontrarle deficiente?

Deficientísimo, á lo menos para la necesidad principal, que es la de entenderse...

Pero no para todas las necesidades de la vida, porque ya ha tenido presente el autor alguna de las más ordinarias, y por eso, sin duda, introdujo aquel chisme.

Otro punto:

«Era que me sentía mareado y oprimido: habíanme *dejado* los *Paisajes parisienses*, de Manuel Ugarte, cierto *dejo* de tristeza, de confinamiento de aire espeso de cerrado recinto.»

Habíanme *dejado* cierto *dejo*... y así sucesivamente.

Después dice que el título de *Paisajes parisienses* «es ya de suyo paradójico».

Pero en cuanto escribe, bastante mal, otra docena escasa de renglones, cambia de opinión y viene á decir que no es paradójico, porque...

«Ciudad, portentosa ciudad,
no de siete, como Tebas,
sino de infinitas puertas
de henchidas viviendas

de enhiestas torres berroqueñas,
de vastas catedrales en que sostienen bóveda
de follaje columnas vivas, ciudad es lo que lla-

mamos naturaleza, y á su vez *selvática selva, selva* (¡vaya una de selvas!) de savia rebosante es cada ciudad.»

Las preinsertas razones, aun expuestas así en versos involuntarios y medio libres, no son para convencer á nadie. Pero el autor cree que han debido convencer á todo el mundo y termina el párrafo con esta sentencia:

«Puede, pues, hablarse de paisajes parisienses.»

Díjolo Blas...

Pero no hay que hacer punto redondo.

Continuando su prólogo de los *Paisajes parisienses*, dice Unamuno, el del *super-castellano*:

«Porque hay dos maneras de traducir artísticamente el paisaje en literatura. Es la una describirlo... con sus pelos y señales *todas...*»

Hombre, se dice *todos*.

Cuando un adjetivo ha de afectar á dos sustantivos, uno masculino y otro femenino, se le pone siempre en la forma correspondiente al género masculino, que es el más noble. «Pedro y su mujer son muy buenos», se dice; no se dice muy *buenas*.

Esto lo saben los rapaces de la escuela de cualquier lugarucho; pero, por lo visto, no lo sabe el Rector de la Universidad de Salamanca.

Por eso quiere él que desaparezca el castellano actual, con su gramática y sintaxis, y

que sea reemplazado por otro idioma de capricho, sin regla ninguna.

Porque realmente resulta un poco bochornoso que un catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, y además Rector de una Universidad, y de la de Salamanca precisamente, no sepa de gramática castellana ni siquiera aquellos rudimentos que no ignoran los más ínfimos escolantes.

¿Le sonaba mal á Unamuno el adjetivo *todos* inmediato al sustantivo *señales*? Verdad es que no suena bien; mas para estos casos es el buen gusto, de que él carece: para dar otro giro á la frase. Hubiera antepuesto el adjetivo diciendo: «con todos sus pelos y señales», que es frase castiza, y sonaría perfectamente.

Pero repetir el modo de expresión usual y castizo no se lo permitiría su ignorancia, pues no le conocerá probablemente; y si le conoce, no se lo consentiría su soberbia, que es de marca mayor, porque apenas hay ningún ignorante que no sea soberbio y presuntuoso.

Sigue el inverosímil Rector haciendo períodos difíciles, trabajosos y oscuros, hasta que llega á hablar de la bohemia, y dice:

«Confieso que es un mundo al que no han logrado llevarme la atención, *ni que logra vencerme.*»

¡Qué manera de construir!... ¿Dónde, en qué autor habrá aprendido Unamuno á expresarse de esa manera?... ¿Si será ya esa construcción

revesada y risible un anticipo del *supercastellano*?...

¡Ni que logra convencerme!

Cualquier criada salamanquina hubiera dicho sencillamente, puesta en igual caso, «ni logra convencerme». Ó, si quería con todo rigor gramatical reproducir el relativo en nominativo, diría: «y que no logra convencerme»

Pero el actual Rector de la Universidad de Salamanca, donde no llegó á tanto Fray Luis de León, que sólo fué catedrático, no acierta con ninguna de las dos formas admisibles que seguramente hubiera empleado la criada, y reproduce el relativo detrás de la negación, con lo cual le resulta una construcción *gringa*, ininteligible.

Más adelante habla del malaventurado autor del libraco, y dice:

«Es para mí la suya una voz más, una voz más (otra vez) de esta juventud *inorientada*, mejor aún que *desorientada*, *occidentada* más bien...»

Como usted quiera, aunque sea *accidentada*; que no dejará de estarlo á menudo la que tenga que oír sus explicaciones. Pero crea usted que ese parrafillo también le puede usted guardar para cuando logre establecer su nuevo idioma; pues, como castellano, es de lo más ruin que se escribe.

Sigue Unamuno hablando del atolondrado autor del librejo, y nos espeta lo siguiente:

«Uno más á la pelea por la sombra de la inmortalidad, *ya que perdimos la fe en su culto* (la habrá perdido usted), por la perdurabilidad del nombre, del *fectus vocis*, ya que *no creemos en la sustancialidad del alma.*»

¿Qué dirá, leyendo esto, el diputado católico que le recomendó á un tribunal de oposiciones?

«¡No creemos en la sustancialidad del alma!»

No creerá usted, infeliz; pero los demás sí creemos. Y eso de empeñarse usted en medir á los otros por sí mismo, me parece una majadería.

Si usted no quiere creer que tiene alma racional, creada por Dios, inmortal y responsable de sus actos ante su mismo Creador omnipotente, no lo crea usted: allá lo verá con el tiempo. Si usted quiere más parecerse á los animales del establo que á los ángeles del cielo..., allá usted, y con su pan se lo coma y buen provecho le haga. Pero no se empeñe usted en que los demás nos conformemos con sus aficiones rocinescas.

¿Piensa usted, en su vizcaína... insipiencia, que todos hemos abdicado en usted la facultad de creer y de pensar...?

Diga usted si se lo pide el cuerpo: «yo ya no creó en la sustancialidad del alma», y... lo sentiremos por usted; pero no diga usted: «ya no creemos en la sustancialidad del alma», igual que si todos los hombres hubiéramos dejado de creer como un solo... Unamuno.

¡Pero qué presumidos y qué tontos suelen ser estos librepensadores!

Porque recuerdo que, lo mismo que hace ahora este vizcaíno, hacía otro de Buenos-Aires, un tal Martinto, estropeador de la gramática y de la poética, que blasfemaba hace unos años contra Jesucristo, nuestro Redentor, encarándose brutalmente con él y diciéndole en un soneto pedestre:

«Como todos los dioses sucumbiste...»

.....

Por cierto que la... salida de aquel Martinto, muy parecida á la de este Unamuno, me hizo entonces recordar el caso del zapatero remendón, que se marchaba de la Corte porque de puro mal que cosía no encontraba quien le diera trabajo, y decía entre orgulloso y compasivo al bajar por la Cuesta de la Vega:

—¡Adiós, Madrid, que te quedas sin gentel
Lo mismo hacen estos infelices.

Han dejado ellos de creer en Dios y en su Iglesia santa, por causas que son bien conocidas, y se figuran buenamente que todo el mundo ha hecho lo mismo, y que ya Dios se ha quedado sin adoradores.

Precisamente á los pocos años de publicada aquella blasfemia de Martinto era puesta triunfalmente la imagen de Cristo en lo alto de la Cordillera de los Andes á la adoración de todo el nuevo mundo y de ambos océanos, como

para que se cumpliera lo afirmado por el Rey profeta: *dominabitur á mari usque ad mare* (1). «Dominará de un mar al otro.»

¡Pobres insensatos! Vienen echándose las de sabios porque no creen en Dios, cuando precisamente su incredulidad es testimonio de su ignorancia.

«La poca ciencia aparta de Dios, decía Bacon, así como la mucha ciencia conduce á El»; y la experiencia viene comprobando esta máxima, sin que quiebre por el lado de Unamuno. Esa es la clave que explica la mayor parte de los descreimientos: la poca ciencia, que suele andar unida á la mucha soberbia.

Sí; la poca ciencia aparta de Dios, y además de apartar de Dios, en estos muy desventurados tiempos, conduce... al rectorado de Salamanca.

II

Hecha ya su profesión de ateo materialista, que es lo primero que cuida de hacer Unamuno cuando habla ó escribe, y es natural, puesto que el ateísmo es su única cualidad saliente, y á la que debe el haber llegado á Rector, la emprende contra el castellano, con el ímpetu de costumbre.

(1) PSALMO LXXI, 8.

¡Claro!... ¿Cómo no ha de aborrecer la hermosa lengua de Santa Teresa de Jesús y de Antonio de Solís, quien recoge con fruición apenas disimulada los siguientes disparates del libro para el que escribe el prólogo?

«Aquí leeréis—dice Unamuno—*masticar besos, espolear carcajadas, cascabelear una alegría delirante, bailar alegrías con los labios...*» en fin, el *disloque*, como se dice en la calle de la Arganzuela, al redor de la Fuentecilla.

Y todas esas frases ridículas encuentra buenas Unamuno. Solamente le parece *algo* forzada la que, refiriéndose á un reló, dice que «desgranaba lentamente los minutos».

Esta frase majadera no le parece más que *algo* forzada. Con un gusto así, ¿cómo le ha de gustar el castellano corriente robusto y majestuoso al par que sencillo?

«El lenguaje—dice luego el Rector dándose tono—el lenguaje... esto exigiría un tratado.»

¿Y quién le había de escribir?... Porque lo que es el prologuista resulta del todo incompetente para ello... ¡Tendría que ver un tratado de Unamuno sobre el lenguaje! ¡Tendría que ver un tratado del lenguaje hecho por quien desconoce hasta las reglas más triviales de la gramática!

Lo primero que necesita el pobre Rector de Salamanca para hablar del lenguaje, es ponerse tres ó cuatro meses á disposición de un maestro de escuela elemental ó mixta, ó apren-

derse por sí el Compendio de Gramática castellana, de Terradillos, para enterarse de los primeros rudimentos.

Y después... tampoco podrá todavía disertar sobre el lenguaje.

Ó, si diserta, dirá desatinos como ahora.

Verbigracia:

«Lo he dicho muchas veces...»

Sí, ya lo sabemos; pero siempre ha dicho usted mal, y por muchas veces que lo haya usted dicho y que lo siga diciendo, no se ha de salir con la suya...

«Lo he dicho muchas veces, hay que hacer el español, la lengua hispano-americana...»

Ya está hecha esa lengua, perfecta y hermosa, desde hace cuatro siglos; lo que hay es que usted no la sabe.

«... hay que hacer el español, la lengua hispano-americana, sobre el castellano, su núcleo germinal, *aunque sea menester* para conseguirlo *retorcer y desarticular el castellano.*»

¡Eso le manden á usted!...

Porque eso es lo único que usted sabe hacer: desarticular y torcer el idioma siempre que habla ó escribe.

Por eso quizá pide usted la tortura y desarticulación del castellano, para poder desempeñar algún papel en la lingüística.

Fuera de eso, ni con el retorcimiento ni con la desarticulación adelantaría usted nada. ¿Cree usted que después de retorcido y des-

articulado el castellano le dominaría usted completamente?... Tampoco.

Usted no puede expresarse bien en ninguna lengua; porque la deficiencia no está en ellas; está en su entendimiento.

Otro golpe unamunil:

«Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuera un feudo de heredad.»

No hay tal monopolio ni intento de ejercerle. Bien al contrario, lo que los castellanos desean es que su lengua se extienda y se hable bien por todas partes.

Eso que Unamuno llama monopolio, confundiendo como siempre las cosas, será tutela, y ésta no tiene nada de ridículo; porque no lo es, sino muy racional, que los leoneses y castellanos que hablan bien su idioma, le defiendan contra las invasiones de los bárbaros.

Lo verdaderamente ridículo es odiar el castellano, ó el vascuence ó cualquier otra lengua, sin otro motivo que el no saber hablarla.

Y sigue disparatando á sus anchuras el Rector, de esta manera:

«Ni la anarquía lingüística debe asustarnos...»

¡Claro que no, hombre, claro que no! Ni la anarquía lingüística, ni ninguna otra. ¿Qué mejor cosa que la anarquía?... Proclamado el libre-pensamiento, que es la anarquía intelec

tual, toda anarquía se impone. Y todavía mejor, proclamada la no existencia del pensamiento, consecuencia forzosa de la no existencia del alma, se impone el caos, dentro del cual ya el saber y el no saber no se distinguen.

«¡Ni la anarquía lingüística debe asustarnos!»

¡Y esto lo dice un catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, á quien el Estado español paga un buen sueldo para que enseñe lenguas, y á quien un Gobierno conservador y *regenerador* elevó á la función de regir uno de los primeros centros docentes!

¡Qué desdicha!

El Rector de la Universidad de Salamanca proclama la anarquía lingüística, sin duda para que los hombres lleguen al estado de los lobos, que cada uno aulla como acierta.

Y sigue el Rector *filosofando*:

«Cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene.»

Lo procurará, pero no lo conseguirá.

¿Quién le ha de entender al Rector de Salamanca, por ejemplo, cuando en vez de decir: «no logra convencerme», dice: *ni que logra convencerme?*

¿Quién le ha de entender cuando dice aquello de «fúime á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de este bañado, paisaje libre, la llanura, etc...?»

Cuando este anim-oso Rector hubiera con-

cluído de retorcer y desarticular el castellano y hubiera llegado á la anarquía lingüística, su ideal, si continuaba viviendo en Salamanca, tendría que pedir de comer por señas, como os salvajes.

Y continúa:

«Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística...»

Eso se lo parece á usted porque no la entiende. Lo demás, la gramática castellana es racional, filosófica, científica...

Ahora que, naturalmente, á un igorroto que jamás hubiera oído música, también le parecerían caprichosas, autoritarias y casuísticas las notas de una sinfonía de Beethoven.

«Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística á la vez, cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios (¡ah! ¿pero no dice usted que no le hay?) según la gramática natural y en el lenguaje *que más á boca le venga...*»

¡Cuánto desatino, señor, cuánto desatino!

¡La gramática natural!... ¿Que entenderá Unamuno por *gramática natural*?... La gramática natural es el aullido, ó el bramido, según los casos.

Cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios... en el lenguaje *que más á boca le venga...*»

Pero... hombre, si la *buena de Dios* de usted no es la misma *buena de Dios* de sus ve-

cinos, que no le será, porque si fuera una misma la *buena de Dios* de usted y de ellos, esa *buena de Dios* ya sería una lengua; si la *buena de Dios* de usted, repito, no es la de los vecinos, cuando usted vierta sus ideas á la *buena de Dios*, es decir, á su capricho, no le entenderán á usted ni una palabra. Y si el lenguaje que *más á boca* le venga á usted no es el que *más á boca* les viene á los vecinos, tampoco se entenderán ustedes.

De modo que «roto el respeto á la autoridad de una gramática», se sigue una confusión espantosa.

Para la cual el remedio que se le ocurre á Unamuno es que «todas las divergencias que surjan entrarán en lucha y serán eliminadas ó seleccionadas estas ó las otras...»

Es decir, que eliminando, introduciendo ó descartando formas á puñetazo limpio, llegaría con el tiempo á formarse otra lengua, y ésta sí que sería verdaderamente casuística, é irracional y caprichosa, después de pasar los hombres unos cuantos siglos sin entenderse.

¡Vaya un regalo que nos quiere hacer el tal Unamuno!

No, no; desengáñese usted... El que usted no sepa el castellano, no es bastante motivo para que consintamos en deshacerle y hacer otro nuevo.

Mejor es que usted trate de aprenderle.

Ya se lo he dicho á usted. Unos meses de

maestro elemental, ó de Terradillos... y aplicándose...

No llegará usted á ser un buen hablista, eso no; porque *quod natura non dat, Salmantica non praestat*; pero llegará usted á saber algo, y no dirá usted, por ejemplo: «El criterio *en cuestiones estas de estilo*». Porque no se dice así, sino «en estas cuestiones de estilo», ó «en las cuestiones estas de estilo».

Sólo después de mucho estudiar y de mucho leer con humildad libros y periódicos bien escritos, podrá usted hablar y escribir medianamente; pero nunca podrá, sin hacer reír á todo el mundo, decir lo que ahora dice con presunción necia.

«Una de las más fecundas tareas que á los escritores en lengua castellana se *nos* abren...»

Hasta los gatos quieren zapatos.

Esto hace recordar aquello de la cocinera del canónigo, que por haberlo oído á su amo, decía: «El *posse* no lo *negamos* los teólogos».

¡Se *nos* abren!...

¡Qué se le han de abrir á usted!

A usted se le abrieron las puertas del Instituto, y después de la Universidad, y después las del Rectorado... ya se sabe cómo.

Las primeras por la indiscreta misericordia de un diputado católico que le recomendó á usted para que un tribunal de oposiciones le diera una cátedra de griego (lengua de que no sabía usted una palabra), conociéndole ya á

usted bastante, pero fiado en que, *aun siendo de malas ideas, en una cátedra de griego poco daño podía hacer* (histórico). Las segundas por otra recomendación semejante; y las terceras por obra de la masonería, que en cuanto usted leyó un discurso ateo en la apertura del curso académico, aprovechó la influencia que tenía sobre el Gobierno (que era conservador) para hacerle á usted Rector, con universal escándalo.

Pero tareas de escritor en lengua castellana ¡qué se le han de abrir á usted, hombre!

Usted no es ni será nunca escritor en lengua castellana.

Conténtese usted con serlo en *anarquía lingüística*.

V

UNAMUNO EN VERSO

Por lo menos á su parecer, es el Rector de Salamanca un hombre de esos á quienes nada se les resiste, de esos que, teniendo aptitudes maravillosas para todo, lo mismo disputan de triángulos que de corcheas, con la misma facilidad hablan de Teología que de arte culinaria; tanto les da escribir ó hablar en su idioma, como en el extraño; igual se expresan en verso que en prosa...

Bueno; esto último es verdad respecto de Unamuno, porque tan mal escribe en prosa como en verso.

En prosa ya saben ustedes cómo lo hace: ya han visto ustedes y no olvidarán la sintaxis unamunil y disparatada del famoso prólogo, especialmente lo de «*ni que logran convencerme*» y lo de «*fuime á contemplar campo abierto al cielo...*»

Pues en verso... ¡ah, en verso!...

Decía en cierta ocasión un amigo á otro que le pedía informes del novio de su hija:

—No es mal muchacho, pero tiene un defecto bastante grave, y es que no sabe jugar á ningún juego...

—¡Hombre!— le dijo el padre de la muchacha.—Eso no me parece defecto.

—Espérate un poco, que no había concluído—repuso el otro.— Es que no sabe jugar y... juega.

Una cosa así le pasa á Unamuno. No sabe hacer versos, lo cual, por sí sólo, no sería un defecto sustancial; pero lo malo es que no los sabe hacer, y los hace.

Verdad es que no tiene él toda la culpa...

El pobre Clarín, que era muy burlón, y que fué quien á don Federico Balart le metió en la cabeza que era más poeta que crítico, entusiasmándole y decidiéndole con eso á abandonar la crítica y á darnos aquellas latas insufribles de malos versos, con sus *Horizontes* y sus *Dolores*... verdaderos dolores para la poesía, hizo con el bueno del Rector una cosa semejante.

Al dar, en la terminación de una revista literaria, la noticia de que Unamuno había traducido no sé qué cosa en verso, añadía:

«Y ¿querrán ustedes creer que está bastante bien?»

Claro que esto, bien leído, quería decir: la traducción es mala; pero, vamos... para ser

de Unamuno... Mucho peor me figuraba yo que estaría.

Mas el interesado no lo entendió así, sino literalmente; y, animado con aquella alabanza, se ha echado á hacer versos y se ha atrevido á empresas mayores.

Pero mucho mayores.

Él había oído decir que Cervantes acabó con los libros de caballería burlándose de ellos en otro libro de caballería más exagerado y con aventuras más disparatadas y más ridículas que todos los demás, el *Quijote*, y ha querido hacer otra hazaña por el estilo, ha querido acabar con la forma poética burlándose de ella en un soneto.

Porque han de saber ustedes que Unamuno es enemigo de la forma poética...

Como del vascuence y del castellano, y de todo lo que no puede dominar, de todo lo que es superior á sus facultades, que no son muy altas.

Bueno; pues, como iba diciendo á ustedes, Unamuno hizo el año pasado un soneto pedestre titulado *La Rima* (que *El Imparcial* tuvo la osadía y el mal gusto de publicar en su almanaque), para acabar con la rima, para matar la forma poética...

Y el caso es que por poco no se sale con la suya.

Pero, el pobre, no tomó todas las medidas y precauciones necesarias al efecto; vamos, que

no midió sus fuerzas como aconseja Horacio, y no pudo evitar que los lectores de su soneto detestable hubieran leído antes otros sonetos buenos, ó los hayan leído después; y, naturalmente, hayan podido decirle:

«Mire usted, hombre, ó Rector, si usted quiere, ya que también lo quiso un gobierno atolondrado; mire usted, si toda la rima fuera como la de usted, y todos los sonetos como el suyo, habría que renegar de los sonetos y de la rima, porque, á la verdad, el soneto de usted es cosa tonta y desagradable; pero amigo, hay rimas muy dulces y sonetos muy hermosos, á los cuales no se parece el de usted sino como el áspero guarrear de un cuervo al dulce canto de un ruiseñor, ó como el gruñir de un animalito de la vista baja á una sinfonía de Bethoven. De manera que de su soneto lo que se puede sacar en consecuencia no es que la forma poética deba desaparecer, ni que los sonetos sean cosa despreciable, sino que usted es un desdichado intruso á quien no le llama Dios por ese camino.

Y que ha perdido usted el tiempo lastimosamente.

Por no haber comprendido que, para hacer lo que hizo Cervantes, se necesita hacerlo como lo hizo Cervantes.

Ó como lo hizo Espronceda, que también se propuso desterrar las descripciones largas por el mismo procedimiento.

Y ¿sabe usted cómo lo hizo? Escribiendo aquella hermosa descripción de la mañana, que empieza:

Rizados copos de nevada espuma
 Forma el arroyo que jugando salta...;
 Ricos países de vistosa pluma
 En campos de aire el pajarillo esmalta
 Alzase lejos nebulosa bruma,
 De sombras rica, si de luces falta,
 Y el verde prado y el lejano monte
 Muro y término son del horizonte...;

pintando admirablemente cómo

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
 Su manto en el Oriente el alba tiende,
 Y blanca y pura y regalada lumbre
 De su frente de nácares desprende...
 Cándida silfa á su fugaz vislumbre
 El aire en torno sonrosado enciende;
 Y en su fuente la ondina voluptuosa
 Se mece al son del agua armoniosa...;

y cómo

Del hondo mar sobre la rubia espalda
 Ráfagas dando de su luz divina,
 Mécese el sol en lechos de esmeralda;
 La niebla á trozos quiebra y la ilumina
 Del tenso azul por la tendida falda...

y cómo

Las rosas sobre el tallo se levantan
 Coronadas de gotas de rocío..., etc.

Y después de haber escrito cinco octavas

reales de las mejores que se han hecho en castellano, animadas, cadenciosas, robustas, cuajadas de imágenes bellas, palpitantes de vida y de verdad, con aquella lujosa dicción poética en que él y Zorrilla han aventajado á todos los poetas del mundo; después de haber hecho aquella inimitable descripción del amanecer, se burló de ella añadiendo en la octava siguiente:

Y resonando... etcétera; que creo
 Basta para decir que ha amanecido,
 Y tanta frase inútil y rodeo
 A mi corto entender no es más que ruido;
 Pero también á mí me entra el deseo
 De echarla de poeta, y el oído,
 Palabra tras palabra colocada,
 Con versos regalar sin decir nada.

Así se hacen las cosas, pobre Unamuno.

Pero usted... pretendía burlarse de la rima con un soneto, y en lugar de hacer el mejor soneto de los conocidos, ha hecho usted el peor de todos los que se han escrito en el mundo.

Sí, el peor... A lo menos yo no recuerdo haber leído ninguno tan malo...

... Y eso que he leído los del Marqués de Cerralvo... y los de Carulla...

En fin, para que mis lectores no crean que exagero, se le voy á presentar aquí, porque entre amigos, con verlo basta.

Empieza así el soneto de Unamuno:

LA RIMA

Macizas ruedas en pesado carro
Al eje *fixas*, rechinante *rima*;
¡Con qué trabajo subes á la cima
Si *al piso* se te pone algún guijarro!

Es imposible, como ustedes ven, que haya nada más pedestre, ni más desgraciado, ni más prosaico, ni más pobre.

Aparte de que, descendiendo á detalles, en el primer período, en los dos primeros versos, no hay verbo, y no se sabe cómo puede ligar aquello de las «macizas ruedas en pesado carro al eje *fixas*» con la «rechinante *rima*».

Como no sea que el Rector quiera que «rechinante *rima*» sea repetición sinónima ó equivalente de lo de atrás, y que todo ello, los dos versos enteros, sean el nominativo de la oración siguiente, del verso *subes*... Pero si el *subes* puede referirse á «rechinante *rima*», no puede referirse á «macizas ruedas»... sin hacer mala concordancia.

¡Ni sintaxis, hombre, ni sintaxis!...

¡Y Rector de la Universidad de Salamanca!...

Bien que ese desconcierto confuso de los versos del Rector será acaso la sintaxis libre del *super-castellano* por que suspira Unamuno en su rabieta, porque no ha podido aprender el castellano corriente...

Y luego en el segundo verso son asonantes los dos hemitiquios, *fixas* y *rima*, cosa muy fea.

Y luego lo de ponerse *al piso*...

¡Con qué trabajo subes á la cima
Si al piso se te pone algún guijarro!

¡Con qué trabajo sí que rima el pobre Unamuno, sin que logre subir á otra cima que á la del ridículo, por ponérsele *al piso* á cada paso los guijarros de su mal oído y de su mala sintaxis!

Allá va el segundo golpe:

Al tosco buey, que no al corcel bizarro
El peso *bruto* de tu lanza oprima;
Pues al buey sólo tu chirrido anima
Cuando *en piedras* te atascas ó *en el barro*.

¡Pobre Unamuno! ¡Él sí que se atasca en las piedras de sus majaderías, ó *en piedras*, como él dice, y en el barro de su prosaísmo, por la necia presunción de ponerse á hacer lo que no sabe, por la osadía de acometer empresas para las que no tiene disposición ni luces!

¿No habrá leído aquello de Iriarte, citando á Horacio:

Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que después
No podrá llevar, esto es,
¿Que no ande la noria el perro?

¿Por qué se habrá querido meter, no siendo en letras más que un pobre perro guto, á voltear la noria magna del soneto?

Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador...

le dice Iriarte.

Esto es, que se vuelva á la cocina del presupuesto á comerse tranquilamente su nómina y deje en paz á la poesía, para la que su prosaica rudeza nativa le hace del todo refractario.

¡Cuando en piedras te atascas ó en el barro!

¿Por qué una atascadura ha de ser sin artículo y otra con él? Si *en piedras*, ¿por qué no *en barro*? Y si *en el barro*, ¿por qué no *en las piedras*?

¡Y quien tan imperfectamente maneja el idioma se atreve á hacer sonetos!

Bien lo dice el refrán, que no hay cosa más atrevida que la ignorancia.

Veán ustedes ahora los tercetos, que también son cosa de gusto...

Mas en tanto no quede sin *maraña*
La selva toda, como el mar, camino...

¿Qué querrá decir el Rector con esto?... «Sin maraña, la selva toda, como el mar, camino...»

También esto debe de ser un anticipo del *super-castellano* que echa de menos Unamuno.

¡Infeliz! No sabe hacer otro uso del castellano actual sino decir «*en tanto no quede sin maraña la selva toda, como el mar, camino*», ó decir «fuíme á contemplar campo abierto al cielo y por la luz de este bañado paisaje libre...» «*iba delante mío*», «*ni que logra vencerme*», con otros análogos disparates y encuentra el castellano deficiente.

¡Yo lo creo! Si no diera el castellano más de

sí que *lo que le hace* dar un vizcaíno enfatuado, ciertamente, sería deficientísimo.

Pero, en realidad, lo deficiente no es el castellano, sino el entendimiento de Unamuno.

Mas, en tanto, no quede sin *maraña*
la selva toda, como el mar, camino;
tira, noble corcel, de ese *armatoste*...

Pero ¿no decía usted que de *ese armatoste*, del *armatoste* de las macizas ruedas en pesado carro al eje fijas... no tiraba el corcel bizarro, sino el buey tosco? ¿por qué ahora se vuelve usted atrás de lo dicho y manda al noble corcel que tire?

No da usted pie con bola.

Y no sólo falta radicalmente en su soneto la poesía, sino que ni aun sentido común tiene siquiera:

Mas, en tanto, no quede sin *maraña*
la selva toda, como el mar, camino;
tira, noble corcel, de ese *armatoste*,
pues más te vale la coyunda *extraña*.
(¿Por qué *extraña*? ... ¡Ya sé! por la *maraña*.)
—Ya que *no es aún* la libertad tu sino—
que estarte en el establo atado á un poste.

Pues lo contrario le digo yo á usted: más le valdría estar atado á un poste, si no en el establo, en el portal de la Universidad, que tirar del *armatoste* de hacer sonetos.

«Ya que *no es aún* la libertad tu sino...»
¡Vaya un hermoso verso... vizcaíno!

¡Y con un soneto así, tan malo y tan lleno de disparates, quería este pedazo de... Rector poner en ridículo la rima!...

¡Vamos, hombre! Cállate y déjanos en paz, que tú sólo eres quien quedas en ridículo.

Y, tercetos por tercetos, escucha:

Mas en tanto te dura la cucaña,
engorda de la vida en el camino,
y no tires, Miguel, de ese armatoste:
más te vale meterte en tu cabaña;
y ya que la impiedad te dió el destino,
gózale sin decir oste ni moste.

VI

OTRO POCO DE UNAMUNO

I

Entre los recortes que conservo con *cosas* del famoso Rector de Salamanca, está un artículo titulado *Hay que hacerse niño*.

¡Qué artículo!

Cerca de dos columnas de disparates.

Hay que hacerse niño, dice el Rector, comenzando á faltar á la gramática desde el título.

Porque lo que él quiere decir es que hay que hacerse *niños*, pues se dirige á todos los españoles, que claro es que no pueden de ninguna manera hacerse *niño*, sino *niños*.

Después... en la primera parte del artículo el Rector pretende cultivar el chiste; ya supondrán ustedes que con mala suerte; y no se equivocan. Ni podía suceder de otra manera, dada su natural tosquedad y sosura.

Verdad es que también el oso baila, y hace reir, si á mano viene; pero así en el ejercicio coreográfico del egregio plantígrado, como en

los ejercicios literarios del no menos egregio Rector, cuando la gente suelta la risa, se ríe del gracioso, no de la gracia.

¡Con decir que empieza queriendo burlarse del parlamentarismo, que ya nadie toma en serio, y ni aun para eso tiene habilidad!... ¡ni aun contra el parlamentarismo le resultan graciosas las burlas!

Contra quien resulta todo es contra el castellano y contra el buen sentido.

Dice Unamuno que fué á celebrar una entrevista con Gedeón, y después de referir de ella algunos detalles sin sustancia, cuenta cómo salió de su casa, diciendo:

«Cuando salí de su casa iba por el paseo *delante mío...*»

No se dice así, grandísimo... Rector. *Delante de mí*, es como se dice. *Delante mío* es un disparate.

¿Para eso quiere usted deshacer el castellano actual y hacer el *super-castellano*?

¿Cree usted que estará justificada la reforma, ó el descoyuntamiento, ó el destrozo del castellano, por ese sólo motivo, porque usted no sepa decir *delante de mí*, dando á ese adverbio de lugar la construcción que le corresponde?...

Más sencillo es, y mucho más justo, que aprenda usted á decir bien ó se calle, que no que pretenda obligarnos á todos á decir disparatadamente,

¡Vaya, que tendría que ver el *sobre-castellano* ese que usted formara!

Sería parecido al *sobre-ruso* que formara yo, que sé el mismo ruso que doña Emilia Pardo, autora de *La novela en Rusia...*; vamos, que no sé una palabra de ruso.

¡Delante *mío*! ¿No sabe usted que *delante* es un adverbio, y no puede concertarse con él un adjetivo ni un pronombre?

Así también dirá usted en su *sobre-castellano*: *encima tuyo*.

Y, en cambio, puede ser que sea usted capaz de decir, como las cubanas: Aquél es primo *de nosotras*.

Porque eso es lo que suelen hacer ustedes, los reformadores de lo que no entienden...

Cuando pitos, flautas;
cuando flautas, pitos.

«Cuando salí de su casa iba por el paseo *delante mío* un niño como de unos seis años, y de pronto, sin que yo viese el motivo (los motivos, generalmente, no se ven), *dió* «una pirueta el niño...»

Bueno; las piruetas, por lo regular, no se *dan*, se *hacen*, lo mismo acá que en Francia, de donde nos vinieron. Pero al Rector de Salamanca, que ya en otras ocasiones me ha parecido algo pariente de doña Emilia, se conoce que le encanta, igual que á ella, decir las cosas al revés de como las decimos los demás, y

le ha parecido mejor decir que «*dió* una pirueta el niño.»

Añadiendo:

«Y yo, que sentía unas ansias locas de *dar* otra pirueta, tuve que contenerme, porque me tienen por persona formal (¿está usted seguro?) y no puedo ser niño ni *dar* piruetas cuando *me entre* en ganas». Pero puede usted escribir disparates y tonterías, como hace ahora, y váyase lo uno por lo otro.

¿Ustedes creen que todo esto que dice aquí el Rector, en mal castellano, será verdad?... Yo creo que no; que nunca tuvo esas *ansias locas* de *dar* piruetas, como él dice; sino que lo escribe para que le salga el argumento.

Que tampoco sale.

¿Cómo ha de salir, si el supuesto es completamente falso?

Figúrense ustedes que el Rector supone que España está perdida, no por haber entregado sus cátedras á los krausistas y positivistas ateos, como es la verdad, sino porque los españoles somos demasiados serios...

¡Afirmación más reñida con la verdad!

¡Cuando precisamente los hombres serios, en el buen sentido de la palabra, van escaseando tanto, que nadie piensa más que en divertirse!

Y si no que lo diga la prosperidad de los teatrillos por horas y de los *cines*...

Y en cuanto á los hombres *serios* con letra

bastardilla, también han sido aquí siempre muy contados afortunadamente. Espartero, el Marqués de Pidal, Azcárraga, Damián Isern, Unamuno... y casi, casi, pare usted de contar.

Tras de la majadería unamunil de que el daño de nuestra Patria está en la demasiada seriedad de los españoles, viene la de señalar el origen de nuestra seriedad nada menos que en los moros, que son más alegres que unas castañuelas.

Pues nada, por el afán de decirlo todo al revés, dice que nuestra gravedad es una *gravedad moruna*.

Y todavía insiste mucho sobre lo mismo, diciendo más abajo: «Somos por lo común estúpidamente graves, ó, si queréis, gravemente estúpidos».

Lo mismo nos da de un modo que de otro y de ambos nos parece bien, con tal que sustituya usted el plural por el singular y lo diga sólo de sí mismo.

De esa manera no habrá quien proteste y todo el mundo lo encontrará bien, ó se encojerá de hombros dando á entender: Cuando él lo dice...

Ahora que, aplicado eso á la generalidad de los españoles, no es más que una simple tontería.

Después la emprende con furia contra las corridas de toros. No podía menos. Precisamente la clásica fiesta española viene á ser la



piedra de toque donde se descubren en seguida los talentos mediocres y las ilustraciones superficiales.

No hay más que oír á uno despuntar contra las corridas de toros, para sospechar que es un tonto, ni hace falta más que oírle hablar cinco minutos, para que lo compruebe diciendo cincuenta tonterías.

Al Rector le parecen las corridas demasiado serias. ¡Qué barbaridad! ¡Cuando es allí alegría todo! Le parecerá más alegre el pugilato...

Y después de escribir un párrafo largo y malo de tauromaquia, dice muy formal:

«Advierto al lector que puede *aquí* escapárseme algún dislate.»

¿Ahí no más? ¿Y no más que alguno? ¡Qué modestia! ¡Pues si *ahí* y en cualquier otro asunto casi no sabe usted decir otra cosa!

Y luego da la razón de su ignorancia en tauromaquia, añadiendo:

«Pues en mi vida me he *degradado* á aprender el tecnicismo taurómico.»

Otra tontería bien grande.

Pues si eso fuera degradación, ¿qué sería negar á Dios y negar la existencia del alma, teniendo que aprender antes para ello el ridículo tecnicismo krausista?

II

Pero en el mundo hay más, como dijo el otro.
Y en el artículo de Unamuno también.

Porque después de haber estado un buen rato el impávido Rector echando pestes contra las corridas de toros, contra la animada y alegre fiesta nacional, que él se empeña en decir que es insoportablemente seria, la emprende con los escritores festivos de por acá, los cuales también se le hacen insoportables, porque dice que son gravísimos en el fondo; aunque yo más bien creo que es porque no los ha leído, ó porque no los entiende.

Nada, que si fuéramos á creer á Unamuno, cosa que yo no haré ni aconsejaré á nadie, nos encontraríamos con que todos nuestros escritores festivos en verso y en prosa, sin excluir ni siquiera á Vital Aza, ni á Cavia, ni á Sinesio Delgado, ni á Pérez Zúñiga, ni á Tapia, ni al *Sastre del Campillo*, que viven, ni á Lafuente (*Fray Gerundio*), ni á Eduardo Palacio, ni á Taboada, que no viven ya, todos eran unos llorones inaguantables.

Tampoco hay —en concepto del impertérito é impertinente Rector de Salamanca,— tampoco hay aquí humoristas ni los ha habido nunca.

Por eso se lamenta él, con revesada frase, de

«la en España casi general incomprensión del humorismo».

De manera que si le hiciéramos caso, en lo cual ciertamente haríamos muy mal, tendríamos que creer que nadie, ni Eusebio Blasco, ni Narciso Serra, ni Campoamor, ni el mismo Espronceda, han sido escritores humoristas.

«Apenas se siente aquí—dice el Rector—más que la sátira, la burla enderezada á corregir tal ó cual vicio, la burla didáctica...»

Contra la cual está á matar, porque le pica.

Y añade esta barbaridad, entre paréntesis: «*Ridendo corrigitur mores*».

¡Bien, hombre, bien!...

¿De modo que tampoco sabe usted latín?...

¡Está usted bueno!... Ni latín, ni vascuence, ni castellano, ni griego (¡y catedrático de la Facultad en que se estudian las lenguas!); porque tampoco sabe griego, y eso que es de lo que le hicieron catedrático... Y luego, como de todo lo que usted no sabe es usted enemigo, resulta que es usted enemigo de todas las lenguas, y por eso quiere usted destruirlas todas.

Ridendo corrigitur mores!

¡Y sin saber latín, y destrozando el latín de esa manera, es usted Rector de la antigua Universidad de Salamanca, donde hasta poco hace, hasta bien entrado el siglo XIX, se explicaban en latín todas las asignaturas!

¡Y seguirá usted ahí haciendo de Rector, de jefe y director de todos los estudios, incluso el

latín, necesitando como necesita usted ir á ponerse bajo la vara de un dómine por tres ó cuatro años...!

Ridendo corrigitur mores!...

Vamos, usted ha creído que el latín se construye así como el francés, y como usted y otros malos escritores quieren construir también el castellano...

«*Se oyó dos chupadas*, que á su cigarro dió el cura», como dijo una vez Urrecha.

Pues no, señor, ni en castellano ni en latín se construye así, sino concertando el verbo en número y persona con el objeto de la acción. Los franceses pueden decir como Pablo Bourget en *El discípulo*: «*On doit á M. Sixte quelques frases*», el verbo en singular y el objeto en plural; pero nosotros no podemos decir, v. g.: *se debe á Maura bastantes desaciertos*.

No porque no se le deban, sino porque hay que decir: *se deben á Maura*, esto es: *son debidos á Maura*.

Los franceses pueden decir: *On imagine les effets*; pero nosotros no podemos decir: *se imagina los efectos* sino, *se imaginan los efectos*, esto es: los efectos *son imaginados*.

Y lo mismo sucede en latín: tampoco se puede decir *corrigitur mores* (se *corrige* las costumbres), sino *corriguntur mores*, entiéndalo usted bien, *corriguntur mores*, «se corrigen las costumbres», «las costumbres son corregidas».

Conque, no se le olvide á usted, no sea usted habieca. No se dice *Ridendo corrigitur mores*; se dice: *Ridendo corriguntur mores...*

A no ser que quiera usted hacer también un *sobre-latín*, para meter en él ese disparate y todos los demás que á usted se le vayan escapando cada día.

Si es eso, de ahí me vuelvo...

Pero el insólito é inconcomitante Rector sigue echándolo todo por tierra, incluso á Quevedo, de quien dice:

«Por lo que á Quevedo respecta, estoy con Maeztu (tal para cual); no logro tragar al grave satírico castellano.»

Naturalmente. Lo raro sería que á usted le gustara; porque desmentiría el refrán que dice que «no se hizo la miel para la boca del...», etcétera, ni la sátira fina para la inteligencia del... Rector de Salamanca.

¿Qué extraño es que á un hombre á quien no le gusta el castellano, ni el latín, ó que, hablando con toda claridad, no sabe latín ni castellano, ni otras muchas cosas; que á un hombre que en castellano dice: «*ni que logra convencerme*» y «*delante mío*», y en latín «*corrigitur mores*», qué extraño es que no le guste Quevedo?

«Le encuentro grave—dice—tiesamente grave, *anquilosado...*»

¡Efectivamente!... Trabajo costaría encontrar otro escritor de estilo más flexible...

Pero se conoce que eso de la *anquilosis* aplicada á la literatura lo aprendió el bueno de Unamuno en viernes, y no se le olvida...

Porque ya unas pocas líneas más arriba nos había dicho que la tiesura que él encuentra en los escritores españoles era «un síntoma de *anquilosis* espiritual», y todavía creo que ha de volver á *anquilosarse* antes de concluir el artículo.

Por de pronto, continúa poniendo al ilustre prisionero de San Marcos de León como digan dueñas.

¡Pobre Quevedo!... Declarado en contra suya Unamuno, con ó sin la ayuda de Maeztu (otro librepensador y libre-grecista (1) de primera), ¿qué va á quedar de su preclaro nombre ni de su universalísima fama?

Ni de la suya ni de la de nadie; porque á todos los príncipes de nuestra literatura trata el inverosímil Rector de Salamanca del mismo modo, sin perdonar tampoco á Cervantes más que á medias, y como á regaña-dientes.

«Y así (como Quevedo) en general tenemos escritores satíricos, á lo sumo festivos, no humoristas, si se exceptúa *acaso* á Cervantes, y éste á ratos...»

Ya lo ven ustedes. No se atreve Unamuno á

(1) Parece que creía, poco hace, que el *telegrama* se llamaba así por venir por el hilo, y porque *tele* en griego significaba *hilo*.

exceptuar de la granizada de desprecios que ha echado sobre Quevedo y sobre los demás escritores españoles en general, más que á Cervantes *acaso*, y de ser, sólo á ratos...

¡Qué tupé el de este hombre!

Más adelante vuelve á su tema de que hemos de ser niños y dice:

«¡Niños, sí, siempre niños! Niños, *que de los niños es el reino de los cielos*».

¡Ah! ¿Pero al cabo hay reino de los cielos?... Se lo pregunto á usted, porque el año pasado, en aquel discurso de apertura, cuyas impiedades, infladas por *El Liberal*, le valieron á usted el nombramiento de Rector, me parece que decía usted á los estudiantes que no creyeran en ningún dogma ni en nada que no les enseñase la experiencia... ¿Ha *experimentado* usted el reino de los cielos?...

Si es que se ha convertido usted y cree usted en El, yo me alegro mucho. Pero si no... la sinceridad es muy recomendable.

Y también es muy recomendable no aplicar los textos al revés.

Porque ha de entender usted que el reino de los cielos no es de los niños porque se reían sin saber de qué, y á lo bobo, y *sin fin moralizador*, como usted quiere que se reían los escritores; ni porque sin motivo *den* una piqueta, como usted dice, y como usted quiere que las *den* las personas formales, sino porque son inocentes, porque carecen de malicia.

Todavía sigue el Rector disparatando un buen trecho, diciendo: «el niño marca en nuestra ascensión al *sobre-hombre* (¡ya pareció otro *sobre!*) un punto más alto que el adulto».

De manera que, según el Rector Unamuno, primero hay que ser adulto y más tarde niño...

Después llama ¡*desgraciados!*, así entre admiraciones, á los que celebramos *la sátira moralizadora de Quevedo*... Después habla de una tristeza *inlágrime*. Después dice que «hay que sustituir con el culto al niño el acatamiento al anciano», que para él es una mala persona, y que «hay que acabar con esa *mentira* de que *los años den experiencia*...»

.....

¡Y para que escriba en *El Imparcial* todos estos desatinos, le tienen que pagar los pobres contribuyentes españoles el sueldo de Rector de Salamanca!

VII

ARENILLAS POÉTICAS

Y eso que poéticas, rigurosamente hablando, no lo son, sino prosaicas, desconsoladoramente prosaicas, las tales arenillas.

Pero como ya hemos convenido... ó por lo menos han convenido los interesados, los propios cosecheros ó productores de ripios indígenas, en llamar *poesías* á los versos, por malos y por antipoéticos que sean, me ha parecido que podía yo también llamar *poéticas* á estas cosuchas, por seguir la costumbre.

Y porque de alguna manera había que llamarlas para hablar de ellas.

El autor es un neo, ó dígase un católico-liberal, no sé bien si de los *integristas* ó de los otros que llaman *pontificios*, pero es igual: unos y otros suelen ser presumidos, vanidosos y poco sinceros, y unos y otros suelen asemejarse en no llamar á las cosas con nombres que las designen, sino más bien con nombres que las desfiguren.

Vamos, que si me dan á escoger entre Necedal y el P. Muiños, me quedo sin ninguno inmediatamente.

Volviendo al neo de antes, les diré á ustedes que ha escrito unos versos titulados *Mi Crucifijo*, que ciertamente por el asunto merecían ser buenos, pero son muy malos. De lo peor que se estila.

Y para que no crean ustedes que exagero, lean conmigo:

«Tengo un Cristo bendito de la Agonia,
que sin rezarle un credo *no pasó día...*»

(Si es verdad, no por ello te reñiría;
mas aunque sea cierto, no es poesía.)

Ni buen castellano.

Pues el *que* del segundo verso y todo lo que sigue hasta el *credo* parece que hace relación al Cristo, y que éste es el sujeto de la acción. «Tengo un Cristo que sin *rezarle* un credo...» parece que va á decir: *hace esto... ó lo otro*. Pero luego resulta que el que hace ó el que deja de hacer es el *poeta*, y no el Cristo.

Y sigue el hombre de esta manera:

«Como Él ha sido siempre mi compañero,
no podéis figuraros cuánto lo quiero.»

¡Así, en confianza!... ¿Le parece á usted que esa es manera digna de cantar á Cristo?

No podéis figuraros...

¡Usted sí que no puede figurarse lo feo que

es eso! Porque no tiene usted sentimiento ni tiene usted gusto. Los misterios de nuestra santa religión se han de tratar con seriedad y elevación proporcionada á ellos, en lo posible, y no con esas sosadinas que pretenden ser agudezas.

Pero, ya se ve: se prepuso usted por modelo á un versista prosaico, ripioso y ramplón, á Balart; y como quiera que las imitaciones siempre suelen ser peores que los modelos imitados, le han resultado á usted sus versos peores todavía que los del pobre don Federico, aun cuando parecía que peores ya no podían hacerse.

Y lo de que ha imitado usted á Balart, no me lo negará usted... aunque un integrista es capaz de negar cualquier cosa... Pero si lo niega, como si no lo negara: está á la vista.

Parece que está uno leyendo aquellos desgraciados versos de Balart, que empiezan: *Cuando desde...*

«*Cuando desde la senda que triste huella,*

ó aquellos otros, no menos prosaicos y ripiosos, en que, después de hacer que la mirada *irradie* sobre el libro

«*Antes que tu mirada sobre él irradie,*

lo cual es un disparate, porque el libro es el que irradia la luz sobre los ojos, dice:

«*Para ti no se ha escrito, ni para nadie...*»

Estas agudezas... despuntadas y cursis, son las que ha querido imitar nuestro vate, que sigue diciendo:

«De la viudez vistiendo la negra toca...»

No es el Cristo el que viste la negra toca de la viudez, como pudiera creerse, puesto que entre lo de antes y lo de ahora no hay punto; no es el Cristo, según se ve más adelante:

«De la viudez vistiendo la negra toca,
besándome en la frente *con ansia loca*...»

¿Con *ansia loca*... nada menos?... ¿Qué irá á pasar aquí?, se pregunta alarmado cualquiera. Pero luego, afortunadamente, no pasa nada... más que ese ripio del *ansia loca*; que es verdadero ripio, por cuanto la que besa en la frente al escritor es su señora madre.

«De la viudez vistiendo la negra toca,
besándome en la frente *con ansia loca*,
al dejar este mundo mi pobre madre...»

Sí, verdaderamente, ¡pobre madre!, á quien su hijo, por meterse á hacer versos, levanta ese falso testimonio del *ansia loca*...

No, no *con ansia loca*, sino con cariño muy cuerdo y muy natural es como besan las madres á sus hijos...

Éste de ahora dice que la suya le dijo entre sollozos varias cosas como la siguiente:

«Y cuando de tu muerte *se* llegue el día...»,

lo cual tampoco debe de ser verdad, porque

las madres castellanas suelen hablar mejor. Le diría, si acaso:

«Y cuando de tu muerte llegue el día»,

ó más bien:

«Y cuando llegue el día de tu muerte»;

pero, de seguro, no dijo el *se* aquel de *se* llegue, que es un ripio muy feo que metió el autor para acabar de llenar la medida del verso y las de los lectores.

Más adelante, hacia la conclusión, vuelve el *vate* á disparatar, aunque casi no lo ha dejado del todo, y dice:

«Cuando yo esté en el *lecho* sin movimiento...»

Por cierto que es muy fea esa asonancia de los hemistiquios, y bien pudo el Sr. Arenillas, que así se firma el *vate*, haberla evitado substituyendo el *lecho* con la *cama*.

Pero se conoce que este nombre le pareció bajo.

Sin razón, por que ¡cuánto más bajo es aquello de *no pasó día* y aquello otro de *no podéis figuraros...* y el *se llegue!*...

«Cuando yo esté en el *lecho* sin movimiento, *falto ya de esperanza...*»

¡Diantre!... ¡mejor lo haga Dios!... Pues vaya una *esperanza* que tiene usted de morir cristianamente, si cree que al morir ha de estar *falto de esperanza!*...

«Cuando yo esté en el *lecho* sin *movimiento*,
falto ya de esperanza, *falto de aliento*,
 y á los seres queridos que me *rodean*
 (que me *rodeen*, hombre; *va á subjuntivo*)
 mis ojos mortecinos *ya no los vean*
 (ahora *ya del rodean* veo el motivo),
 ¡con qué *placer*, Dios mío, me moriría!...»

¡Hombre!... tanto como *placer*... Me parece que exagera usted un poco. Y exagera usted siempre, y se va usted de extremo á extremo.

Antes, desesperado; ahora, con *placer*...

Bastante le sería á usted morir con tranquilidad...

Pero, claro, la tranquilidad es tan larga, que no entraba en la medida del verso.

La cual, en unión del consonante, es causa de que, muy á menudo, los que se meten á poetas sin serlo, ensarten desatinos.

VIII

EMILIANAS

I

Lo menos se habrá creído D.^a Emilia que yo la tenía olvidada completamente.

Pues no: nada de eso.

No me olvido yo de practicar de vez en cuando con D.^a Emilia las tres primeras obras de misericordia.

Verdad es que, por no tener generalmente mucho tiempo que echar á perder, apenas he leído alguno de los artículos de casi religión que anda publicando en *El Imparcial*, ni de los de casi-literatura con que suele regalar en el *Blanco y Negro* á la gente iliterata que compra dicho semanario para ver las estampas y se corre luego hasta leer alguna página que otra.

Y, naturalmente, no habiendo podido leer muchos artículos de D.^a Emilia, tampoco he podido ejercer á menudo con ella, como en

otros días, las susodichas tres primeras obras de misericordia espirituales, la tercera, especialmente, que es la de corregir al que yerra...

Pero de esto á haberla olvidado hay mucha *diferencia*, como dice un senador inverosímil y bastante rico.

No; no soy yo tan ingrato que pueda olvidar así como quiera y en un dos por tres los largos ratos de buen humor que con sus extravagancias literarias me ha proporcionado la ínclita inventora de la inhibición al revés, del trueque de la pena de daño con la de sentido, y de la garduña volando.

Porque, realmente, me he reído mucho leyendo á D.^a Emilia; pues tiene esta señora la particularidad de que, si bien cuando pretende ser graciosa y hacer reir es capaz de hacer llorar á las mismas piedras, en cambio cuando escribe en serio hace reir muchísimo.

Bueno; pues hace pocos días, yendo de viaje, me encontré en el cuarto de la fonda con un número del *Blanco y Negro*, abandonado, según me dijeron las camareras, por un viajante *en zapatillas*; y como no tenía que hacer mayormente, ni otra cosa que leer, me puse á hojearle.

Lo primero con que tropecé en él fué con D.^a Emilia, vamos, con la firma de doña Emilia puesta al pie de un artículo titulado *Siglo XIII*, lo mismo que se podía titular *calabacines rellenos*, porque así tenía que ver con

el siglo XIII como con el presupuesto de Marina.

Decía allí la señora Pardo Bazán que al oscurecer, es decir, «en esa hora en que sin espesarse aun las sombras de la noche se levanta un soplo frío y se ve ya la luna», encontró «al ciego y á la niña que le sirve de lazarillo sentados en un ribazo del camino, descansando».

El dibujante, que no debía de saber lo que era un ribazo, los sentó en unas piedras, y allí se ven sentados un ciego con una montera y una rapacina despeluciada y morrinsa, mientras que á lo lejos se ve venir una señora que el dibujante querría que fuese D.^a Emilia, y ella también lo querría ser, pero no puede serlo, porque es una figura mucho menos gruesa que D.^a Emilia, más agentilada y más joven.

Y dice D.^a Emilia:

«Me interesan, me atraen los mendigos de *profesión*».

¡Y se habrá quedado D.^a Emilia tan satisfecha con el chiste!

El infeliz que no tiene que comer, ni puede ganarlo trabajando, porque es ciego, ¿qué ha de hacer más que mendigar?...

Puede ser que con más fundamento se pudiera llamar disparatadora *de profesión* á doña Emilia.

La cual continúa diciendo:

«Son un resto del pasado (los mendigos)».

¿Y por eso llama Ud. al artículo siglo XIII?...
Y por qué XIII, y no XIV, ni XII?...

¡Lo que sabe esta señora! diría el viajante en zapatillas que compró el número, si es que leyó algo.

Después dice D.^a Emilia de los mendigos:
«Van á desaparecer...»

Luego no han desaparecido. Luego no son del siglo XIII, sino del actual... y de todos, de todos los siglos.

Lo dijo Nuestro Señor Jesucristo, infinitamente más sabio que la señora Pardo Bazán: «*Semper pauperes habetis vobiscum*; siempre tendréis á los pobres con vosotros».

Pero D.^a Emilia, por llevar la contraria al Verbo de Dios, ó por no saber por dónde anda, dice que los pobres van á desaparecer; y para ponerlo más fino, añade: «se cuentan *en el número de lo que...*»

¡En el número de *lo qué!* ¡Vaya un castellano! *Lo que...* no tiene número. Se dice: «de las cosas que», señora D.^a Emilia...

Vamos, también se dice como dice usted, pero entonces se dice un disparate.

«Se cuentan en el número *de lo que* la evolución inevitable se prepara á borrar *con el dedo.*»

¡Atiza!... ¡La evolución borrando *con el dedo* el número *de lo que...*!

La evolución no borra las cosas con el dedo, señora D.^a Emilia, ni tiene dedo tampoco; la

evolución borra las cosas, ó las hace desaparecer, dando vuelta. Por eso se llama evolución: ello mismo lo dice. Así, por ejemplo, la evolución de la tierra hacia Oriente hace desaparecer el sol por la parte opuesta, por Occidente.

¡Mire usted que echárselas de literata, y decir que «los mendigos se cuentan en el número de lo que la evolución se prepara á borrar con el dedo!...

Apenas se pueden decir en menos palabras más dislates.

Y todavía continúa diciendo: «A la vuelta de una centuria no quedará en la redondez de la tierra hombre dispuesto á *tender la mano á otro.*»

Aquí no se sabe si D.^a Emilia quiere decir que no habrá quien dé limosna, ó que no habrá quien la pida, ó que no habrá quien salude amistosamente; porque de todas estas maneras se puede interpretar lo de *tender la mano.*

«La limosna—continuaba D.^a Emilia—está desacreditada.»

No lo crea usted, señora. Es que confunde usted la limosna con la literatura del *Blanco y Negro...*

Después de causar al idioma y al buen sentido algunos otros desperfectos, dice doña Emilia:

«El ciego que hallo en este camino de aldea orlado de madreselvas en flor que embalsaman, al pie de un castaño...»

¿Y qué es lo que embalsaman...? No se llega á saber de cierto.

«... orlado de madre selvas en flor que embalsaman, al pie de un castaño, tiene ya para mí algo de la poesía melancólica del anocheecer que envuelve su figura, y al darle unas monedas de vellón...»

¿De vellón...? Serían de perro chico, ó de perro grande...

Efectivamente; un trecho más adelante, dice D.^a Emilia que la costó trabajo hacer que los ciegos interrumpieran la serenata, «porque se consideran obligados estrictamente á dar, por cada *perrilla*, una copla lo menos».

¿Lo ven ustedes...? La buena de D.^a Emilia no sabe lo que son monedas de vellón, ni cuándo y por qué se llamaban de vellón las monedas; y queriendo echárselas de erudita, llama monedas de vellón á los perros chicos.

¡Arbolaria...!

«... y al darle algunas monedas de vellón, dice, creo estar realizando un *deporte* de la Edad Media, á la puerta de algún reducido santuario, ó interrumpiendo el bordado de un tapiz, sentada en el poyo de alguna *fenestra* ojival...»

¡Cuánta simpleza!

Pero bueno; ya sabemos por qué D.^a Emilia titula su artículo *Siglo XIII*; porque se la figura que el dar limosna á un ciego es cosa que no se ha hecho de la Edad Media para acá

más que una vez que lo hizo ella en Galicia este verano.

¡Qué tontería, señora!

Y luego, mucho *Siglo XIII*, y mucho decir *fenestra* en latín, y la que da limosna lleva en la estampa un sombrerito á la francesa...

Verdad es que para viajeros en zapatillas y estudiantes desaplicados, que deben ser los principales consumidores de estas cosas...

Después, toma D.^a Emilia por su cuenta á la pobre criadina del ciego, y, tras de hablar de su «*liquida pupila*», nos dice:

«Su carita, retostada por el sol, que es la linterna de los vagabundos...»

¡Qué afán de ensartar disparates, D.^a Emilia!

Porque, mire usted; ni el sol es comparable con la linterna, ni la sustituye para los vagabundos, ni la linterna sirve para retostar, ni ese es el camino... como no sea el del manicomio.

De manera que eso no puede estar peor, ni el inciso ese de la *linterna de los vagabundos* la ha podido salir á usted más desgraciado.

De día, cuando hay sol, ni los vagabundos ni los propietarios necesitan linterna: los primeros supone usted que no la tienen; pero los segundos, aunque la tengan, no la usan, porque no les hace falta, porque el sol les ilumina lo mismo que á los pobres; de suerte que si estuviera bien llamarle linterna, sería la de los pobres y la de los acaudalados.

De noche, es verdad que á los ricos no les alumbraba el sol, y usan linterna, cuando la usan... Pero es el caso que á los vagabundos tampoco les alumbraba el sol de noche, y, por consiguiente, tampoco puede decirse que sea su linterna, porque si no tienen otra se quedan á oscuras.

¿Ve usted, señora D.^a Emilia, cómo el inciso ese de adorno es un puro disparate?...

Pues todavía hay más. Porque al decir usted que la criada del ciego tenía «su carita *retostada* por el sol, *que es la linterna de los vagabundos*», da usted á entender claramente que usted cree que las linternas sirven para *retostar*, y que los ricos, como son ricos y pueden tener linterna, no necesitan de los buenos oficios del sol, como los vagabundos, para *retostarse* las caras, y se las *retuestan* con la linterna...

¿Si resultará que usted, D.^a Emilia, no sabe tampoco lo que es linterna, y cree que es una sartén ó algo parecido?...

Pues no; la linterna no es para *retostar*, es para alumbrar; y suponer que el sol, cuando *retuesta* las caras de los vagabundos, hace oficio de linterna, es otro disparate.

Usted, señora D.^a Emilia, habría oído acaso llamar linterna de los vagabundos á la luna, y eso no está del todo mal; porque la luna alumbraba de noche, que es cuando los ricos se sirven de linternas, ó, en general, de luces ar-

tificiales, mientras los vagabundos, que carecen de ellas, con la de la luna se tienen que contentar... cuando luce.

Pero no es lo mismo uno que otro, y no se fie usted de haber oído las cosas, porque como no tiene usted discernimiento, ó no se para usted á discernir, toma usted fácilmente el sol por la luna, que es, como quien dice, el rábano por las hojas, y... disparate seguro.

Sea usted sencilla, no quiera usted aparentar una erudición que no tiene, no recargue usted los períodos con impertinencias...

¿Qué necesidad tenía usted, para decir que la rapaza estaba tostada del sol, qué necesidad tenía usted de añadir que el sol es la linterna de los vagabundos, lo cual la ha resultado á usted una cantera de despropósitos?...

Basta de *Siglo XIII*.

Y el caso es que todavía estábamos empezando el artículo...

II

A la pobre D.^a Emilia Pardo, que es algo envidiosa, se conoce que la dió envidia el éxito de *Electra*, aquel esferpento de D. Benito, y trató de hacer ella otra especie de *Electra*, sin bambalinas.

¿Que cómo la ha salido? Pues... mal, naturalmente.

Refiere D.^a Emilia que se hallaban reunidos ella y otros enfermos del hígado en un gran balneario, regido por un médico gallego llamado Veiga, al cual determinaron ofrecer un banquete.

Describiéndole, dice D.^a Emilia, en su afán de distinguirse y de hacer frases nuevas, que se comió fuerte y *se bebió seco*.

Esto de *beber seco* es realmente una novedad; pero tiene de malo que es también una tontería.

La pobre señora habría oído hablar del *jerez seco*, y no sabiendo á punto fijo lo que es, ni por qué se llama así, encajó lo de *se bebió seco*, en lugar de «se bebió mucho», ó «se bebió bien», ó «se bebió de tieso», ó «se bebió de firme», como hubiera dicho cualquiera que hablara regularmente el castellano.

«Y como el doctor aseguraba —dice D.^a Emilia— que no había medicamento más probado para el hígado que el buen humor, salieron á relucir jubilosos recuerdos de la mocedad *é historietas picantes*».

¡Vaya! ¡Por cuánto no habían de salir las historietas picantes!... En un cuento de doña Emilia ya se sabe que no puede faltar esa salsa apetecida de paladares estragados.

Cuenta luego que, al volver de almorzar, encontraron á un viejo, al famoso Juanito Morán, según le llamó el médico, maravillado de que estuviera todavía en el mundo; y como

ella preguntara al doctor por qué había sido famoso aquel anciano, el doctor la contó la historia.

«—¿*Bien* habrá usted oído en Montañosa la historia de la reja del convento de San Juvenio, la que da á la plaza de la muerte?»

Así, con estas interrogaciones, que están de sobra, lo pone D.^a Emilia.

Digo que están de sobra las interrogaciones, ó lo está el *bien* del principio...

Después de contestar D.^a Emilia que sí, que ha oído la *tradición*, y de haberla dicho el médico que el héroe de ella acababa de pasar (lo cual prueba que está mal usado el nombre de *tradición*, porque no es *tradición* una hazaña cuyo protagonista vive), dice la autora:

«Hice un *movimiento de interés...*»

¿Cómo serán los movimientos de interés?...

Hace luego D.^a Emilia de sí misma fervientes é injustos elogios, diciendo que su fantasía *crystaliza las imágenes con rapidez*, cuando apenas tiene *fantasía*, no siendo en el sentido vulgar de vanidad, soberbia ó presunción, y dice unas cuantas simplezas referentes á un reloj de torre, verbigracia:

«El tiempo que cuenta esta campana no se parece al tiempo que miden los demás relojes. Es un tiempo *marcado con el sello de la eternidad*».

—¡Qué atrocidad!...

¿Y qué habrá querido decir con esto?...

Pone luego en boca del doctor una descripción bastante cursi del seductor *Juanito*, y pasa á describir el convento de San Juvencio, hablando de sus muros enverdecidos por la humedad, lo mismo que los de la casa de doña Emilia, descrita poco hace en otro cuento muy soso titulado *La Paloma azul*, y diciendo que los mencionados muros «pueden llamarse *ciegos*».

Lo que es poder, sí; todo se puede.

También se puede llamar *ciegas* á algunas personas.

Con la diferencia de que llamar *ciegos* á los muros, porque «apenas los rasgan *pocas negras* ventanas, *envejecidas* y *altísimas*», que es la razón que en su estilo *especial* da doña Emilia, es una bobería; mientras que llamar *ciegas* á las personas que no aciertan á decir ni hacer las cosas, á no ser al revés, no es sino hablar racionalmente.

«...Apenas los rasgan pocas negras...»

¡Qué manera más negra de escribir!...

Y creerá seguramente D.^a Emilia que eso es tan elegante!...

Pasa á hablar de las monjas y dice..., vamos, disparata, según su costumbre:

«Las monjas, ya sabe usted que son benedictinas, *muy damas* («muy señoras» ha debido decir; pero entonces hubiera dicho un disparate menos), contemplativas, aristocráticas, del tiempo en que no se conocían estas

monjas de ahora, *seculares de ropa burda...*»

¡Está usted enterada en eso... como en todo, señora!

Precisamente las benedictinas son las de la ropa burda, las que se visten de lana por dentro y por fuera, mientras que las monjas modernas, que usted llama impropia*mente seculares*, por decir sin clausura, usan para sus hábitos telas más finas, y aun las modernas de clausura lo mismo.

Compare usted los hábitos de las benedictinas con los de las Esclavas ó las del Sagrado Corazón ó las Reparadoras...

Verdad es que usted no sabe comparar nada, sino escribir lo primero que se la ocurre, y así sale ello.

Verbigracia:

«No sé cómo se las arreglan los estudiantes, que llevan el alza y baja de las monjas bonitas de San Juvencio.»

¡Qué soserías dice usted, señora!

«Ello es que entonces, en el tiempo *en que estoy hablando...*»

No se dice así, D.^a Emilia. Para expresar la idea que usted quiere expresar, hay que decir: «en el tiempo *de que estoy hablando*». Por que «en el tiempo *en que estoy hablando*» es el tiempo presente, ahora; y usted no quiere decir eso, sino que quiere usted significar el tiempo que pasó, el tiempo en que era joven Juanito Morán.

¡Qué cosas hay que enseñarla á esta doña Emilia!

«Ello es que entonces, en el tiempo *en* que estoy hablando, corría fama de la belleza singular de una religiosa... profesa desde hacia dos años...»

Y así va entrando la señora Pardo en materia... grave. Pero fíjense ustedes en lo de «religiosa profesa».

Vuelve luego á hablar de los muros que antes llamó *ciegos*, y casi se lo vuelve á llamar, pues dice:

«Aquellas paredes enormes, *semiciegas*...» ¡Qué ganas de poner motes á las paredes!... Si ellas hablaran, puede ser que dijeran á doña Emilia: «La *semiciega* será usted, ó ciega sin semi, que no ve más allá de sus narices, no largas por cierto».

Por eso no ha visto la enorme estupidez de lo que va contando.

Habla el médico Veiga, que es quien la refiere la historia, y dice:

«...Me di yo entonces á seguir los pasos de Juanito Morán, y pude convencerme de que, en efecto, á horas *desusadas* no cesaba de rondar (si no cesaba, rondaría á todas horas, *desusadas* y usadas), fijos siempre los ojos en la ventana á que corresponde la reja y que cae sobre la escalinata de las casas del Cabildo. A *ella* se arrima el galán y fijo allí aguardaba».

Bueno: la postura de un hombre *arrimado*

á una escalinata no será muy airosa; pero allá usted.

«Un día—¡cómo latió mi corazón de niño!— Vi que un rostro pálido... se pegaba á los hierros, y unos ojos de *ascua* se clavaban en Juanito. Una mano que parecía de papel hizo misteriosa seña... A la otra *mañana* y á la otra repitióse la misma escena»...

Advierto á D.^a Emilia que esa *mañana* no se llama así: se llama *madrugada* ó *sobremañana*. Porque la *mañana* quiere decir de día, y el relato de D.^a Emilia pide que sea de noche, por aquello de que *qui male agit odit lucem*.

«No me cupo duda—sigue diciendo el niño después de ser doctor—y aquel gran secreto romántico llenó de pueril orgullo mi alma. Crea usted que me acostaba tan exaltado *como si fuese yo mismo el dichoso*».

¡Caracoles el nene!

Lo digo, en el supuesto de D.^a Emilia de que el niño pensara así. Pero el supuesto es falso; porque un niño no ha podido jamás tener por *dichoso* al que maquina y prepara una aventura obscena y sacrílega.

D.^a Emilia se distrae fácilmente y cree que hasta los niños de hace sesenta años pensaban en descreído y en naturalista.

¡Vaya con el *dichoso* y con lo que entiende por dicha D.^a Emilia!

Después cuenta que «á la *madrugada*» (aquí

debía decir la *mañana*) las devotas que atravesaban la plaza de la *Muerte* para oír misa de alba vieron al pie del muro de San Juvencio el cuerpo ensangrentado é inerte de una *novicia*...

Pero señora, ¿no decía usted antes que llevaba dos años de profesa? ¿O cree usted que se llaman *novicias* todas las monjas jóvenes?... No, señora; *novicias*, como sabe todo el mundo menos usted, son las que todavía no han profesado...

Luego describe D.^a Emilia la catástrofe con ese ingenio y esa habilidad que Dios la ha dado para estropear las cosas...

«Me abrí paso, me acerqué... La cabeza (de la muerta) descansaba sobre el primer *peldaño* de la escalinata que *asciende* á las Casas del Cabildo. Un hilo de sangre manchaba la sien; alrededor de la cintura estaban arrolladas las tiras de sábanas convertidas en cuerdas. El otro extremo, roto, colgaba allá arriba de la reja, cuyos *hierros limados* mostraban el boquete por donde magullándose habría pasado el cuerpo...»

La invención no puede ser más disparatada... En fin, como de D.^a Emilia.

¿La parecerá verosímil á D.^a Emilia que una monja lime y llegue á cortar con una lima, sin que nadie lo advierta, unos hierros tan gordos como suelen ser los de las rejas de los conventos antiguos?...

¡Bah! ¿Qué sabe ella de esas cosas... ni de otras?...

La cuestión, para ella, era hacer un cuento contra los conventos de monjas, hoy que está de moda el calumniar y perseguir á las órdenes monásticas, sin cuidarse de verosimilitudes...

Lo que dirá ella.

Bien inverosímil y disparatado era el cuento de *Electra*, y, sin embargo, hizo mucho ruido y hasta dió cuartos.

A los cuales no crean ustedes que doña Emilia les pone mala cara.

III

Santa Dafrosa y D.^a Emilia.

Creo haber dicho ya en otra ocasión incidentalmente que D.^a Emilia Pardo andaba profanando el *Año Cristiano* en la revista semanal con estampas que se titula *Blanco y Negro*.

Y así es, efectivamente.

La buena de D.^a Emilia, el día que se la pone en la cabeza, coge irrespetuosamente los nombres de un santo y de una santa, los pone juntos á lo cimero de una cuartilla de papel, así, por ejemplo: «*Fausto y Dafrosa*», y escribe.

debajo, á modo de biografía, una caprichosa leyenda en la que, contando con la pazguatería y las buenas tragaderas de los lectores habituales del frívolo é insustancial periodico, presenta á los dos santos mártires, diciéndose ternezas y haciéndose mimos.

¡Horror!

Y D.^a Emilia se queda tan satisfecha como cuando escribió aquella otra profanación titulada *La sed de Cristo*.

Con naranjas y todo.

De la vida de Santa Dafrosa se sabe que, cuando martirizaron á su marido Flaviano, á ella la desterraron de Roma; que vuelta del destierro, el prefecto Aproniano la metió en la cárcel, con orden de no darla de comer para que se muriera de hambre; y no habiéndolo conseguido, se la entregó á un pariente suyo llamado Fausto, para que la indujese á casarse con él y á sacrificar á los ídolos; pero Fausto, instruído por la santa en la religión cristiana y bautizado por San Juan, presbítero, confesó la fe y sufrió el martirio. Santa Dafrosa recogió su cuerpo, para que no le comieran los perros, y le dió sepultura, por lo cual el prefecto la mandó prender y la quitó la vida.

Pero D.^a Emilia Pardo inventa una novela ridícula, suponiendo, sin fundamento alguno y con grave injuria de la santa, que ésta amaba ya á Fausto en vida de su marido Flaviano. Y partiendo de este falso supuesto, re-

fiere con muchos pormenores y muchas extravagancias de estilo la llegada de la santa, en un barquichuelo como el de *Lohengrin*, al castillo donde la esperaba su antiguo amante.

«La aguardaba —dice— en el embarcadero á *boca de noche* (querrá decir *al anochecer*), y cuando divisó á lo lejos la barca que avanzaba al empuje de los brazos fuertes de los remeros, abriendo *estela de luz verdosa* en el mar *fosforescente*, al corazón de Fausto se agolpó la sangre y sus ojos se nublaron».

La cosa promete... Y D.^a Emilia sigue:

«Venía, ó mejor dicho, la traían, se la entregaban: en su poder iba á estar aquélla por quien tantas veces había pasado la noche en vela (¿qué tal?) febril, *paladeando acíbar*, desesperado y *mordiéndose los puños* de rabia...»

¡Ave María Purísima! ¿Nada menos que los puños?... D.^a Emilia habría oído ó leído de alguno que se mordía los labios; pero tiene mala memoria y poco fina percepción de las ideas, y creyó haber oído ó leído eso de morderse los puños, barbaridad antiestética y repugnante, que seguramente no se le habrá ocurrido jamás á ningún enamorado, por mucho que le hiciera esperar su novia.

D.^a Emilia, sin embargo, no repara en pintarnos así á San Fausto.

«... *Desesperado, mordiéndose los puños de rabia* ó esperando insensatamente.»

«¿Insensatamente?... —continúa D.^a Emi-

lia— criminalmente se diría mejor. Por aquella que se reclinaba en la proa envuelta en blancos velos, en actitud pensativa, Fausto había descendido á la delación y el espionaje...»

Aquí supone D.^a Emilia gratuitamente, y por sólo el gusto de enlodar la noble y venerable figura del mártir, que éste había procurado la muerte de Flaviano, delatándole por cristiano al prefecto ó al emperador, para que su mujer Dafrosa quedara libre y pudiera él llegar á poseerla.

Todo invención, irreverente invención emiliana.

Sigamos:

«Descendió Fausto al muelle con precipitación, y cogiendo de manos de los esclavos el taburete de cedro, lo presentó *al pie* de Dafrosa, que prontamente, *sin hacer hincapié*, saltó á las puntiagudas piedras... Y echaron á andar hacia la villa, sin que Fausto se atreviese á ofrecer el *antebrazo* para que Dafrosa se apoyase...»

¿El *antebrazo*? ¡Caramba con lo anatómica que está D.^a Emilia!

Se dice el brazo, señora... ¿A quién ha oído usted decir, al bajar ó subir una escalera, quiere usted el *antebrazo*?

¡Si viera usted lo mal que la están esas pedanterías!

Después refiere que «en la *villa*, alumbrada

por antorchas fijas en la pared, estaba dispuesto *un fresco de bienvenida* con... *peces cocidos...*»

¡Pues vaya una cosa á propósito para refrescar!—dirán ustedes.

Lo mismo dije yo... A cualquier cosa llama *refresco* esta D.^a Emilia... Porque apenas tiene idea de la significación de las palabras... Dejémosla que siga:

«Quedáronse solos Fausto y la tan deseada. *Parpadeaban* las estrellas en el firmamento *turquí*, y el aire *columpiaba bocanadas* de esencia de rosas purpúreas...»

¡Eche usted lujo y... desatinos!...

«Fué Dafrosa quien rompió el peligroso silencio.»

—«Fausto —dijo con tranquila melancolía— ¿quién nos dijera que nos encontraríamos así *otra vez*? Cuando yo me confesaba llorando de que *no podía olvidarte*, ¿iba á suponer que el sacro Emperador me desterrase á vivir contigo?»

Todo esto son tonterías de D.^a Emilia, destituídas, como he dicho, de fundamento. San Fausto y Santa Dafrosa no se habían conocido antes: no consta, ni hay dato ni indicio alguno para suponer que se conocieran ni se hubieran visto antes de la referida determinación del prefecto Aproniano.

Y sigue diciendo D.^a Emilia que, «indeciso Fausto, dudó...» Es claro; si estaba indeciso

tuvo que dudar, y si dudó tenía que estar indeciso...

«Indeciso Fausto, dudó entre caer á los pies de la matrona y *abrazar sus rodillas* (¡doña Emilia, D.^a Emilia!) ó contestar algo, no sabía qué...»

Ni usted tampoco sabe lo que dice.

«Entonces Dafrosa echó atrás el velo blanco que envolvía el óvalo de su rostro, y á la luz de las antorchas Fausto pudo ver con asombro una cara consumida por el dolor, unos ojos marchitos, unas mejillas demacradas, el pelo... no era ya aquella rubia vedija, aureolada de oro...; á Dafrosa se la había vuelto el cabello todo gris, del gris de las nubes, del gris de la ceniza seca y *hacinada* en el hogar.»

¡Señora...! ¿La ceniza *hacinada*?... Bien se conoce que no sabe usted lo que es *hacinar*... ¡Como ignora usted tantísimas cosas!...

Pues mire usted; hacinar es formar hacina, que viene á ser, dicho sea en académico, una especie de columna de haces; y de *haz* vienen la *hacina* y el *hacinar*, y no se hacinan más que haces, rigurosamente hablando.

En sentido metafórico también se *hacinan* los desatinos, operación en la cual debe usted de estar bastante práctica...

Pero la ceniza... señora... ¡la ceniza no se puede *hacinar*! Eso de la ceniza *hacinada* es un disparate.

Como otros muchos que sigue usted dicien-

do de todas especies, hasta llegar á la atrocidad final, que es de esta figura:

«Y acercándose á Dafrosa (Fausto) la tomó las manos y las llegó á su frente... No retiró las palmas Dafrosa. Este sencillo contacto no infundía tanto horror á los cristianos de aquellos siglos como á los actuales...»

¿Quién se lo ha dicho á usted, señora? Sería al revés, seguramente; porque aquellos cristianos eran más fervorosos que los de ahora, y huían con más horror de todas las ocasiones de pecado.

Es de advertir que probablemente para poner esto de agarrar las manos y rozarse con ellas la frente es para lo que ha escrito su cuento D.^a Emilia, que debe de aspirar sin duda á que sea moda corriente esa maniobra.

Lo digo porque hace ya bastantes años escribí una novela que se titulaba *Una cristiana*, cuya protagonista, sin embargo, no era buena cristiana, sino *pecadora*, cuando menos de afición, y allí también un sobrino del marido de la *cristiana*, enamorado de ésta, la coge las manos y roza contra ellas su frente, sin que la *cristiana* las retire...

Y todavía volverá la Sra. Pardo á pintar la misma escena en algún otro libro...

Porque D.^a Emilia es así.

Tiene poca inventiva; pero mala.

IX

PRUEBAS DE LIMPIEZA

De Cádiz, y por conducto de mi querido amigo el Sr. D. Federico Montaldo, me han enviado un libro muy curioso.

El rótulo que lleva escrito en diagonal sobre la cubierta, dice: *Biografía de un gato erudito*, y en el triángulo de la derecha se añade: *Escrita por él mismo*.

En el anterior, ó sea en el de la izquierda, se da como nombre del autor ALHAMAR y se hacen las indicaciones de que el libro no se vende y de que sólo se han impreso de él cien ejemplares, de los cuales el que á mí me ha correspondido en los benévolos designios del autor es el señalado con el número treinta y siete.

¿Que quién es ALHAMAR?... Ni en el secreto de la amistad ha podido decírmelo el Sr. Montaldo, porque tenía de ello prohibición expresa.

De modo que tampoco puedo yo decir á ustedes otra cosa sino que ALHAMAR... es gato.

Eso sí, lo puedo decir con seguridad, no precisamente por haberlo visto en la cubierta, sino por haberlo notado leyendo en el libro. Créanlo ustedes; el autor es *gato* y muy *gato*, y muy erudito, y de mucho ingenio.

En el tomo II de la *Fe de erratas del Diccionario de la Academia*, queriendo demostrar lo muy recargado que éste se halla de palabras inútiles, que nadie usa ni nadie entiende, escribí yo años hace este párrafo, con estricta sujeción al código oficial del idioma:

«Cascuno de los cativos escriptores de cartapeles de la cal de la iglesia del Paraclito que no están en carrera de salvación, debía ser damnado á carrejar con grant festinacion catalufas, dormiendo en carriola de carballo forascas, sin ir en cartolas ni divertirse haciendo carrerilla, ni comer otra cosa que casave, ni jugar más que á la cascarela.»

Una cosa parecida á este párrafo viene á ser el libro de que estoy dando á ustedes noticia; pero, entiéndase bien, es parecido solamente como puede parecerse al sencillo esbozo el cuadro acabado y perfecto. Este es el libro.

Se trata en él de un gato que, á fuerza de dar vueltas por el mundo, como las dan los gatos y aun algunos que no lo son, llega un día á entrar en la Academia...

En clase de gato; no vayan ustedes á creer que entrara, como otros, con la pretensión de limpiar, fijar, etcétera... No; hay que hacerle

justicia: nunca fué su intento meterse en camisa de once varas.

Pero como era un gato de talento, aprendió bien pronto y casi sin querer el idioma de la casa; y dueño ya de semejante medio de expresión, tuvo la idea de utilizarle, dejándonos en él escrita su vida.

Con exquisito esmero ha cuidado de no emplear en la obra ninguna palabra de las que en el código académico van marcadas con nota de técnicas, de provinciales, de germánicas ó de anticuadas. Todas, absolutamente todas las empleadas figuran en la última edición del Diccionario de la Academia (entonces la duodécima) como de uso vulgar y corriente. De manera que con razón puede decir de ellas el autor al lector lo que le dice: «Si eres español, estás en la obligación de entenderlas todas, sin el menor tropiezo».

Sin embargo, así como yo tuve que traducir inmediatamente al castellano el párrafo aquél, si quise que mis lectores le entendieran, así también el gato de autos ha tenido que traducir su erudita biografía en notas que ocupan tanto como el texto.

La primera palabra del libro es esta:

GALEATO...

Y como el lector no sabe lo que es *galeato*, tiene que acudir desde esta primera palabra á la nota donde se le dice que *galeato* es «pró-

logo ó proemio de una obra en que se la defiende de los reparos que se la puedan hacer», porque así lo dice el Diccionario, sin poner ninguna marca desfavorable á la revesada palabreja.

Y el *galeato* empieza diciendo:

«A topa tolondro escribo este tirocinio. Sé que me meto en trenca y que voy á zaragutear al referiros sobre peine y sin inferencia mis sergas; vais á calificar mi gallofa de badomía, gazafatón y secatura; quizá pase á vuestros ojos por tonfador, aunque os ofrezco no pecar de mendoso; no meteré gazapas, ni siquiera como parergón.»

¿Van entendiendo ustedes algo del *galeato*?

Pues todo él es lo mismo, hasta el último párrafo, que es de esta forma:

«Queda terminada la prelusión y entremos en el conmonitorio, y ojalá resulte conforte la congerie que voy á referir y que tropecéis con la afaulación, para que no digáis que mi historia, después de tan larga isagoge, resulta mucronata como la corcesca.»

Así refiere luego el erudito gato, entrando en materia, sus primeros pasos en el mundo:

«Conservo claro el recuerdo de mi madre, que era bruna. A mi padre, que, á fuer de ermunio (también entre nosotros hay estalaciones), vivía dedicado á la caza y al amor, no le ví jamás, no se le puede calificar de gurrumino, porque nunca pareció por el hiemal des-

ván en que mi madre, acostada sobre humilde anjeo teñido de alborre, me amamantaba y avahaba; mientras usé gambeto fui tamarrizquito y anduve á tatas.»

Cuenta luego el gato cómo entró en una casa donde había «gabinete de entrapada acipada y flocaduras ó rapacejos, foceifizas de espinaje y zofras por todas partes... y oculta con anti-para y zafada de ablenda sujeta con sobinas yacija fonje con travesaño, polimita lichera y sedeña telliza».

Fíjense ustedes ahora en las cosas que el gato vió un día sacar á su ama de unos tambarillos: «La vi sacar piezas y más piezas de camanonca, ranzal, platuja, fernandina, quintin sinabaja, allariz, zangada, toné, lampote, guinga caniqui, químon y tisela; vaporosas de jusi y sinamay, finas como algara... catalufa, droguete, donfron, fileli...» y así sucesivamente.

Óiganle ustedes cómo describe un nuevo domicilio: «Nuevamente fui provicero de desdichas al verme en un conventillo ó más bien espelunca hedentina á modo de fumarola, sin sobladero, nido de esteliones, rubetas, vesperillos, falangias y otras alimañas latebrosas... aquello era un desbazadero de pucelana...»

Todas estas palabras, según ha tenido la paciencia de comprobar y tiene el cuidado de advertir nuestro *gato*, figuran en el Diccionario como de uso corriente; todas estas y otras dos

mil y pico más, tan desconocidas como éstas. Y así se explica que para setenta y cuatro medias páginas de texto haya tenido el autor que poner DOS MIL CIENTO SETENTA Y TRES notas explicando otras tantas voces que en el Diccionario académico figuran como llanas y usuales, pero que lejos de serlo son para la generalidad de los lectores completamente desconocidas.

El autor, ó digamos, si ustedes quieren, el *gato*, procede con una buena fe tan completa y con una lealtad tan inverosímil en los de la raza, que habiéndose enterado, después de hecho el libro, de que una docena de palabras de las dos mil y pico que había anotado como desconocidas tienen uso en determinadas regiones, lo ha hecho constar así en unas *Observaciones finales*, diciendo, verbigracia, de REFITOLERA: «Esta voz es de uso corriente en las Antillas.»

Yo lo creo que lo es. Y no solamente en las Antillas, sino en León, y en Castilla y en Extremadura, de donde la llevaron á América los conquistadores.

Asimismo son conocidas y usuales en las regiones precisamente que tienen voto de calidad en la materia otras varias voces que el *gato* erudito anota como desconocidas, verbigracia: Abarrancadero, acerico, aceñero, agarbarse, antruejo, añusgarse, apatusco, apercollar, argadillo, argüellarse, atuendo, aturar,

banzo, barquin, bato (positivo de baturro), bausan, bernardinas (echar), cárcava, cazcalear, cellisca, cillero, ciclan, corito, correverás, cuelmo, cuenda, cutral, engace, engurrio, enjergar, entresijos, epulón, escarapela (riña), esconce, escotero, escurribanda, esguízaro, estantio, explique, fardada, fardel, friático, frixuelo, fusique, galopo, gandaya (á la), garambainas, garfiada, gocho, gorgotero (y gorgota y gorgoto, que faltan en el Diccionario) grandevo, hincha, hipocrás, hormigos, jato, lebaniego, macona, manida, mazorrall, meleno, morecillo (del brazo), morocada, morra, nava, niquiscocio, otear, odrina, pajear, pampirolada, pamposado, panetela, parece, pardal, peliforra; pelgar, pestorejo, pocho, poinos, poyata, prendedero, primilla, purrela, rabiacan, rabisalsera, rático, ratina, recesit, recuero, redrojo, repolludo, revesado, rezungar, riolada, rolla, roncear, ronceria, roncerero, roznar, saín, sebe, sempiterna, sequillos, tararira, tarazón, tasto, tazar, terliz, tillado, tocho, tolanos, turrar, vástigas, vencejo (atadero), verrugo, zamarro, zambombo, zarazas y algunas otras.

Pero el haber tildado equivocadamente de desconocidas un centenar de voces usuales, quedando como quedan, todavía bien tildadas más de dos mil, no quita el mérito al autor ni la gracia al libro, que siempre será demostración amena é ingeniosa de la inutilidad de la Academia y de su Diccionario, con arreglo al

cual se puede escribir un libro *castellano*, perfectamente ininteligible en Castilla si no se aclaran con notas las voces en él empleadas.

Así se explica que el Diccionario académico sea tan grande y le falten, á pesar de serlo, millares de voces castizas y corrientes.

Así es como limpia y fija el idioma la Academia.

X

ZOLEOS

No sé quién es un escritor que se firma el *Abate San Román*.

Pero, sea quienquiera, voy á darle un consejo, y es que, de seguir usando esa firma, vea de modificarla un poco, siquiera cuando escriba en verso, acentuando la primera *a* para que en lugar del *abate* diga el *ábate*... ¡ábate, San Román! es decir: ábate, lector, que viene San Román con unos versos malos, como suyos! Y así con este acto de sinceridad, con este aviso amistoso, ya los lectores podrían huir de sus rimas y no sufrir quebranto.

Le advierto que, aunque no tome mi consejo de modificar la acentuación de su seudónimo, es casi seguro que el público le leerá de aquí en adelante como acentuado: *ábate*.

Por lo menos, los incautos que hayan leído su reciente soneto á Zola, bien se puede asegurar que no vuelven á caer en otro en la vida.

Porque ¡cuidado con el tal soneto!...

Y no es á Zola, así sencillamente, es *al inmortal Emilio Zola*...

Que no es inmortal ni con mucho; pero que ahora vivirá una temporadilla en el magín de los malos poetas, y aun de los malos prosistas, para que nos atormenten los oídos con sus malos versos, y sus cursilerias y sus blasfemias.

Esta de ahora, el soneto del *Abate San Román*, que es blasfemia pura, comienza así:

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que inspirado en el BIEN escaló el cielo»...

Aparte de la blasfemia y del disparate, estos dos versos tienen de bueno que no se sabe á punto fijo lo que quieren decir.

No se sabe si el vate ó el *abate*, es decir, el ábate que quiere decir que Zola, ó *el inmortal Emilio* idem, dejó de ser el pensamiento humano para ser otra cosa distinta, ó quiere decir que el pensamiento humano dejó de ser, dejó de existir.

Apuradamente lo mismo da que haya querido decir una cosa que otra, pues lo que ha dicho de todos modos es un desatino, ó más bien una sarta de ellos.

¡Vaya con lo de decir que Zola se inspiró en el bien, y no en un bien así como quiera, sino en el BIEN con versalitas!

Verdad es que ni el *Abate* sabe lo que es el

bien, ni lo que es inspirarse en el bien ni nada.

Por de pronto llama *bien* al *mal*, para decir al revés las cosas.

Pues ¡y lo de que Zola *escaló el cielo!*

Si es que el vate lo dice de Zola, como parece.

¡Decir que escaló el cielo un escritor materialista, ramplón y pedestre, que anduvo toda la vida arrastrándose por los cenagales más inmundos!... ¡Un escritor que se gozó en describir la obscenidad y el vicio y todas las miserias, sin levantarse jamás un palmo de la tierra!

¡Buena manera de escalar el cielo en vida!

Ni en muerte tampoco. Piadosamente pensando, después de vivir y morir como un animal, lo que parece más probable es que, en lugar de escalar el cielo, cayera en los profundos infiernos.

En fin, eso allá él lo habrá visto.

Pero sigue el *vate* ó el *ábate*.

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que, inspirado en el BIEN escaló el cielo.
Alma gigante, al remontar el vuelo»...

¡Pero qué había de remontar el vuelo!

¿No le estoy diciendo al *ábate* que no se alzó jamás un palmo de la tierra? La *Tierra*, describió, y no lo bello de la tierra, sino lo feo y lo bajo.

Ni fué alma gigante, sino rastrera.

*Alma gigante; al remontar el vuelo,
Llegó á la luz é iluminó el arcano.*

Es gana de amontonar barbaridades unas sobre otras.

¿A qué luz llegó el oscuro y prosaico cantor de la taberna?... A la luz de la estufa medio apagada que le quitó la vida.

¿Qué arcano fué el que iluminó el descreído positivista, que no veía más allá de sus narices?

Y continúa el *ábate*:

Envidias, odios, iras...

Parece un inventario... ¿Era ese el caudal del difunto?

*Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo.*

¡Miren ustedes que llamar *hermoso anhelo* al afán estúpido de ganar dinero de cualquier modo, halagando los gustos de la gente depravada y pervirtiendo á la gente ignorante!...

Y aquí al vate *ábate* se le acabó el hilo..., ¡era naturall, á fuerza de ensartar despropósitos; se le acabó el hilo y salió por donde pudo, que fué por muy cerca de los cerros de Úbeda. Verán ustedes qué conexión tiene la segunda mitad del cuarteto con la primera.

Había comenzado este segundo cuarteto diciendo:

*Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo;*

Y á continuación dice:

Una es la humanidad, uno el consuelo,
El mendigo del rey no es más que hermano.

No es menos, habrá querido usted decir, ábate vate, y ha debido decirlo.

Porque decir *no es más que hermano* es una tontería. ¿Qué más había de ser?...

Mas aparte de esa impropiedad de expresión, ¿qué tiene que ver que la humanidad sea una con lo que venía usted diciendo de las envidias, odios, iras... que se concitaron en vano, según usted malamente dice, contra el *anhelo* de Zola, mal llamado hermoso?

Nada absolutamente.

Lo mismo que continuó usted el cuarteto diciendo *Una es la humanidad*, pudo usted haberle continuado diciendo: «Bebamos otra copa».

Y si nada tiene que ver con los antecedentes eso de *una es la humanidad*, figúrese usted lo que tendrá que ver lo otro que sigue, lo de *uno el consuelo*.

Nada: esto lo pone usted solamente para consonante de *anhelo* y de *vuelo* y de *cielo*...

Y lo bueno que tiene eso del *consuelo*, es que, á más de no ser pertinente, no es verdad tampoco, porque el consuelo no es uno solo: hay varios... Mejor dicho, son innumerables los consuelos que hay; desde el mal de muchos ó el ripio de muchos, que ya se sabe que es con-

suelo de Grilos y de *ábates*, hasta el consuelo de aquél á quien le rompieron la cabeza de un cazolazo y se consolaba con que también al que le pegó se le había roto la cazuela, existen consuelos innumerables.

¿Cómo dice el *ábate* que uno es el consuelo?...

Como consonante, claro que como consonante; pero para eso, para sólo aconsonantar, lo mismo podía haber dicho cualquier otra cosa, v. gr.: «Toma un buñuelo».

Así:

Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su *hermoso anhelo*;
Una es la humanidad, *toma un buñuelo*,
El mendigo del rey no es más que hermano.

Y sigue blasfemando el vate *ábate* en los tercetos de esta manera:

A la eterna VERDAD un culto crea
Su genio *colosal*: *piadoso* avanza
De nuestras luchas á extinguir la tea...

No se puede ir contra la verdad más de frente. Porque ni Zola creó ningún culto á la eterna VERDAD, sino que trató muy taimadamente de arrancarla todo culto, ni tuvo genio *colosal*, á no ser por lo torpe y basto; ni fué piadoso, sino impío; ni trató de extinguir la tea de la discordia, sino de encenderla, cediendo á los argumentos del sindicato judío para salir á la defensa del traidorzuelo Dreyfus.

Y dice todavía el *ábate* en el último terceto:

Y al perder, con la vida, la esperanza
De ver el triunfo...

Sí, eso sí. Bien perdida la pueden tener él y su hueste de papanatas.

Y al perder, con la vida, la esperanza
De ver el triunfo de su *santa* idea,
Himno inmortal del universo alcanza.

¡Qué universo, ni qué ocho cuartos, hombre!

¡Bastante le importa al universo que se haya muerto un majadero más, naturalmente, sin ver el triunfo de su mala idea!... ¡Bastante se cuida el universo de entonar himnos á los necios que, luchando contra Dios, á lo mejor se les acaba la vida sin haber hecho nada!

Los ruidos discordantes y los cantos rípidos que suenan unos momentos alrededor de su sepultura, no son el himno inmortal del universo; son los graznidos de cuatro desgraciados, que no saben lo que graznan, ni lo que sonetean, ni lo que dicen.

XI

CASI-ASTRONOMÍA

Mayo de 1900.

(DESPUÉS DEL ECLIPSE)

Por más que digan los franceses que *le nom ne fait pas la chose*, yo no puedo olvidar que Flammarión se llama Camilo.

Hay nombres que parece que obligan... y, vamos, que á pesar del citado proverbio francés, no acierto á prescindir de los nombres.

Cuando Polavieja se fué á Filipinas y dió en hacer milagros, que narraba fervorosamente su evangelista San- (1) Mataix, me costaba mucho trabajo creer en ellos, recordando que el milagreante se llamaba como Flammarión.

Ahora que Flammarión ha puesto en *El Imparcial* cátedra de eclipses, no he podido menos de desconfiar de sus enseñanzas, recordando que se llama igual que Polavieja.

(1) tiago.

Todo esto, á la verdad, antes de que los dos Camilos se hubieran reunido en Elche.

Porque después... la relación entre ambos sabios resulta tan estrecha que, sin darse uno cuenta de ello, considera á Polavieja como al Flammarión de la política cegaratosa, y á Flammarión como al Polavieja de la astronomía fantástica.

Dejando esto aparte, y como quiera que el astrónomo de *El Imparcial* se ha dignado autorizarnos á los profanos para hacer observaciones sobre el eclipse, me parece que no habrá inconveniente en que yo consigne las mías.

Lo primero que he podido observar leyendo el artículo que del sabio francés publicó *El Imparcial* el 18 del corriente Mayo, es que Flammarión nos ha tomado á los españoles por cualquier cosa.

Para convencerse de ello, no hay más que leer el primer párrafo:

«El 28 de este mes un magnífico eclipse total de Sol atravesará España del Noroeste al Sudoeste; durará próximamente 2 horas y 18 minutos desde su principio hasta su fin, y será total en su medio durante un poco más de un minuto. La sombra de la Luna entra sobre la Península ibérica por Oporto y sale por Alicante.»

Bueno. Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular. Fuera de lo de llamar *magnífico* al

eclipse y de la ligera inexactitud de afirmar que la dirección será de Noroeste á *Sudoeste*, en vez de Sudeste.

Lo mismo lo había dicho ya el calendario del Zaragozano.

Pero fíjense ustedes en lo que sigue:

«La totalidad se producirá: á las 3 y 47 minutos, en Ovar; á las 3 y 49, en Vizeu; á las 3 y 50, en Hoyos; á las 3 y 51, en Plasencia; á las 3 y 52, en Navalmoral; á las 3 y 53, en Navahermosa; á las 3 y 54, en Orgaz; á las 3 y 55, en Argamasilla; á las 3 y 56, en Albacete; á las 3 y 57, en Hellín; á las 3 y 58, en Elche.»

No, señor, y usted perdone, Sr. Flammarion; pero eso no puede ser. Eso es hablar así... iba á decir, al poco más ó menos; pero ni siquiera lo puedo decir, porque aun resultaría usted muy favorecido: eso es hablar á bulto.

Decía usted que la totalidad se produciría en Ovar á las 3 y 47 minutos, y en Vizeu á las 3 y 49; es decir, que de Ovar á Vizeu había de tardar la sombra dos minutos, y luego añadía que en Hoyos se produciría á las 3 y 50; es decir, que de Vizeu á Hoyos no tardaría más que un minuto... Y con decirle á usted que de Ovar á Vizeu hay unos 74 kilómetros, y que de Vizeu á Hoyos hay unos 125, comprenderá usted, si quiere, la ligereza con que ha escrito esas instrucciones. ¿Cómo quiere usted hacer creer á nadie que la sombra de la Luna tarde dos minutos en recorrer 74 kilómetros, y lue-

go, inmediatamente, recorra en un minuto 125...? Usted creería que para los lectores de *El Imparcial* de cualquier manera iba bueno, porque no se habían de fijar... Pero siempre hay alguno que se fija.

Y no es este solo el error que hay en el párrafo, sino que todo él está lleno de errores parecidos.

De Vizeu á Hoyos, que hay 125 kilómetros, decía usted que tardaría en llegar la totalidad un minuto, y de Hoyos á Plasencia, que hay menos de la mitad de distancia (59 kilómetros), pone usted otro minuto, y de Navahermosa á Orgaz pone usted también otro minuto, cuando la distancia entre los dos pueblos, es decir, entre perpendiculares al eje de la zona, levantadas en los dos pueblos, es sólo de 44 kilómetros; y luego pone lo mismo, otro minuto, entre Argamasilla y Albacete, cuyas perpendiculares al eje de la zona distan entre sí 104 kilómetros, y otro minuto entre Albacete y Hellín, cuya distancia entre perpendiculares es menos de la mitad, 45 kilómetros próximamente.

Me parece que esto no es serio... Y ahí tiene usted mis primeras observaciones.

Tampoco está bien que hayan aparecido equivocados en el artículo algunos nombres de pueblos de la línea central, tan equivocados, que es difícil acertar con lo que quieren decir *Nobinillo* y *Peñes*, por ejemplo. Yo creo que

Nobinillo será Molinillo, en la provincia de Toledo, y que *Peñes* será Peñas de San Pedro, en la de Albacete. Verdad es que de esto quizá no tenga la culpa el astrónomo, sino el periódico; pero de todos modos, la culpa es grave, por que en ciertas materias no se pueden cometer erratas.

Dejando el artículo de Mr. Flammarion, también he observado que *El Liberal* no trató á sus lectores con mucho más respeto que *El Imparcial* á los suyos, pues les dió una viñeta en que se quería representar la parte del Sol que aparecería descubierta en Madrid en el momento *máximum* del eclipse, y se la dió al revés precisamente, pues aparecía la parte no eclipsada á la izquierda del espectador, cuando tenía que estar á la derecha, ó sea al Norte, estando Madrid al Norte de la zona en que era total el eclipse.

Y esto de tratar de enterar á los lectores de una cosa y enterarles al revés, no tiene maldita la gracia.

Después... también he observado muchísimos disparates en las relaciones que del eclipse han publicado otros periódicos...

Uno hablaba de la luz que había quedado *paralizada*, sin duda por no saber que hay un fenómeno llamado *polarización*.

Otro dijo que se había observado un descenso de *cincuenta milímetros* (¡atiza!) en la columna barométrica..., que la totalidad duró

32 segundos (sin minuto); que comenzó á las 3 y 35 (en lugar de las 3 y 53), y otras cosas análogas, para que se confirme aquello de que para enterarse de algo no hay peor cosa que leer las informaciones de los rotativos.

Por último, también observé un articulazo de tres columnas que publicó el Sr. Echegaray en *El Liberal*; pero éste no le observé más que por fuera.

¡Cualquier día me metía yo en las interioridades de aquella enorme lata! Conozco el género y la clase.

XII

NI UNO NI OTRO

1902

Él las llama *leyendas españolas*; pero ni son leyendas, ni españolas precisamente. Son simplezas de cualquier parte, pues la simpleza y la insulsez no tienen patria determinada: son cosmopolitas...

Advierto á ustedes que *él* es un catedrático.

Sí; un catedrático de uno de los Institutos de Madrid; un sabio, ó poco menos, á quien la voz pública señala como espíritu-santo patudo, inspirador del ex-ministro de Instrucción pública en su desdichada tarea de estropear la enseñanza.

De donde resulta que, inspirar, inspira muy mal; pero escribir, tampoco escribe bien, y váyase lo uno por lo otro.

Afectado, arcaico y revesado en la forma, parece como si tratara de suplir con la rareza de la expresión la pobreza de numen, como las niñas feas que se ponen muy enguirindo-

ladas, creyendo disimular á fuerza de adornos la falta de belleza.

Y, es claro; casi siempre sucede lo del cuento: que... *aquello* está peor con azúcar.

Y, en cuanto al fondo..., verán ustedes una de sus *leyendas españolas* para muestra.

En sustancia... Y eso que sustancia... Diga-mos en resumen:

Cuando se preparaba la *Invencible* (1588), vivía en Madrid en la calle del Príncipe un comerciante genovés muy rico, llamado Grilo.

— ¡Cielos! — dirán ustedes; — pues así dije yo al llegar ahí: ¡Algún ascendiente del Grilo de nuestros días!... ¡Ya entonces comenzaba á tener el apellido mala influencia literaria!...

Como íbamos diciendo, cuando se organizaba la *Invencible* vivía en la calle del Príncipe un comerciante genovés muy rico, llamado Grilo, ó Grillo, que tenía una hija muy guapa, D.^a Prudencia, la cual, por ser guapa y rica, tenía muchos pretendientes, y á ninguno hacía caso, por lo que «la llamaban también la *invencible*».

Primer chiste... Hagan ustedes el favor de reirse un poco.

Se lo advierto á ustedes por si acaso no han caído en la cuenta; porque hay chistes que casi no se conoce que lo son, y á lo mejor los lectores pasan por encima tan serios, sin sonreír siquiera.

«La llamaban también la *invencible*...» Pero

no lo era D.^a Prudencia, según se irá viendo. Verdad es que tampoco lo fué la Armada, desgraciadamente.

Al fin, dice el autor de las *leyendas españolas* que D.^a Prudencia hizo caso á un caballero, el cual, con ayuda de la dueña, por supuesto, logró entrar una noche en el aposento de D.^a Prudencia, ó de D.^a *Prudenecia*, que así se debía llamar, logró según dice el autor catedrático, entrar una noche á despedirse, pues iba á embarcar en la *Invencible*.

Debo advertir á ustedes que aquí entra lo más interesante del cuento, por lo cual copiaré textualmente:

—¿Y cómo sabré de vos?—dice el catedrático reformador que le dijo la novia al galán, y luego añade:

«El galán miró en redor suyo, y por primera vez pensó que el triunfo no era tan seguro como parecía, que quizá la muerte y la derrota estaban cercanas...»

A cualquiera se le ocurre, desde luego, que para pensar eso, que es una tontería, porque el triunfo, racionalmente juzgando, era seguro, y la derrota fué ocasionada por caso imprevisto, por una tempestad...; á cualquiera se le ocurre, digo, que para pensar eso que pensó el galán no necesitaba haber mirado en redor suyo...

No, realmente la mirada en redor no era necesaria para pensar aquellas cosas; lo era sólo

para que el autor pudiera echárselas de erudito, describiéndonos el aposento.

Y allá va la descripción en seguida.

«El momento era solemnísimo, grande el silencio, imponderable la emoción que el pálido rostro de D.^a Prudencia revelaba...»

Estos son los preámbulos, encaminados á despertar la atención del lector, para que se asuste un poco y diga: ¿qué va á pasar aquí...?

Bueno, pues lo que pasa es lo siguiente:

«El salón *enorme*, alumbrado por un candelabro *chico*...»

¡Qué contrastel!... Parecía natural que, siendo enorme el salón, fuera enorme también el candelabro; pero no, señor... es al revés precisamente; y su misterio tendrá la cosa.

«El salón *enorme*, alumbrado por un candelabro *chico* puesto sobre un *vargueño*...»

¡Ya pareció!... Lo digo porque en todo escrito de este catedrático, sea sobre la materia que quiera, ha de haber un *vargueño*: nunca falta. Se conoce que el hombre aprendió en viernes esa tontería..., porque una tontería es llamar *vargueño* á una papelera, ó á un escritorio, ó á una cómoda, y se conoce, digo, que aprendió esa tontería en viernes: no se le olvida.

A más de que acaso creará que es una habilidad muy grande el saber que los llaman así, y quiere lucir esa habilidad. Por eso no escribe una vez que no hable del *vargueño*.

Y del *repostero*... Ya vendrá el *repostero* también seguramente. No á servirnos de mendar, porque no es el *repostero* de la *repostería*, sino un paño extendido en una pared, que tampoco se debe llamar así, para no introducir confusiones innecesarias.

Pudo llamarse así algún día; pudo llamarse *repostero* el paño colocado detrás de un crucifijo ó de otra imagen, cuando no tenía con quién confundirse, cuando no había otra cosa ni persona designada con el mismo nombre, porque al *repostero* de ahora, al dueño ó jefe de la *repostería*, se le llamaba *pastelero*, como al famoso de Madrigal, verbigracia.

Pero ahora que el antiguo *pastelero* ha dejado este nombre, que considera ya injurioso, porque llamándole por él se le podría confundir con los manipuladores de la política, y ha adoptado el de *repostero*, no se debe llamar *repostero* al paño.

Ni nadie se lo llama, por supuesto, más que el Diccionario de la Academia y algún pedante catedrático de retórica.

Sigamos: «El salón enorme alumbrado por un candelabro chico puesto sobre un *vargueño*, estaba poblado de sombras largas y temerosas (¡huy, qué miedo!) que entenebrecían los grandes tapices colgados por las paredes, y el *repostero*...»

Ya sabía yo que no podía faltar... Poco hace he leído en un almanaque otro cuento del

mismo autor y también había allí *repostero...* de tela.

«...y el *repostero* de damasco rojo, donde *exhalaba el último suspiro* (fijense ustedes) un Cristo italiano de dolorosísima expresión, labios entreabiertos y *sangriento costado...*»

¡Mentira! Un cristo vivo, como era ese, pues que *exhalaba* todavía *el último suspiro*, no podía tener el *costado sangriento*, ó sea abierto por la lanzada... A no ser que el escultor que le hizo fuera tan ignorante como el catedrático que escribe la leyenda, lo cual no es verosímil.

Adelante:

«El caballero palideció (¡valiente gallina!) tanto como su amada, y en voz queda y misteriosa no acertó á decir más que ésto:—Si Dios es servido que yo muera en la batalla, estos tapices os lo dirán, y con ellos las gavetas de ese *vargueño* (¡dale con el *vargueño!*) y aun las cortinas de vuestra alcoba».

Esta contestación les parecerá á ustedes una tontería, y no tiene nada de extraño que se lo parezca, porque lo es; lo raro sería que les pareciera razonable.

¿Por qué se lo habían de decir los tapices ni las otras cosas?... ¡Y... luego muy anticlerical, ó anticatólico, y quiere hacer á sus lectores creer en milagros!...

La narración del catedrático arcaico continúa así:

«Una noche del mes de Septiembre (¿por qué decir *Septiembre* y no *septenta*?), hallándose D.^a Prudencia sola creyó sentir extraño ruido, como roce de telas y paños. Alzó la vista y vió moverse los tapices y danzar por ellos las sombras, agitándose. De súbito las gavetas del *vargueño* (y van tres) *chasquetearon* (¿qué será esto? ¿dar chasco?) sus estofados herrajes... Aterrada intentó la joven refugiarse en su alcoba (¿para qué, si no había nadie en ella? ¿qué refugio iba á encontrar allí? lo natural era llamar, dar gritos) y al acercarse al lecho, las cortinas de éste se descorrieron *por sí solas...*»

¡Ah, vamos! Para eso fué á la alcoba; para verlas descorrerse por sí solas.

Y ¿está usted seguro de que no tirara alguien de algún hilo preparado al efecto?

¡Qué cosas inventa este hombre tan chuscas!

Y después dice que D.^a Prudencia, ó más bien Prude-necia, «cayó al suelo *con el corazón destrozado* para siempre».

¿Cómo entendió ella que aquellos movimientos ó *chasqueteos* eran la noticia de que había muerto su amante?... Si él la hubiera dicho: los tapices se moverán y las sombras danzarán en ellos, las gavetas del *vargueño chasquetearán*, las cortinas se descorrerán, vaya que vaya. Pero no habiéndola anunciado nada de eso, ¿por qué había de creer ella que el moverse de los tapices y danzar en ellos las som-

bras, cosa que pudo hacer un soplo de aire, era decirle: *tu novio ha muerto?*...

Por ser tonta; ó por ser demasiado obediente al autor de la leyenda, que así lo dispone.

Después dice:

«La desgracia suya (de D.^a Prudencia) había sido la desgracia de toda España.»

Y aquí viene el chiste final... Creo necesario advertírselo á ustedes, para que puedan celebrarle; porque, no estando prevenidos de que es un chiste, podría parecerles una gansada.

Ello es así:

«A poco D.^a Prudencia se metió monja. España también.»

¿Qué tal?... ¿qué les parece á ustedes la gracia del catedrático?

¡Es lo más ingenioso!...

¿.....?

¡Ah! ¿Le querían ustedes conocer?...

¡Dios le haya perdonado!

XIII

FIESTAS MADRILEÑAS

(1902)

I

«Madrid, castillo famoso,
que ya ni al moro da miedo,
arde en fiestas...»

Bueno, como arder, no arde todavía, pero es posible que arda de un momento á otro.

Porque todas las calles y plazas están llenas de palitroques de pino y de trapos de algodón, que, como es bien sabido, son excelentes encendajes.

De manera que en cuanto un fumador algo distraído tire la cerilla en mala dirección, puede sobrevenir la desgracia...

Y eso que... no sé hasta qué punto lo sería un incendio general en estos momentos solemnes.

Desde luego, si no ardieran las casas, si no se quemaran más que los armatostes postizos

que los periódicos y las personas optimistas han convenido en llamar *adornos*, más que desgracia sería una verdadera fortuna.

Sí, sería un incendio inteligente, artístico y beueindgusto, pues destruiría un sinnúmero de cursilerías y fealdades.

Porque... ¡cuidado que las hay en abundancia por estas calles de Dios y de Aguilera!

No; y no hay que echar á Aguilera toda la culpa, ni la mitad, por más que sea el rey de las calles, como quien dice. Los vecinos más ó menos tenderos, que se han agremiado provisionalmente para adornar algunas, lo han hecho bastante peor que el Ayuntamiento.

Los de la calle del Carmen, verbigracia, empezaron con mucha anticipación á levantar en la boca que da á la Puerta del Sol un tinglado de madera y lienzo de á real, que decían que iba á ser el Arco de Tito.

Pero luego no resultó de *Tito*, sino de *Garbanzo*, á juzgar por lo gordo. Como que la luz y los macizos vendrán á estar en él en relación de 1 á 17, poco más ó menos.

Con todo, el arco de *Tito*, ó de quien fuere, ha tenido una gracia: la de impedir á los vecinos del primer tercio de la calle ver desde sus balcones pasar por la Puerta del Sol la comitiva regia. De modo que el dichoso arco, tras de costarles el dinero, les quitó las vistas.

¡Justo castigo á su perversidad!, como dijo el otro...

A la perversidad del arco.

Pero como dicen que á todo hay quien gane, en la Calle Mayor, allá hacia el medio, se levantó luego otro arco mucho más *pesado* todavía, no obstante ser de pino y percal, mucho más pesado que el de *Tito*.

¡Con decir á ustedes que dentro de cada una de las pilastras se puede arreglar habitación desahogada para una familia!...

—Este es como el que hicimos allá el otro año, cuando cantó misa el hijo del alcalde—decía uno de Vitigudino á sus compañeros de expedición barata.

—No, hombre— le contestaba otro:— aquel no era tan grandote, pero era más bonito, si se quiere...

—¡Anda! ¡Yo lo creo! decía el tercero—¿cómo iba á ser el nuestro tan grande? Allá no teníamos tanta tela... ni juntando toda la que hubiera en los tres comercios de la villa.

—Y aunque la hubiéramos tenido —replícala el segundo:— ¿á qué es esta barbaridad de lienzo? Con esto teníamos allá para hacer camisas á todo el vecindario...

Pero lo mejor ha sido lo de la Carrera de San Jerónimo.

Esta calle, desde los primeros momentos preparatorios del público entusiasmo, quedó «partida por gala en dos», como el rubí de los versos de Zorrilla.

Porque sus vecinos se dividieron en dos

bandos. Los moradores del trozo comprendido entre las cuatro calles y la Puerta del Sol formaron un gremio; y los del trozo comprendido entre las Cuatro Calles y el Congreso, otro gremio distinto.

Consumada la división, era natural que cada gremio, ó cada bando tratase de *adornar* á su manera su cacho de calle respectivo.

Y era natural también que surgiese la competencia, como surgió al instante.

En efecto: los dos bandos parece que se pusieron á porfía á ver quién lo hacía peor... y esta es la hora en que todavía no se sabe quién gana.

A lo menos yo no me atrevo á fallar el pleito.

Los del primer trozo, parece que han tenido pacto con el diantre.

Porque figúrense ustedes si, dada la mala fama que en cuestión de temperatura tiene este Madrid, bien confirmada precisamente por la experiencia en este mes de Mayo, que parece más bien un mes de Enero ligeramente disfrazado, figúrense ustedes, digo, si no se necesitará pacto con el demonio, ó arte mágica, para hacer brotar en una sola noche del suelo asfaltado de la calle una vegetación tropical pomposa y lozana, todo *un bosque de cocoteros* como aquel en que nació, una mañana del mes de Abril, la *neguita* del tango.

Bueno, después ya se vió que los cocoteros,

y los plátanos y las palmeras no eran sino palos de pino envueltos en estrapajos teñidos de verde, y que sus anchas hojas también eran de percalina pintada.

Pero la verdad es que, aunque de lejos parecían bastante mal, en acercándose un poco parecían peor todavía.

Lo que vale es que luego enlazaron los árboles tropicales entre sí con unas ristras de hojás y flores, de trapo también, no tropicales, sino que más antes deben de ser polares, y no precisamente del *ardiente polo*, que dijo no sé si el marqués de Molins ú otro académico, sino del polo *helado*, según están de tristes y ateridas.

Así y todo, excuso decir á ustedes que los de Torrebeleña, Azuqueca, Tamajón, Alpedrete, etc., como los de Grisén, Utebo, Sádaba, Belchite, etc., lo mismo que los de Getafe, Parla, Mocejón, Alameda, Villaseca y demás pueblos de la Sagra están encantados con semejantes decoraciones y andan llenos de satisfacción y tranquilidad bajo el aparente follaje de esta manigua inofensiva...

Pues los del otro bando..., lo que ellos han discurrido, mala cuenta tiene...

Pero con fruto, porque ¡han inventado unas cosas!...

En primer lugar, pusieron todo á lo largo de su trozo de calle dos hileras de palancos de pino..., lo mismo que los otros...



Sólo que no los entrapajaron de verde; los pintaron de blanco.

Después... los enlazaron también con ristras de hojas y yerbatos y flores, pero no de tela, como al otro lado, sino naturales.

Lo cual tuvo el inconveniente de que, como lo hicieron con bastantes días de antelación, al llegar el caso de pasar por debajo los chinos, marroquíes y demás diplomacia, se había quedado ya todo aquel follaje mustio y desvaído.

Volviendo á los palos blanqueados, en el primero pusieron como adorno un león trepando por él, una silueta de león recortada en tabla y pintada de amarillo.

Pero la gente ha dado en decir que aquello no es un león, que es un perro faldero con cresta de gallo.

En el segundo palo pusieron un oso de pie, también recortado en tabla y pintado. Y arriado á un árbol, que es de suponer que quisieran que fuese un madroño.

Con la particularidad de que el oso era tan alto como el árbol.

Y con otra particularidad: con la de que el animal estaba tan triste, que parecía llorar á lágrima viva, sin duda porque le habían pintado de aquella manera...

Después, en el otro palo, otro león, y en el otro de más allá otro oso, y así sucesivamente.

Mas como todo el mundo se reía del oso y

de los vecinos de la Carrera que *le habían hecho*, para librarse estos señores de las burlas y chistes mortificantes que llovían sobre ellos y sobre su obra, retiraron á otro día al amanecer todos los ejemplares del popular plantígrado, sustituyéndolos, no sin monotonía, con otros tantos leoncillos perrunos.

Y, en consecuencia, he tenido yo que retirar también una quintilla que había hecho á medias con D. Nicolás Moratín, á la cual pertenecen los dos versos y medio que puse por tema.

La quintilla entera decía:

Madrid, castillo famoso,
Que ya ni al moro da miedo,
Por ser un natal dichoso,
Arde en fiestas y hace... el oso
Y arcos de quiero-y-no-puedo.

II

«En medio de tanta ridiculez y de tan desconsoladora inundación de mal gusto, una cosa buena han tenido las fiestas.

La musa ha dormido.

Sí, la *musa*, aun llamando impropriamente así al furor de versificar, no nos ha molestado nada, no ha producido ni un *mal* soneto.

Que claro es que malo tenía que ser si algún

vate *político* de esos de ocasión ó de Academia hubiera sentido la tentación de perpetrarle.

Demos gracias á Dios, que si en su justicia adorable ha querido afligirnos con una verdadera plaga de ripios pictóricos y escultóricos, y botánicos y pirotécnicos, también por su infinita misericordia nos ha librado hasta el presente de ripios literarios.»

Esto iba yo á decir á la conclusión del primer artículo dedicado á las fiestas... No lo dije por no hacerle demasiado largo. Pero si lo llevo á decir... ¡me luzco!

Porque precisamente á la media hora de haber mandado aquellas cuartillas á la imprenta, ya leí la noticia amenazadora de la aparición de un poema en tres cantos y no sé si en trescientas octavas reales. Y al día siguiente la noticia de que la amenaza se había cumplido.

Esta última decía así:

«RECUERDOS Y ESPERANZAS

»Este es el título del poema *conmemorativo* de la jura... etc., etc... que ha publicado el *notable poeta* don... (aquí un nombre y un apellido.)

»El poema está dedicado al conde de Casa Valencia... (¡Bien hecho!... En pena de sus pecados literarios... que aunque personales no los tenga, porque no ha escrito nada, los tiene colectivos muy graves, por ser académico de la lengua.)

»Está dividido (el poema) en tres cantos... (¿rodados?) El primero lleva la fecha en que murió S. M. el Rey Don Alfonso XII, y en él reseña los hechos más gloriosos de su reinado.

»El segundo tiene la fecha del nacimiento... de S. M. el Rey Alfonso XIII, y enaltece el vate la prudencia y sabiduría con que ha dirigido la gobernación del Estado la reina regente...»

Pero ¿por qué llamarán poemas á estas cosas?... Antes se las llamaba memoriales.

»Y en el tercero, dedicado á la coronación y mayoría de edad del joven monarca, desea el poeta un feliz reinado á Don Alfonso XIII...» Y yo le deseo al poeta un buen destino.

Por lo demás, como decía D. Antonio Cánovas, de todo lo que el vate ofrece en el título de su obra *Recuerdos y esperanzas*, yo me quedé con un poquito nada más de la segunda parte, con una *esperanza*... una sola, pero consoladora y dulcísima: la de no leer el poema.

Porque... todavía no acabé de copiar el anuncio que en la reseña de las fiestas ha publicado *El Imparcial*... Faltan los tres renglones últimos, que empiezan con estas palabras:

«Los versos son *bellísimos*...» Así, nada menos.

Y cuando llama *bellísimos* á los versos el *reporter*, excuso decirles á ustedes...

¡No, no lo penará mi alma!...

Y... bueno; con un poema así, conmemorativo, que se imprime en folleto y no sale de

las librerías, puede uno hacer eso, no leerle.

Pero ¿cómo se libran ustedes de leer otros versos, una *cantata* de Grilo, verbigracia, que se les introduce á ustedes en casa por debajo de la puerta, á traición, y se les pone delante de los ojos por sorpresa entre la reseña de los festejos, en una columna de *La Correspondencia de España*?...

Contra esto no hay defensa posible.

Pues aun cuando en rigor puedan ustedes, en el instante de ver los rengloncitos cortos, tirar el periódico al cesto ó echarle en la lumbre, moralmente esto es imposible, porque ven ustedes que son versos de Grilo, y dicen ustedes: ¡Hombre! ¡Cuánto ripio tendrán! Vamos á ver, y... eso me ha pasado á mí precisamente.

Que me he tenido que echar al colete la *cantata*.

La Correspondencia casi levanta un falso testimonio á la orquesta del Conservatorio, que dice que la *interpretó*; pero esto se referiría si acaso á la música que Bretón puso á la letra de Grilo; porque lo que es la letra no tiene interpretación posible.

Dice así:

- Sobre las olas del mar *desierto*
(que no lo suele estar)
- Dios lleva siempre la nave al puerto,
(*Siempre...* es mucho afirmar)
- Dando á los mares su bendición;
(Siga la procesión)

- Hoy Dios nos mira con más cariño
(¿Ya te lo dijo á ti?)
- Y de la mano lleva al *Rey niño*
(¡Hombre; ¿le lleva así?)
- En su bendita coronación.
(Y acabó la función.)

Es decir, se acabó esta estrofa nada más, pero luego viene otra peor en su tanto, que dice:

«La fe que nos *mantiene...*»

Eso no está bien, señor de Grilo.

Si hubiera usted dicho nos *sostiene...* sería mentira ¿eh? Pero no se prestaría al ridículo.

Digo que sería mentira porque, desgraciadamente, la fe anda hoy en España muy escasa.

Por lo pronto, en el Gobierno no la tiene nadie; y con sobrado motivo, porque si uno lo hace mal, otro lo hace peor.

Y aun en Dios, que la debemos tener todos, va habiendo muchos que no la tienen...

«La fe que nos *mantiene...*»

(Le van á decir á uste'k
que le mantiene el biste'k)

«La fe que nos *mantiene*
A España salvará.»

¡Sí, por cierto! ¡Buenas trazas lleva la pobre España de salvarse!

¡Con gobernantes como los actuales y poetas aduladores como Grilo... ó viceversa, no hay salvación para un pueblo.

Pero dejemos á Grilo que siga.

«La fe que nos mantiene
A España salvará...»

Y ahora verán ustedes por qué cree Grilo ó por qué dice, aunque no lo crea, que la fe salvará á España:

«La fe que nos mantiene
A España salvará;
Que aun cuando el niño viene,
La madre no se va...»

¡Qué monada!... digo, ¡qué majadería!
¡Y se habrá quedado el *poeta* tan satisfecho de haber dicho una gracia de primer orden!

«Que aun cuando el niño viene,
La madre no se va...»

No, el que se va es usted, del seguro, si es que ha estado en él alguna vez... Que más parece haber estado siempre en la plumilla, dispuesto á dispararse en ripios á todo momento.

«Que aun cuando el niño viene...»

¡Ya, ya! ¡Bueno le pone usted! Porque eso es como dar á entender que es un mal ó un peligro que el niño venga, mal ó peligro de que nos libra ó nos consuela el que no se vaya la madre...

«Que aun cuando el niño viene...»

No me canso de repetirlo... Muy bonito, muy mono...

«Que aun cuando el niño viene,
La madre no se va.»

Bueno, que no se vaya; pero usted váyase cuante antes y no nos haga más cantatas de esas.

III

Las fiestas se acaban.

Sí, tocan á su fin. Antes de que señalase su terminación el programa oficial, han ido concluyendo por cansancio.

Cada día desaparecen las colgaduras de alguna de las casas particulares que las lucieron.

Cada noche se apaga la iluminación de una calle. Anoche ya estuvo á oscuras la del Príncipe, que era la mejor iluminada.

Cada número del programa va resultando más soso. Cada acto oficial de las fiestas va estando menos concurrido...

Acuden á todos, eso sí, la mujer del tabernero de Zamarramala, y las niñas del confitero de El Toboso, y la suegra del veterinario de Grijota, que se han impuesto la obligación de no perder ni un solo detalle de los festejos porque para eso pagaron el billete del ferrocarril; pero la generalidad de la gente, ó se ha vuelto, ó se dispone á volverse á sus casas cansada y aburrida...

Sin excluir á los príncipes y extranjeros que también han desfilado ya hacia sus respectivos países.

Eran demasiados días para tan pocas cosas, y no ha podido sostenerse la curiosidad pública.

Dos ó tres docenas de *golfos*, de aquellos *golfos* que el año pasado apedreaban los conventos, han sido los que, aleccionados y pagados ahora por el mismo que los aleccionaba y pagaba entonces, han roto á aplaudir cuando pasaban determinadas carrozas, quedándose parados y silenciosos cuando pasaban otras, verbigracia, la en que iba el hijo del conde de Caserta... Todo para que el *Heraldo* y *El Liberal* pudieran con toda comodidad á la noche, el primero, y á la mañana siguiente, el segundo, sacar la consecuencia de que el pueblo madrileño es anticlerical y antirreaccionario hasta los tuétanos.

El pueblo madrileño y el pueblo español; porque como en la concurrencia había mezclados tres ó cuatro vecinos de Algodor, cinco ó seis de Torrelozanes, dos de Jadraque, uno de Sequeros, etc., etc., es indudable que el que aplaudía y callaba, según las cosas, era el pueblo español unánime y compacto.

Los anticlericales discurren, ó hacen que discurren así.

Hay que consignar que el número más agradable de las fiestas ha sido el banquete á los alcaldes rurales.

El más agradable á los alcaldes, se entiende. Los hay entre ellos á quienes desde que vi-

nieron y aun desde que salieron de su lugar se les está haciendo la boca agua.

También les han dado una función de teatro, pero ésta no les ha seducido tanto, ni con mucho.

El alcalde de Estercolera, el tío Manolón, que es muy bruto, está alojado en casa de su sobrino don Nicolás, senador del reino, de *el mi sobrino Colás*, como él dice.

—Esta noche—le decía el sobrino ayer tarde—irá usted al teatro: les hacen á ustedes *El Alcalde de Zalamea*...

—Mira, *hum*, á mí *dejaimé* de zalamerías—contestaba el alcalde—que yo con zalamerías no como, *hum*...

—Comer, ya comerá usted bien mañana en el banquete con que les obsequia á ustedes la villa de Madrid... Comerán ustedes paella...

—¿*Pa ella*?... Comeremos *pa nusotros*, *hum*... Si es *pa ella* ¿qué adelantamos?

—No es eso, sino que *paella* se llama un guisado con arroz y menudos de gallina y pimientos... Yo tampoco sabía lo que era hasta hace poco, pero está bueno. *Tamién* les van á dar á ustedes *pavo trufado*.

—Pavo *estufado* ya lo he comido algunos años por Antruido; pero allá decíamos *estofado*... No sabemos lo que decimos las más de las veces, *hum*.

—Y langostinos...

—Eso no sé lo que es... la *Angostina* llama-

mos á una moza de allá que es muy delgada y se llama Agustina; pero *langostinos*...

El vino dice *El Imparcial* que será de Rioja.

—*Pos* á mí me gusta más de Toro... ú de *Cureses*.

—Aquí trae *El Imparcial* todo lo que van á poner... Cincuenta kilogramos de salchichón.

—¿Y cuántos alcaldes *semos*, *hum*?

—Mil quinientos, según dice.

—*Pos* con eso no tenemos *pa* un diente, *hum*... Y eso que cincuenta kilómetros de salchichón *toavía* dan de sí... son casi nueve leguas...»

En fin; el caso es que hoy, sábado, á pesar de ser *témpora*, y, por consiguiente, día de ayuno, han tenido los alcaldes rurales su comilona en los jardines del Buen Retiro con carne y pescado, quebrantando escandalosa y oficialmente el cuarto mandamiento de la Iglesia.

*
* *

Antes hablé de una *cantata* de Grilo muy fervorosa (y muy ripiosa, por supuesto) en loor del nuevo monarca, y comenté las dos estrofas primeras.

Que, como verían mis lectores, tenían gracia.

Pero la gracia principal de los versos de Grilo no se la di á conocer á ustedes, porque tampoco la conocía yo entonces.

La gracia principal está en que Grilo, el

mismo Grilo que escribió el otro día con tanto fervor y con tanto ripio aquellas estrofas de la *cantata*, con aquello de que «Dios lleva de la mano al rey niño» y aquello otro de que

«Aun cuando el niño viene,
La madre no se va»

el mismo Grilo había escrito años antes otras estrofas no menos ripiosas que las de este año, pero mucho más fevorosas todavía, en loor de Don Carlos, llamándole Monarca Español, así, con letra grande, y diciendo que tremolaba la enseña gloriosa que hizo esclavos dos mundos..., con todo lo demás que es de rúbrica en estos casos.

¿Y qué hizo anoche *El Correo Español*? fué y publicó los dos himnos, el de ahora y el de antes, apareados, á dos columnas.

¡Pobre Grilo! El creía el año 72 que iba á venir Don Cárlos, y le echaba piropos, y le decía: ¡*Rey, avanza!*

Pero no avanzó no vino, y... ¿qué culpa tuvo el pobre Grilo de que no viniera?...

Vino otro, y cantó al otro. No era cosa de tener ociosa la lira.

Lo peor para las letras es que los dos himnos son malos y llenos de ripios.

Mas, por lo que hace á la inconsecuencia política de Grilo... ¡Bah!

¡Serán tan contados los españoles á quienes no se les puede poner á dos columnas!

XIV

ESPIGUEO

I

Chocolate de patronas.

Muy sabido es y muy repetido aquello de que las patronas de casas de huéspedes á cualquier cosa llaman chocolate.

Bueno; pues lo mismo van haciendo ya los escritores.

Años atrás recibí un librejo al que su autor, que era un señor Palma, allá del Perú, había puesto por título *Filigranas*, y me encontré con que tales filigranas eran unas *poesías* prosaicas y ripiosas.

Pues ahora, según acabo de leer en *El Imparcial*, D. Antonio de Zayas, muy señor y tocayo mío, ha publicado otro libro de versos titulado *Joyeles bizantinos*.

Y es claro que, aun cuando los versos fueran excelentes, la modestia del autor no que-

daba muy bien parada que digamos. Pero no siendo ni siquiera buenos, como no lo son, no es solamente la modestia la que padece menoscabo, sino que aun la verdad sufre detrimento.

Es decir, que nos resulta el Sr. de Zayas llamando *joyeles*, ó como si dijéramos chocolate, á... cualquier cosa.

Para decir que no son buenos los versos del Sr. Zayas, me bastaría con haber leído estos dos renglones del suelto que les dedica el periódico mencionado:

«En el prólogo de este libro hace profesión *de fe* (¿?) el Sr. Zayas de introducir novedades en la métrica.»

Esto solo denunciaba la inferioridad del género, porque ya se sabe quiénes suelen ser, por lo general, los que quieren introducir novedades en las cosas, rompiendo los moldes y las reglas: aquellos que no saben hacer las cosas como Dios manda, con sujeción á las reglas recibidas.

Pues el modernismo en literatura no viene á ser otra cosa que el cultivo intencionado del disparate.

¿Qué voy á *pintar* yo —se dice cualquier ingenio mediocre— haciendo versos en el idioma castellano, en que los hicieron tan hermosos Espronceda y Zorrilla? Nada absolutamente. Si he de llamar un poco la atención, tengo que hacer alguna que sea sonada...

Y como el muchacho desaplicado rompe la vajilla ó los muebles, para distinguirse en el colegio, el modernista sale rompiendo las reglas y los moldes...

Mas, aparte de la presunción que nace de aquellos renglones copiados, sé con certeza que no son recomendables los versos que buenamente llama *joyeles* el Sr. Zayas; porque he leído las dos composiciones suyas que reproduce *El Imparcial* como muestra y que, siendo de creer que no sean de las peores, son bastante malas.

Estas dos composiciones, á las que *El Imparcial*, ejerciendo á su vez de patrona de huéspedes, llama *sonetos*, se titulan una *Los pájaros* y otra *Narghilé*, siendo la primera como sigue:

«En los *huertos desiertos* de turcos y albaneses...»

Este primer verso no puede ser peor, porque, sobre ser enteramente prosaico, tiene en el centro aquellas dos palabras consonantes, *huertos* y *desiertos*, una detrás de otra, que es cosa muy fea, y, en cambio, no tiene los acentos donde le corresponden al verso alejandrino,

Aparte de que los *huertos*
no suelen estar *desiertos*.

El segundo verso dice así:

«Los pardos *ruiseñores* sus *amores* murmullan.»

¡Otra vez los consonantitos interiores!... y sigue:

«En tanto que las tórtolas se acarician y arrullan en las *rígidas* copas de los *yertos* cipreses.»

Todo lo cual convendrá conmigo el Sr. Zayas en que no tiene nada de particular, ni de poesía.

Continuemos...

«En las dormidas naves se posan las gaviotas á despedir del día las exánimes luces...»

Esto ya tiene algo de particular... y es que el poeta modernista no repite en este cuarteto los consonantes del anterior, sino que los usa nuevos.

Para confirmar del todo lo que he dicho antes, que *El Imparcial* ejercía de patrona de huéspedes cuando llamaba *sonetos* á estas cosas.

Porque, en primer lugar, los sonetos en castellano, como en italiano, se escriben en versos endecasílabos, por donde ya no eran sonetos las composiciones del Sr. Zayas, escritas en versos de catorce sílabas.

Y, luego, aun los franceses que han escrito los sonetos en versos alejandrinos, ó parecidos á nuestros alejandrinos, siempre han repetido en los dos cuartetos los mismos consonantes, regla que también ha creído conveniente romper el Sr. Zayas.

Terminación del segundo cuarteto:

•Y en torno de las Siete Torres los avestruces
van midiendo á zancadas los campos rumeliotas.▪

Sigue ausente la poesía.

El otro *soneto*, titulado *Narghilé*, comienza así:

•En vagas reflexiones el fumador se abisma,
en un café del muelle, viendo el sol que se pone...▪

¿Me querría decir el Sr. Zayas, que, según mis noticias, fuera de esa flaqueza de los versos es persona inteligente y formal, en qué se distinguen ese par de renglones suyos de cualquier otro par de renglones de prosa?

Y, no siendo sus composiciones más que tiradas de versos prosaicos, ¿me querría decir por qué las ha llamado *Joyeles*?

Porque yo, francamente, no hallo otra razón más que la consabida... la de que á cualquier cosa llaman chocolate...

II

Bien vengas, mal...

Sí; «bien vengas mal, si vienes solo», dice un proverbio, fundado en la triste experiencia de que los males, en este mundo liberal, suelen venir enredados unos en otros como las cerezas y los desatinos académicos.

Y esto mismo expresa otro refrán que dice: «Una desgracia nunca viene sola».

Claro es que esta regla, lo mismo que todas las demás, tiene sus excepciones.

Pero también es claro que la voladura del polvorín de Carabanchel, que es la desgracia de que ahora se trata, no ha sido una excepción de la regla.

No; ciertamente no vino sola esa desgracia, sino acompañada ó inmediatamente seguida de una ristra de ellas, tan sensibles algunas como la principal, ó muy poco menos.

Precisamente la desgracia de la voladura en sí no fué tan grave, ni con mucho, como era de temer y como se creyó en un principio.

Veinticinco muertos fué la cifra corriente en las primeras horas que siguieron á la catástrofe. Y eso entre las personas optimistas; porque las demás los hacían pasar de ciento, y no faltaba quien los hacía subir á doscientos cincuenta.

Y luego... se quedaron reducidos á dos solamente, á un sargento y un segador... que dió por muertos la información rotativa por el afán de que hubiera alguno, ó como si dijéramos, por la necesidad estética de no empequeñecer y deslucir del todo la catástrofe, pero que en realidad no han muerto tampoco. Sólo están descalabrados los dos, y el uno, además, perniquebrado.

Total, por efecto de la explosión, dos desca-

labraduras y una fractura de piernas... que no es poco, ni era necesario, y bien evitado podía estar si hubiera más cuidado con la pólvora y estuviera prohibido el fumar á todos los que andan cerca de ella y aun á todos los bautizados que tienen uso de razón...

Pero ¿qué valen esas desgracias, á lo menos en número, para las que han venido después de la explosión, como séquito de ésta, y en cumplimiento de la regla consabida?

¿Cuántas fracturas de la sintaxis y de la sín-déresis y cuantas descalbraduras del sentido común no han ocurrido luego en los periódicos con ocasión de la voladura y por el afán de informar á la gente hasta de los más mínimos detalles del siniestro?...

Todos los periódicos de gran circulación trataron de excederse unos á otros.

Algunos publicaron en seguida números extraordinarios por dar suelta desde luego al chorro de las barbaridades. Otros prefirieron pasar el día en reserva, como quien dice, acumulando vapor y desatinos, para soltarlo todo al oscurecer con igual ó mayor estrépito y rotura de cristales que produjera la explosión misma.

Lo primero de que trataron de enterar al público fué de la causa del siniestro, y sobre este particular, uno de los rotativos nocturnos averiguó bien pronto y reveló á sus afortunados lectores por un perro chico nada más, que la

causa era el haber en el polvorín «siete toneladas de ácido prúsico».

¿Que esto era confundir los venenos con los explosivos, dicen ustedes?...

Claro que sí. El pobre noticiero habría oído hablar del ácido prúsico como de una cosa terrible, y creía que era un explosivo de los más peligrosos.

Pero ¿qué tiene de particular esto?...

Pues naturalmente, si el noticiero supiera distinguir el ácido prúsico del ácido sulfúrico ó del picrato de potasa, sería catedrático de química... Ó no lo sería tampoco, si no tenía amistades en el Ministerio de Instrucción pública... Pero á lo menos no sería noticiero, cargo incompatible con el saber en todas sus manifestaciones.

Otro periódico quiso enterar al público de las dimensiones del polvorín destruído y dijo que ocupaba *seis metros cuadrados*.

Probablemente serían *treinta y seis*; pero ¿por qué ha de saber lo que son metros cuadrados un noticiero?... El oyó decir *seis metros en cuadro*, y creyendo que es lo mismo dice: *seis metros cuadrados*, tan campante.

«Cuando llegamos al lugar de la *ocurrencia* no sabíamos dónde había *ocurrido* ésta.»

Lo cual no me negarán ustedes que tiene gracia... y literatura... ¡Llegar al lugar de la *ocurrencia* y al mismo tiempo no saber dónde había *ocurrido*... la *ocurrencia*!...

¡Si lo que no se le *ocurre* á un *reportero!*...

Y luego ¡qué revelaciones tan importantes!

Veán ustedes una:

«Al ruido de la formidable explosión, la impresión general fué de pánico...»

Pero, señor... ¿cómo averiguarán estas cosas?...

Pues allá va otra tal y tan buena:

«La forma en que ha tenido efecto la explosión ha sido *verdaderamente extraña*, pues contra lo que en casos semejantes ocurre, ha sido *hacia arriba*»...

¡Ah! pues otro habla de un hombre que estaba durmiendo en el campo y dice:

«Al ruido de la explosión despertó aterrorado y *casi* en el acto se sintió herido en la cabeza».

Hombre, quite usted el casi, ó póngale al revés si gusta. ¿Ignora usted que el ruido de la explosión suele llegar después de los proyectiles? Verdad es que siendo *noticiero*...

Pero lo mejor es lo de otro rotativo que, tratando de explicar el hecho de que la explosión rompiera muchos cristales del Palacio Real, decía textualmente:

«Hay que tener en cuenta que el Palacio está *en completa línea recta con el campamento*...»

¿Qué entenderá éste por estar *en completa línea recta*?... ¿Conocerá él algún punto que no esté en línea recta con cualquier otro?

III

Otras desgracias.

Continuemos por el restrojo.

La antigua opinión de que la lectura de los periódicos diarios servía para instruirse, va cayendo, y es natural que caiga, en descrédito.

Porque la verdad es que semejante lectura no sirve apenas para otra cosa que para aprender disparates.

Con eso de que los periódicos se hacen de prisa... Pero, vamos, que, de prisa y todo, se podían hacer un poco mejor, me parece.

Cogen ustedes en las manos un rotativo y leen:

«Cerca del puente de San Fernando fué encontrado el cadáver de... (aquí el nombre y señas del difunto, que ahora no nos importan), el cual presentaba en la cabeza una herida de *arma blanca*.»

Hasta aquí parece que la cosa no tiene nada de particular.

Pero ¡vaya si tiene!...

Lo particular viene en este otro parrafillo que sigue inmediatamente al copiado:

«Junto al cadáver había un *revólver* de pequeñas dimensiones, lo cual hace suponer que se trata de un suicidio.»

Aquí tienen ustedes un periódico que no sabe lo que es *arma blanca*, y que por no saberlo llama *arma blanca* á un «revólver de pequeñas dimensiones».

Y, es claro; el lector que no sea más instruído que el periódico, sale creyendo que el *revólver* es *arma blanca*... por lo menos si está niquelado.

Porque de ahí debió de nacer el error del noticiero... de ahí y de su ignorancia inverosímil...

Se conoce que vería blanquear el revólver y dijo: pues... esto tiene que ser *arma blanca*.

*
* *

Siguen ustedes leyendo y llegan á leer esta otra noticia:

«La Comisaría regia de las obras de *Consuegra* (*Almería*) ha publicado en la *Gaceta* la cuenta *mensual* correspondiente al *mes de...*»

Aquí, aparte de la sintaxis patosa de «*mensual* correspondiente al *mes...*» el periódico hace creer á sus lectores poco instruídos que *Consuegra* está en la provincia de *Almería*, porque ese *Almería* entre paréntesis, según las formas corrientes de expresión, no quiere decir otra cosa.

Bueno; pues no, señor, *Consuegra* no está en la provincia de *Almería*, sino en la de *Toledo*.

Lo que hay es que en *Consuegra* y en *Almería* hubo inundaciones con breve intervalo

de tiempo, y la suscripción abierta para remediar los daños y la Comisaría nombrada para repartir é invertir los fondos recaudados se llamaron de *Consuegra-Almería*.

No de Consuegra (Almería) como dice el periódico; que eso es un disparate.

*
* *

Al día siguiente por la mañana, cogen ustedes otro número del mismo periódico y leen:

«Ayer ofrecieron sus respetos al Rey, entre otras personas, el capitán general Sr. Primo de Rivera, generales Polavieja y Bascarán, prelados Sres. Nozaleda y *arzobispo-obispo* de Madrid-Alcala...»

¿Qué será esto de *arzobispo-obispo*?

El lector instruído en seguida comprende que es una majadería del periódico.

Pero el lector *instruible* se *instruye* en que el prelado de esta diócesis es una mezcla de obispo y arzobispo, ó, como da la casualidad de que el título de esta diócesis es doble, adquiere la *instrucción* de que este prelado es arzobispo de Madrid y obispo de Alcalá respectivamente...

Y todo... ¿saben ustedes por qué?..

—Por la ignorancia del redactor de la noticia...

—Bueno, sí; esa es la raíz... Pero ¿saben ustedes cuál es la causa ocasional-del disparate?

Pues la siguiente:

Al obispo anterior, señor Cos, que había sido antes arzobispo de Santiago de Cuba, se le solía llamar, aunque impropriamente, «arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá».

Impropriamente, digo; pues aunque antes hubiera sido *arzobispo*, aquí no era más que *obispo*, y así debía llamársele. Pero el hecho es que se le llamaba casi siempre arzobispo-obispo.

Y el redactor de la noticia copiada se conoce que dijo para sí: Este obispo, sin duda por estar en la corte cerca de las instituciones y de Sagasta... siempre debe tener algo de arzobispo... Y tras de este razonamiento hizo también arzobispo al Sr. Guisasola.

Verdad que tampoco las monjas del Sagrado Corazón suelen estar mejor informadas que los noticieros, pues también han hecho imprimir en una tarjeta de entrada á los ejercicios espirituales para las criadas esta noticia, entre otras: El día tantos, á tal hora, dará la sagrada comunión el señor arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá.

Y se trataba del Sr. Guisasola, que no era más que Obispo.

* * *

Describiendo una de las manifestaciones tumultuosas verificadas en París con motivo de la clausura inicua de las casas religiosas de

enseñanza, manifestaciones en las que se da el caso raro de que los católicos, las personas buenas y amantes del orden gritan: ¡viva la libertad!, mientras los pilletes, y los rateros y los golfos gritan: ¡viva la policía!, ¡viva el Gobierno!, decía un periódico:

«Poco después de las tres y media *engrosa* el grupo de los librepensadores una oleada considerable».

Considerable sería la oleada, no digo que no; pero lo más considerable del caso es la ignorancia del redactor encargado de diluir los telegramas del extranjero.

Conque *engrosa*, ¿eh?...

Pues no, hombre no; no *engrosa*. ENGRUESA se dice.

¡Pero qué falta de ir á la escuela y de aprender tienen estos encargados de enseñar á la gente!

Bien podía el periódico aludido llevar á su redacción con buena paga algún maestro de esos que dicen que no cobran...

Verdad es que entre los maestros á la moderna, que suelen ser tan pedantes como inamovibles, también los hay que no saben conjugar los verbos irregulares.

Y si no, ahí tuvieron ustedes á D. Antonio Cánovas, que, con ser hijo de un maestro y haber sido él mismo en su mocedad maestro suplente, á lo mejor se descolgaba con aquello de «tróquese gozoso».

Aunque también hay que tener en cuenta que D. Antonio era académico, y la influencia de la Academia, para esto de hablar y escribir mal, es eficacísima.

* * *

Pues otro periódico de gran circulación, tratando el día pasado de la manera mejor de resolver una cuestión difícil, preguntaba:

«—¿Cómo?» Es decir; ¿de qué modo, ó en qué forma podía arreglarse esto?

Y se contestaba él mismo en seguida:

«—Pues dejando á las aguas correr por su natural *carril*...»

—¡Pero hombre!—había que decir al autor de esta tontería,—¿usted cree que las aguas corren por *carril*, ó que los *carriles* se han hecho para que corran por ellos las aguas?... No, hombre, no; las aguas no tienen *carril natural*, ni artificial tampoco... Lo que suelen tener es cauce, presa, acequia, etc., para correr de un lado á otro; y si alguna vez corren por *carril*, no es *natural*, sino contra la naturaleza de las cosas.

Los que van por *carril* son los *carros*, cosa bien distinta de las aguas; y por eso el *carril* se llama *carril* precisamente, porque le han formado los *carros*, fíjese usted bien, porque le han formado los *carros* al pasar, ó le han formado los hombres para que los *carros* pasen, y sirve para que sigan los *carros* pasando.

No para que corran las aguas...

Pero el hombre se conoce que no sabía lo que era *carril*, ni por qué se llamaba así; y, es claro, hablando de lo que no se sabe, fácilmente se desacierta.

*
* *

En otro periódico, hablando un redactor de las dificultades con que tropieza la agricultura en Andalucía, ó sea de los *latifundios* (no *latifundios*) andaluces, llega donde dice :

«Arrendatarios y dueños hállanse *en poder* de labores inmensas, y ninguno de ellos... tiene el capital suficiente para desenvolverlas...»

¿*En poder* los arrendatarios de las labores?... Será al revés, si acaso... Aunque tampoco sea muy propio decir que *las* labores se hallan en poder de los arrendatarios y de los dueños. Pero lo que es hallarse éstos en poder de aquéllas, es mucho desatino.

Viene á ser como decir que «ha salido para tal parte el capitán H*** *al mando* de su compañía», ó que «saldrá para tal otra el coronel X*** *al mando* de su regimiento», cosas ó, más bien, disparates, que en estos iliterarios tiempos se usan con bien triste frecuencia.

Sin reparar los que así se expresan en que todo eso es lo mismo que decir que el jefe está *á las órdenes* de su ordenanza.

XV

COGIDAS

I

Los Muruves lidiados ayer en el circo taurino de esta Corte, mandaron á la enfermería á los diestros «Lagartijillo» y «Algabeño»; pero para cogidas monumentales, las que nuestro amigo el Sr. Valbuena ha propinado al docto catedrático Sr. Becerro de Bengoa, quien queda en tan mala postura, que sabe Dios si se cortará la coleta del toreo arqueológico, en el que pasa por definidor y maestro.

Vean nuestros lectores las cartas que copiamos á continuación:

(El Liberal del 26 de Mayo de 1901.)

«SR. D. JUAN TORBADO.

Mi querido amigo: Me encargaba usted hace unos días que le recogiera las cosas más notables que publicaran los periódicos acerca de

esa Catedral, con motivo de su próxima reapertura, y comienzo hoy á cumplir su encargo, dándole noticia de un buen ejemplar que apareció en *El Imparcial* de esta mañana: un artículo del Sr. Becerro de Bengoa, titulado *La Catedral de León*, con un número romano, indicando que es el primero de una serie.

Bien conocido es el Sr. Becerro de Bengoa como escritor culto, aplicado y laborioso; pero suele estar algo atrasado de noticias, y esta vez lo está, efectivamente.

Comienza diciendo:

«Doble aspecto ofrece el conjunto al desembocar en la plazuela de Regla: el de la obra antigua en la bellísima fachada que adornan las dos torres, y el de la obra restaurada, cuya blanca y elegante mole se alza majestuosa en el lado del Mediodía.»

Es decir, que al Sr. Becerro lo que le llamó la atención fué la diferencia de color entre la piedra vieja y la nueva; pero esa diferencia de color que vió el Sr. Becerro hace muchos años ya no existe, porque «la bellísima fachada que adornan las dos torres» también es ya blanca, aun más blanca que la del Mediodía, porque es más nueva.

Y continúa enseñándonos que la fachada se compone de un cuerpo central con tres arcadas ojivales, etc., etc., hasta que llega donde dice:

«Cierra por lo alto la línea de estas arcadas

una galería ó antepecho calado; sobre ella se alza el muro, con hermoso óculo ó rosetón de pintada vidriería y un grupo esculpido de la Anunciación en el piso alto, y corona este cuerpo *un remate plateresco, que no cuadra al resto de la obra y que debe desaparecer.*»

Efectivamente.

Desapareció hace ocho ó diez años y fué sustituido por otro *remate gótico*.

Inconvenientes de publicar como de actualidad artículos de monumentos, escritos allá el año del catarro.

Mas adelante dice el artículo del Sr. Becerro:

«Al penetrar en el interior de la aérea basílica, bien pronto el observador comprende que sobre una planta *esbelta* (?) en forma de cruz latina se alzaron las tres naves, *caladas desde el zócalo, tapiadas después*, y que si se hubieran dejado alumbradas con los claros que en la primitiva traza tuvieron, *sería esta iglesia verdadero fanal.*»

¡Toma!... Y lo es; porque aquellas grandes ventanas que hace años vió tapiadas de ladrillo el Sr. Becerro, fueron ya oportunamente *destapiadas* y cerradas con vidrios de colores.

Pues si la Catedral estuviera ahora, al inaugurarse, tal como la vió hace veinte años el Sr. Becerro, ¿en qué habría consistido la restauración y qué habrían estado haciendo todo ese tiempo los arquitectos y los operarios?...

¿No es verdad, querido amigo, que la cosa tiene gracia?

¡Y digo si van á quedar enterados de cómo está la Catedral de León los que se enteren leyendo en *El Imparcial* los artículos del Sr. Becerro de Bengoa!

Veremos qué más cosas nos cuenta en los próximos números.

Siempre suyo afectísimo amigo q. b. s. m.,

ANTONIO DE VALBUENA.

25 de Mayo de 1901.

* * *

Sr. D. Juan Torbado.

Mi querido amigo: Sigue *El Imparcial* dando á sus lectores, acerca de nuestra hermosa Catedral, la información trasnochada del señor Becerro de Bengoa.

Quien, tras de haber dicho anteayer mañana que *debe desaparecer* el remate plateresco de la fachada del Poniente, *desaparecido* años hace; tras del descubrimiento de que esa iglesia *sería un verdadero fanal* si las naves caladas desde el zócalo, y tapiadas después *se hubieran dejado alumbradas con los claros que en la primitiva traza tuvieron*, que es como están efectivamente hace ya años, y tras de dar como existente sobre la galería de ventanas bajas un *antepecho plateresco*, que tam-

poco existe, vuelve á la carga en la mañana de ayer, afirmando que Juan de Badajoz (el autor del remate plateresco que *debe desaparecer*) dirigía las obras de la Catedral á principios del siglo XV, mucho antes de nacer, por supuesto.

Después añade:

«La pésima idea del maestro Naveda (1634), completada con la obra de un Churriguera (1713), de alzar sobre el crucero un gran cimborrio ó medianaranja con linterna y capulina de orden corintio, realizada á mediados del siglo pasado...»

¡Y tan pesado! Porque, como usted comprenderá, el Sr. Becerro no se refiere al siglo XIX, sino al XVIII. En el XIX, y mucho antes de concluir, era cuando él escribía estas cosas, que ahora reproduce sin las correcciones necesarias.

Más adelante aparece con mayor claridad esto mismo:

«Dos eclesiásticos —dice,— uno palentino y otro durangués, el H. jesuíta Ibáñez, de Támara, y el P. benedictino Echano, se encargaron de la restauración, proyectándola aquél y ejecutándola este. *Discípulos ambos de la pobre escuela de nuestro gusto arquitectónico*
DEL SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO ACTUAL...

Quizás haya lectores que al llegar aquí crean profeta al Sr. Becerro, por cuanto, en el primer año de este siglo, conoce ya el gusto ar-

quitectónico de *su segundo tercio*. Pero no hay nada de profecía. Es sencillamente que el señor Becerro escribió esto en el siglo pasado, allá por los años de 1883 ú 84, para un libro titulado *Viaje descriptivo de Palencia á la Coruña*, que se vendía á dos pesetas; y ahora, al informar á los lectores de *El Imparcial* sobre la Catedral de León, que va á inaugurarse, lo ha reproducido textualmente, sin acordarse de que habíamos cambiado de siglo.

Ni de que podían haber desaparecido ya, como en efecto desaparecieron, el *remate plateresco* y el *tapiado* de las ventanas que él había visto hacía cerca de veinte años.

¡Mire usted que los pobres lectores del artículo de *El Imparcial* encontrarse ayer mañana con que se les habla del gusto arquitectónico del *segundo tercio* del siglo actual, cuando aun no estamos siquiera en el *segundo año!*... ¡Hay para perder la paciencia!

Suyo affmo. amigo q. b. s. m.,

ANTONIO DE VALBUENA.

Madrid, 26 de Mayo de 1901. »

(*El Liberal* del 27 de Mayo de 1901.)

II

Versos por gusanos.

Sr. Director de *El Globo*.

Madrid 11 de Junio de 1887.

Muy señor mío y de toda mi consideracion: Como no leo *El Siglo Futuro* desde que está dedicado por mitad á la difamación y á la defensa de los ochavos, no supe hasta ayer que recientemente ha vuelto á publicar contra mí unas cuantas mentiras necias, de esas que son el pan suyo de cada día; y no lo hubiera sabido nunca sino porque un amigo me ha enviado el número de dicho papel correspondiente al 1.º del actual mes de Junio.

Como el periódico de usted, por burlarse de uno de los cien disparates casi latinos que cada día dice *El Siglo Futuro*, el del *non volumus*, ha sido causa ocasional de que Ramoncito respirara ó pitara una vez más por el agujero de su soberbia humillada, á usted acudo, rogándole con todo encarecimiento que tenga la bondad de publicar esta rectificacion sencilla y breve.

Lo de atribuirme el descubrimiento del disparate del *non volumus* y el suelto en que *El*

Globo se burló de él, es una simpleza nocedalesca y una falsedad del mismo género, como usted sabe. Así es que sobre esto sólo diré de paso que, á pesar de la *equivalencia* á que quiere agarrarse *El Siglo Futuro*, tomada del Diccionario del marqués de Morante, *equivalencia* que no significa más sino que *nolo* vale lo mismo que valdría *non volo* si se usara, el *non volo* y el *non volumus* son formas que no ha usado nadie.

Á lo menos yo no las he hallado nunca, y eso que he leído bastante más latín, no ya que el director de *El Siglo Futuro*, que no lo ha estudiado ni lo sabe, y aunque lo lea no lo entiende, sino también que la mayoría de los desdichados suscritores que conserva aquel periódico.

Mas lo peor del caso es que en el mismo número de *El Siglo Futuro* se lee también esto que sigue:

«Cuanto al *tollita causa*, diremos á *El Globo* lo que ya dijimos una vez á *La Epoca* y otra vez á *El Imparcial*, y hemos repetido cien veces, desde que una pasionceja ruin y rencorosilla, que no encontraba otra cosa que decir de *El Siglo Futuro*, inventó la tontería de que nuestro director había traducido del francés *verso* por *gusano* y había escrito *tollita causa tollitur effectum*. Que es mentira.»

¡Qué ha de ser *mentira*, hombre, qué ha de ser *mentira*!

El que miente con la mayor desvergüenza del mundo, es el que eso escribe.

El cual, además, añade muy fresco, ahuecando la voz para hacer de persona:

«Y si no, que se nos indiquen el número de *El Siglo Futuro* ó el escrito en que estén esos desatinos.»

¿Sí? Pues ahora vamos, no llores.

Ni sigas ahuecando la voz para decir esta otra mentira:

«Porque jamás *El Siglo Futuro* ni su director los pusieron en ninguna parte.»

Bueno, hombre, bueno. Ven acá... O no vengas; pero, mira. Coge el tomo de la colección de *El Siglo Futuro* correspondiente al segundo semestre de 1878, ábrele por el 19 de Julio, y lee una cabeza de folletín que dice:

•LA MUJER HONRADA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS Y TITULADA «L'HONNÊTE FEMME» (1), POR M. LUIS VEUILLOT, TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR D. RAMON NOCEDAL

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR...

Etcétera; que esto sólo es para probar que el traductor eras tú, el director de *El Siglo*

(1) El pobre Ramoncito creía que no sabía nadie más que él que «l'honnête femme» se traduce *la mujer honrada*: por eso, y para lucir su habilidad, después de haber escrito en castellano el título de la novela, hace constar que en francés se titulaba *l'honnête femme*.

Futuro, en persona, ó en Ramoncito, cuando menos.

Ahora abre el mismo tomo por más adelante, por el 9 de Octubre del mismo año, ó sea por el folletín número 33, el segundo, porque hay dos con este mismo número, y lee todo esto que sigue:

XVIII

PROFESIÓN DE FE QUE HAY QUE OCULTAR

.....

«El gran obstáculo que se opone al logro de este fin, y aun á toda tentativa, es un mal de que todos los otros se derivan, mal tanto más peligroso cuanto menos conocido es, aunque todos convienen en que existe: la irreligión. De ahí el egoísmo brutal del rico y el brutal rencor del pobre; de ahí la ignominia de ese patriciado burgués, que realmente no considera á Francia sino como á una olla grande; de ahí la degradación del pueblo, que parece digno de la servidumbre á espíritus menos preocupados que el de usted y menos apercebidos que el mío; de ahí, en fin, esta nación de individualidades miserables que *se rebullen* como VERSOS SUELTOS en el seno de la inmensa corrupción que las enerva y las mata.»

(*Siglo Futuro* del miércoles 9 de Octubre de 1878. —Folletín 33 (bis), columna primera,

tomo citado, que se halla en la Biblioteca Nacional, y en otras partes.)

Es de advertir que, donde la traducción dice *como versos sueltos*, el original sólo dice *comme des vers*, como gusanos; pero Ramoncito, después de poner, en vez de gusanos, *versos*, les añadió el epíteto de sueltos, sin duda para que pudieran rebullir mejor...

Y ahora, pobre diablo, ¿volverás á decir que es *mentira*? ¿Volverás á decir que he inventado yo lo de los *versos*? Supongo que no lo volverás á decir, ya que no por falta de frescura, por temor de que la formalidad indignada te hiciera comer el periódico.

Por lo que hace al *tollita causa*, recuerda, infeliz, que cuando el Sr. D. Leopoldo Calzado te sacó á la vergüenza ese disparate en *La Epoca*, como estaba el caso tan reciente, no te atreviste á decir que era mentira, y dijiste que era errata de imprenta, con lo cual lo pusiste peor, y *La Epoca* se rió de ti mucho más, haciéndote observar que no es posible que á ningún cajista se le ocurra componer *tollita* si ve escrito *sublata*. No obstante, si tienes mucho empeño en ello, otro día te acotaré la cita, lo mismo que te he acotado ahora la de los *gusanos* convertidos en *versos sueltos*.

Pero ¿qué falta hace probarte que has dicho también ese disparate más, si tú mismo pruebas que no sabes decir otra cosa? ¿Qué falta hace citar números atrasados si en este mismo

número del 1.º del corriente, al querer disculparte del desatino del *tollita*, dices otro mayor al decir *tollitur effectum*?

¡Pedantel! ¿No sabes que en pasiva no hay acusativos regidos por el verbo? ¿No sabes que los acusativos de las oraciones de voz activa, al poner el verbo en pasiva son nominativos, tontín, y por eso se dice *tollitur effectus*?

Pues si no sabes eso, no escribas, á lo menos en latin. De lo malo, más vale que escribas de geografía, aun cuando vuelvas á poner, como este invierno, la estación de El Escorial en la vía de Madrid á Zaragoza. Y no digas que es mentira, porque se va á enterar todo el mundo de que llamas tú mentiras á las verdades, y viceversa.

*
* *

Dispéñseme usted, señor director, que habiendo empezado esta carta hablando con usted, la haya concluído hablando con Ramoncito, y mande á su afectísimo seguro servidor, que le anticipa las gracias y b. s. m. — ANTONIO DE VALBUENA.

III

¿Cuasimodo, eh?

(1902)

¡Buena plancha la que acaba de hacer *El Imparcial* en estos días de carnestolendas, por meterse á hablar del arquitecivo!

En primera plana, y además en letra bastardilla, como para dar á entender que era todo muy interesante, que allí no había más que oro finísimo, que aquello era la quinta esencia del talento, de la agudeza y del buen gusto, comenzó á publicar el Domingo Gordo por la mañana unos articulejos debajo de un rótulo en letras gordas que decia: *Notas de «Cuasimodo.»*

¿De *Cuasimodo*? — dije yo para mí. — ¿Por qué se le ocurrirá hoy á *El Imparcial* hablar del domingo de Pasquilla, si faltan todavía para llegar allá unos ocho domingos?... A no ser que, siendo notas de otra cualquier materia, el que las escribe tenga el capricho de firmarse *Cuasimodo*, y por eso las llamen así... —Miré abajo, y no había firma.

Vamos á ver qué dicen las *Notas de Cuasimodo*... Y empecé la lectura.

Reventando de presunción y en el tono más

satisfecho posible, empezaba el cuasi... erudito de esta manera:

«Durarán sólo cuatro días estas notas en *El Imparcial*...»

Como quien dice:

¡A la miel, á la miel!... ¡Que se marcha el tío!... El que no acuda en estos cuatro días á abrevarse en este manantial de la luz, en este caño de la gracia, se quedará á oscuras y sin saber lo que son primores.

Después del pregón, empezaba el segundo párrafo:

«Confetti, serpentinas, máscaras...»

Pues, señor..., van á ser de Carnaval estas notas... Pero siéndolo ¿las habían de llamar de *Cuasimodo*?... No es creíble...

«Confetti, serpentinas, máscaras... Pasa sobre los pueblos civilizados en estos días una ola de frivolidad. Al ver que llega, los seres de adusto carácter aprietan el entrecejo y lanzan por los ojos *rayos fulmíneos*...»

¡Hombre! ¿*Rayos fulmíneos*?... Bueno; pero le advierto á usted que, como *fulmíneo* es lo correspondiente al *rayo*, lo propio del *rayo*, que es en latín *fulmen*, *rayos fulmíneos* viene á ser lo mismo que rayos *rayíneos*, ó rayos *rayosos*; en fin, albarda sobre albarda.

Y vamos adelante, á ver si damos con la razón del epígrafe.

«Por eso el Carnaval permanece.»

Bueno; que permanezca.

«Por eso durará. (Ya lo veremos). Ya se vis-
»tan con encajes y rosas las damas principa-
»les, y paseen por el Prado y Recoletos en ca-
»rrozas fantásticas el arte, la riqueza y la her-
»mosura, ya se disfracen sólo los pobres con
»miserables andrajos, y no sean *las fiestas de*
»*Cuasimodo* sino un reflejo del hambre...»

¡Las fiestas de *Cuasimodo*! Ya no cabe duda.
¡Este infeliz cree que *Cuasimodo* y Carnaval
todo es uno, aunque *Cuasimodo* sea un poco
más fino, y por eso llama *Notas de Cuasimodo*
á sus apuntes carnavalescos!

No, hombre, no; no lo crea usted. Ni *Cuasi-
modo* es Carnaval, ni el domingo de *Cuasi-
modo*, de que habrá usted oído hablar, es el
Domingo Gordo, ni ese es el camino... Como
no sea para ir á la Academia.

Para eso sí; el mejor camino es decir dispa-
rates.

Lo demás... ¿domingo de *Cuasimodo* el Do-
mingo Gordo? ¡Qué ha de ser, hombre de Dios,
qué ha de ser!... El domingo de *Cuasimodo* es
el domingo primero después de Pascua de Re-
surrección, llamado también vulgarmente de
Pasquilla.

Y le diré á usted por qué se llama de *Cuasi-
modo*, ya que tan atrasado está usted de noti-
cias, para que se fije bien y no se le olvide. Se
llama así porque el introito de la Misa, toma-
do de la Carta primera de San Pedro empieza
con estas dos palabras latinas: *Quasi modo...*

Quasi modo geniti infantes..., etc., que quiere decir: *Como niños recién nacidos...* ó como redactores de *notas de...*, etc., que en algunas cosas están lo mismo que aquéllos.

No son lucubraciones estas de ciencia oculta, sino cosas triviales sabidas de todo el mundo.

Verdad es que, así y todo, no será pecado no saberlas; claro que no. Lo que es pecado, es hablar de ellas ignorándolas; porque siempre es pecado hablar de lo que no se entiende; se habla de lo que se sabe, y nada más; y así no se hacen *planchas*.

¿Que siguiendo esta regla se puede hablar de pocas cosas?... Pues aguantarse, ó haber estudiado.

¡Vamos que llamar fiestas de *Cuasimodo* á las de Antruído!... ¡Y precisamente en *El Imparcial*, en un periódico tan leído por toda clase de personas altas y bajas!

Y á todo esto, ¿no habrá por ahí una alma caritativa que saque de su yerro al redactor y no le deje repetir la *plancha* todos los cuatro días seguidos?

«Durarán sólo cuatro días estas notas...» había dicho *El Imparcial* el domingo al comenzar su *ilustradora* tarea...

—Hombre, querrá Dios que duren algo menos—había dicho yo al leer la amenaza; porque Dios mejora sus horas y los planes sinietros de algunos periodistas...

Amaneció el lunes, pregonaron por la calle *El Imparcial*, le cogí con muchísima curiosidad y hasta con un poco de esperanza... Y ¡otra vez la petulante letra bastardilla bajo el rótulo desconsolador de *Notas de Cuasimodo!*...

¡Dios mío! ¡Qué desgraciado está *El Imparcial!*... ¿Pero qué hace Cavia, el verdadero erudito de la casa, que no alecciona un poco á la gente?...

El caso es que antes *El Imparcial* no solía dar tan graves tropezones. Pero, ¡ya se ve!, ha entrado en la Academia el director; van á entrar algunos redactores también, y se les va pegando la *sabiduría* académica.

En el segundo golpe de notas habla su autor largo y tendido de una carroza parecida á una cazuela de cangrejos, con la cual se cruza por casualidad un automóvil, y hace sobre el caso unas reflexiones cursis en loor del progreso, que... ¡buenos nos ha puesto á fe mía! Como el niño al casado del epigrama de don José Iglesias...

Dice después cuatro soserías sobre una comparsa de ciegos, y al cabo exclama:

«¡Ahí tienen ustedes al hombre-burro!»

Sí, ya le sentíamos venir.. No podía menos... No falta casi nunca... Conque... hasta mañana, martes...

Pero el martes ya no se ve la letra bastardilla ni el rótulo grueso... Ya no hay *Notas de*

Cuasimodo. Los cuatro días prometidos se quedaron en dos, afortunadamente.

No en vano esperaba yo que llegara el tío Paco con la rebaja, ó más bien el alma caritativa con la advertencia...

¡Dios se lo pague!

XVI

ATREVIMIENTOS

(1902)

I

El domingo último fué recibido oficialmente en la Academia de Bellas Artes, que todavía se llama de San Fernando, el escritor *verde* y anticristiano Jacinto Picón, académico ya de la Española de la Lengua.

Su discurso de recepción, que no podía distinguirse por la brillantez literaria, pues el autor no escribe más que medianamente, se distingue por el espíritu sectario que le inspira y por la audacia, por el verdadero descaro con que en él se niega la verdad, aun en puntos en que está universalmente reconocida.

La lectura de semejante discurso en una reunión de personas que pasan por cultas y su publicación á la faz de España cristiana, constituye un atrevimiento rayano á los dominios de la desvergüenza.

Y con ser el discurso tal y tan malo, agrava

todavía sus procacidades la exposición laudatoria que hace de él, en dos columnas mortales de *El Imparcial*, otro académico probablemente.

Merece comentarse, y empieza así:

«Verificóse ayer tarde en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la recepción del *notable crítico y excelente novelista...*»

Como *crítico*, no tiene de notable el señor Picón más que la saña contra todo lo religioso, contra todo lo sobrenatural; y como *novelista*, no sólo no es *excelente* ni con mucho, sino que no es novelista siquiera: es un cuentista soso y pornográfico.

Pero así se escribe la historia.

Y sigue el amigo diciendo que «revistió el acto el esplendor correspondiente á la autoridad de la ilustre Academia y al nombre del nuevo académico», lo cual puede pasar; porque como la *ilustre* Academia no tiene autoridad de ningún género y el nombre del nuevo académico, artística ó literariamente considerado, tampoco significa nada, lo que viene á decir bien leído ese párrafo, es que no revistió el acto esplendor ninguno.

Pasa á hablar del discurso y dice que «es una *hermosa* y elocuente *obra de crítica* llena de *profundos pensamientos* y de *sana y exquisita erudición*»; para inteligencia de lo cual hay que tener presente que entre académicos se suele llamar *hermoso* á lo feo, *crítica* á la

negación sectaria, *profundos pensamientos* á las vulgaridades, *sano* á lo malsano, y *exquisita* á la erudición barata.

Continúa el panegirista diciendo que Picón «expone sus ideas en estilo *castizo*», lo cual no se puede dejar correr sin la advertencia de que hay académicos que llaman *castizo* á lo *cruzado*.

Añade que Picón «dice cuanto sabe (que no es mucho) y cuanto entiende (que aún es menos), *rompiendo* con todos los *convencionalismos dominantes*»; en lo cual incurre el amigo en una equivocación bien grave... A no ser que él llame *convencionalismos* á los dogmas, que son los que Picón quiere romper; pues, al contrario, con los verdaderos convencionalismos sigue estando muy encariñado; por ejemplo, con el de que los académicos se llamen sabios unos á otros.

Y vuelta al discurso diciendo: «El discurso que ayer se leyó en la Academia de San Fernando no será ciertamente de los que pasen inadvertidos».

Claro que no. Porque *El Imparcial*, que circula mucho, tratando de él con tanta extensión y con tanto bombo, hará que sus lectores le recuerden. Al menos como *lata*.

«El *distinguido público* que llenaba completamente el local de la Academia...»

Esto tiene traza de ser cierto... Alguna cosa que fuera verdad había de decir el encomiador

de Picón, y ésta lo debe de ser... Teniendo en cuenta que el local de la Academia, como no es grande, se llena pronto, por lo que el público que llenaba el local era casi todo de académicos, y los académicos se suelen distinguir del resto de los mortales, aunque no sea más que por su ignorancia, realmente era un *público distinguido*.

Añádese que éste «interrumpió varias veces con aplausos la lectura», lo cual sería verdad porque es costumbre; y que «al final el nuevo académico fué objeto de una *entusiasta y prolongada* ovación», lo cual también se puede admitir sin más enmienda que la de poner, en vez de *entusiasta y prolongada*, obligada y convenida.

«Realmente — continúa — y *sin que haya en nuestras palabras cosa alguna que no sea el reflejo de la realidad...*»

Esto prueba que hay en sus palabras mucho que no es el reflejo de la realidad, porque en otro caso no necesitaba hacer tales protestas. *Excusatio non petita...* ya se sabe.

Y sigamos. «Realmente, y sin que haya, etcétera, el discurso del señor *Picón* causó *impresión profundísima*.» Lo cual quiere decir que, á lo menos, entre aquel *distinguido público* de académicos no causó el discurso impresión ninguna.

Cuando el expositor tiene que emplear tales superlativos...

Ahora, en el público ilustrado de fuera que haya leído en el periódico lo principal del discurso, no hay duda que habrá producido impresión, y muy desagradable.

Según el cronista, «después de consignar breve y justo elogio de su antecesor D. Leopoldo Augusto... (etcétera, que no era más que un pobre hombre), entra el Sr. Picón á exponer el tema de su discurso: *Observaciones acerca del desnudo y su escasa representación en el arte español.*»

¡Ahí le duele al nuevo académico!

El que haya tan poco *desnudo* en el arte español, que es esencialmente cristiano, constituye para Picón una desgracia de la que no puede consolarse.

Porque Picón, igual que alguna otra persona que ahora no es menester nombrar, tiene la manía de lo obsceno, y, como escritor, vamos, como mal escritor, parece que se ha impuesto la misión especial de popularizar y de aclimatar la lujuria, escribiendo *verduras* insoportables en las novelas y en los cuentos, para que el público se vaya acostumbrando á esas cosas y se hagan comunes y corrientes.

Misión bien triste por cierto.

II

Enunciado el tema de Picón, ya pueden los lectores figurarse lo que será el discurso: un himno desvergonzado á la impureza; un ataque necio al arte cristiano, y una apología del paganismo.

Lo que no podrán figurarse fácilmente es el extremo hasta donde lleva su saña antirreligiosa, ni el desahogo con que niega la verdad siempre que le estorba para sus fines...

Lamentándose amargamente de la castidad y pureza de nuestro arte, dice:

«En Italia, en los Países Bajos, en Alemania, en Francia, doquiera se ha desarrollado la pintura y la estatuaria, *el desnudo* ha producido muchas y *admirables* obras (*no las habrá producido el desnudo; las habrán producido los pintores*); aquí el desnudo, *á pesar de nuestra gloriosa tradición*, es en el cuadro y en la estatua un detalle, rara vez la estatua ó el cuadro todo.»

Afortunadamente. Y no *á pesar* de nuestra gloriosa tradición, sino precisamente por ella y en armonía con ella.

Precisamente por nuestra gloriosa tradición artística, pura y espiritual, es por lo que las desnudeces impúdicas no mancharon nuestro arte, á lo menos en la época de su mayor flore-

cimiento. Ya en la decadencia fué cuando pagó tributo á esas malas inclinaciones el escéptico Goya, que debía de ser una especie de Picón, aunque algo miedoso y contenido por los saludables frenos inquisitoriales.

En párrafos que no me atrevo á reproducir, ni aun para censurarlos, por temor de ofender á los lectores, trata el nuevo académico de explicar lo que es el desnudo en el arte, párrafos de los que el otro académico expositor en *El Imparcial* dice que son *de la más exquisita literatura*, con lo que sigue haciendo recordar el proverbio latino que dice, ó puede decir: *Academicus academicum fricat*, ó la conocida fábula de D. Manuel Fernández y González.

Habla luego de dos *corrientes* (después resultan *elementos*, el jónico y el dórico), que contribuyen á elaborar el espíritu helénico, y se le hace la boca agua diciendo que «allí la religión y la poesía se confunden, porque los poetas son los que dan forma á las creencias». Y estas son las únicas creencias que le gustan á Picón, las formuladas por los poetas, que no obliguen á nada.

Del primero de aquellos elementos, dice que «engendra dioses que pueblan el Olimpo, gobiernan el mar y bajan á la tierra, *haciéndola teatro de sus amores*», libres, por supuesto, que es como Picón quiere que sean; y del segundo, dice que «produce atletas y guerreros que se educan para ser hermosos», y lo mejor

de todo es que «unos y otros» dioses y guerreros «andan por el mundo desnudos».

Este es, por lo visto, el ideal de Picón y de su encomiador en *El Imparcial*; que ande la gente desnuda por el mundo. Para eso va el uno á perorar á la Academia de Bellas Artes, y pondera el otro su perorata á los lectores del periódico; para ver si consiguen que se supriman los vestidos.

No lo conseguirán, Dios mediante, acá en estas tierras; pero tienen un medio fácil de darse gusto, á lo menos, en parte. Como quiera que ese ideal es todavía lo práctico y corriente en algunas tierras habitadas por salvajes, que andan desnudos ó con muy poca ropa, pueden irse allá á hacerles compañía, al centro de Australia ó al extremo meridional de América, para que no les cause horror el vestido.

Lo que sigue en el discurso no se puede copiar ni comentar siquiera.

Dando un gran salto para salvar párrafos verdaderamente fangosos, se llega donde el encomiador de Picón pregunta con una candidez increíble:

«¿Por qué el triunfo del Cristianismo significa la desaparición del desnudo en el arte?»

¡Tomal... Porque era una porquería.

Parece mentira que ni al encomiador ni al encomiado se les haya ocurrido esa razón tan clara. Pero es lo cierto que no se les ocurre, pues el nuevo académico trata de explicar el

fenómeno, y para ello razona, digámoslo así, del modo siguiente:

«... Parece que la inteligencia humana, apartándose de lo racional, se deja absorber por lo teológico.»

Así. Ya lo saben ustedes: lo teológico no es racional; lo *racional* son los amoríos impuros de los falsos dioses y de los héroes que, con gran contentamiento de Picón, andaban desnudos por el mundo. Lo teológico no es racional, sino irracional: así lo dice Picón, que, seguramente, no ha saludado á la Teología, pero... por eso lo dice.

Y añade inconsolable el hombre:

«El símbolo transparente es reemplazado por el misterio impenetrable: los filósofos enseñan la austeridad y el desprecio de la dicha...» De la falsa dicha, que los paganos griegos y el paganizante Picón hacen consistir en los sucios placeres de la carne; pero no de la dicha espiritual, de la dicha verdadera.

Luego se lamenta el académico de Bellas Artes de que muriera el Dios Pan, y sigue:

«Los oráculos enmudecen, el mirto sagrado se seca en los jardines de Pafos, y allá, en los pedregales de Galilea, surge la creencia nueva, la religión que santifica el dolor, castiga el cuerpo y convierte en valle de lágrimas la tierra.»

No; la tierra ya era valle de lágrimas: la creencia nueva, la religión cristiana no con-

virtió la tierra en valle de lágrimas, porque lo era ya; lo que hizo fué enseñar á los hombres á mirarla y considerarla como era realmente. Y además enjugarles las lágrimas con la esperanza del cielo.

Por lo demás, merece notarse que el suceso que entristece á Picón, eso de que los oráculos enmudecieran y el mirto se secara, etcétera, etc., que eran las señales de que iba á surgir la verdadera religión, de que se aproximaba la Redención divina, causó alegría general en el mundo. El mismo Virgilio, poeta pagano, cantaba entusiasmado la transformación universal, diciendo:

*Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo...
Jam nova progenies cælo demittitur alto.*

No se olvide. Virgilio, poeta pagano, se alegraba del avocamiento del mundo al Cristianismo. Picón, liberal, que no es poeta, pero que fué bautizado é iniciado en la vida espiritual del cristianismo, se entristece con la transformación cristiana, y la deplora.

Y el cronista de *El Imparcial* le alaba el gusto.

III

Después de dolerse Picón muy amargamente de que «en los pedregales de Galilea surgiera la religión que santifica el dolor», es decir, la religión cristiana, la civilizadora del género

humano, la amante redentora de los esclavos y de los pobres, soltó la siguiente barbaridad, que es, sin duda, una de las mayores que se han dicho en el mundo:

«Vencido el politeísmo, el arte muere.»

Así, en seco.

¡Y eso se ha dicho en la Academia de Bellas Artes de una nación cristiana, de la nación cristiana por excelencia! Y los académicos y los convidados oyeron la blasfemia sin estremecerse, sin protestar con estrépito. Pero ¿qué habian de protestar, si, según el cronista de la hazaña, premiaron con aplausos al energúmeno...?

¿Qué Academia de Bellas Artes es esa que oye callada y hasta complacida decir que el arte murió con el politeísmo? ¿Es que no queda en ella ningún cristiano? ¿Es que ya no hay allí nadie con buen sentido ni con entendimiento?... Porque estas solas condiciones bastaban para no asentir á tan gran disparate, á tan gran falsedad estética é histórica.

Nada: el arte murió con el politeísmo. Fuera de aquellas sucias representaciones de los goces sensuales; fuera de aquella falsa religión que consistía principalmente en imitar y adorar á las bestias, no hay nada hermoso. En el Cristianismo no hay arte, ni cosa que lo valga. Los cuadros y las estatuas de la Edad Media que elevan el pensamiento y el deseo al bien infinito, no son obras de arte; ni Fray Angéli-

co fué pintor, ni Dante fué poeta, ni las vidrieras ni la sillería de la catedral de León son obras artísticas, ni la misma catedral es hermosa...

¡Así lo dice en la Academia de *Bellas Artes* un nuevo académico; y los demás le escuchan, le aplauden y le abrazan dándole la bienvenida!...

¿Qué amor tendrán á las bellas artes, ni qué entenderán de bellas artes los que escuchan y no rechazan con indignación esas majaderías alevosas?

Después, el rabioso anticristiano se consuela un poco de la aparición de la creencia cristiana y de la muerte del politeísmo, que para él es la muerte del arte, pensando en que vendrá el renacimiento, y «todo lo que hizo Grecia será considerado divino (por los sectarios y los papanatas), y las estatuas roídas por el tiempo..., los relieves partidos y hasta los utensilios domésticos se buscarán á modo de reliquias»; pero no se consuela del todo, porque ¡ay! «el arte que los había creado no volverá á ser un sentimiento que, como en Grecia, *constituja parte de la vida colectiva.*» Esto es lo triste y lo desconsolador para Picón: que á pesar del llamado renacimiento (que fué un verdadero retroceso artístico), los pueblos no hayan vuelto al politeísmo, no hayan vuelto á vivir á lo pagano; aunque ya, desgraciadamente, poco les falta.

Ese, sin duda, es el *desideratum* de Picón y de sus amigos: que los pueblos, desterrando por entero el vestido y el pudor, vivan como rebaños de bestias, cuya suerte parece que envidian esos neopaganos allá en su interior; y abiertamente también alguna vez, como envidiaba Taine la felicidad de una piara de cerdos que se revolcaban en un llamardo (1).

Y, abiertamente, también envidian la felicidad de los animales algunos versificadores (no quiero darles el nombre de poetas, porque son todo lo contrario de la poesía), algunos versificadores americanos, modernistas ó decadentes, que no encuentran en la creación nada más hermoso ni más merecedor de sus himnos que el marón, el toro y el verraco... ¡Ah! estas aberraciones eran las que hacían exclamar á Donoso Cortés con intensa amargura: «Yo no sé si hay algo debajo del sol más vil y despreciable que la humanidad fuera de las vías católicas» (2).

«El renacimiento—continúa diciendo Picón, sin consolarse del todo—nos devolverá los dioses restaurados sólo para la *cultura literaria*; no tornarán enteros y gloriosos... no resucitan más que en la mente de *los poetas*.»

De los poetastros querrá decir. Porque los verdaderos poetas, dentro del Cristianismo,

(1) *Viaje á los Pirineos*.

(2) *Ensayo sobre el Catolicismo*.

tampoco han hecho caso de esas ridículas antiguallas. Y menos desde que Zorrilla, el mayor de todos, dijo en hermosísimos versos, que á Picón no le gustarán, de seguro:

Que el rayo vivo de la fe cristiana
Cegó las musas y quemó el Parnaso.

Y ya que he citado á Zorrilla, á cuyas sublimes leyendas, saturadas de espiritualismo, de poesía y de inspiración cristiana, se ha atrevido á poner un prólogo poco hace el anticristiano y materialista Picón, por encargo, sin duda, de algún editor poco entendido; ya que he citado á Zorrilla, verdadero artista, he de oponer á la desautorizada opinión estética, ó antiestética, del paganizante Picón, los juicios que el gran poeta emitió en la dedicatoria que del segundo tomo de sus versos hizo á sus amigos D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Díaz.

«Al publicar el segundo (tomo) he tenido presente dos cosas: la Patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que *mi religión encierra más poesía que el paganismo...* Creo que vale más nuestra María llorando, nuestra severa Semana Santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas lupercales y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Plutón...»

Y cuidado, que Zorrilla no era un crítico huero que hablara por hablar, sino un poeta que confirmaba con obras sus apreciaciones; pues á continuación de los juicios transcritos sobre las bellezas de la religión cristiana, dió al público *El día sin sal* (la famosa paráfrasis del *Dies irae*), *La Virgen al pie de la Cruz* y la leyenda *A buen juez, buen testigo*, tres obras de las mejores que se han escrito en castellano.

Continúa doliéndose Picón de que las estatuas clásicas resucitadas tuvieran que «refugiarse en los palacios de los ricos», porque el pueblo no comprendía su hermosura (naturalmente), «hasta que en nuestro siglo tienen que venir á formarse en las frías salas de los museos, donde el público *las visita sin emoción* de tarde en tarde, *avergonzándose* de aquella desnudez que en otro tiempo pareció sagrada».

A papanatas y académicos solamente.

De los anteriores párrafos de Picón dice su servil jaleador, después de llamarlos *hermosos*, que están *inspirados en el más noble culto del arte.*» Por donde verán los lectores que el tal encomiador resulta aún más antipático que el encomiado.

Después dice el mismo encomiador que la falta de espacio le impide transcribir «el párrafo inolvidable en que Picón presenta lo que es *el arte triste y pavoroso de la Edad Media.*» ¡Bueno será el párrafo!

Y sigue el encomiador su tarea ridícula:

«Hablando de los grandes pintores de nuestro Siglo de Oro, *prueba* Picón (no es verdad, no lo prueba, lo dice porque quiere, sin probarlo) que las leyes no les concedieron protección equivalente á su mérito, y los príncipes de la Iglesia tampoco fueron protectores de las bellas artes.»

Esta insistencia en negar la verdad con desesperación de condenados, no merece más contestación que el desprecio... La Historia dirá que un rey de España se agachó al suelo para coger un pincel que se le había caído á un pintor, y se le dió á la mano; pero este y otros hechos no pueden impedir que un infeliz, ó dos infelices, enemigos furiosos de la monarquía cristiana, digan que nuestros reyes no consideraron ni protegieron á los pintores; «que pudieron ciertos monarcas mostrar afecto personal á determinados artistas, pero comúnmente les consideraban como simples oficiales de manos, y no les abrumaban con dádivas».

Por lo regular, todas las mejores obras literarias llevan en sí la prueba, en la dedicatoria, de que los príncipes y los señores cristianos tenían bajo su protección á los buenos escritores. Pero esto no impide que un escritor malo, como Picón, y otro peor, que no firma, llenos de odio á la monarquía y á la Iglesia, aseguren que ni los príncipes ni los señores, seculares ó eclesiásticos, protegieron á los ar-

tistas y á los escritores de mérito, que no *les abrumaron con dádivas...*

No. ¡Si fuera ahora! Ahora sí que los gobiernos protegen á los escritores y á los artistas...

¡Qué rico y qué mimado de la fortuna murió Zorrilla en plena época moderna!

Y eso que era una gloria nacional, si las ha habido.

Y si no se murió de hambre, fué porque unas señoras ilustres se asociaron para suplir las deficiencias del Gobierno, para pagarle una modesta pensión anual, que no quisieron votar las Cortes liberales, esas Cortes que ordinariamente votan tantos y tan injustos despilfarros.

IV

Siendo el propósito de Picón cantar las excelencias del desnudo y dolerse de su escasez en nuestro arte, seguramente no se les alcanza á mis ilustrados lectores cómo pueda conducir al desarrollo de ese tema ó á la demostración de esa tesis la falsa afirmación de que los católicos monarcas españoles de los siglos XVI y XVII no protegieron á los artistas, así como tampoco los señores seculares ni los príncipes de la Iglesia.

Sin embargo, ya han visto cómo y con qué ardimiento afirma Picón esa contraverdad ya desmentida por la historia. Y es que para Pi-

cón no hay apuradamente más tesis que el anticristianismo: y con tal de rebajar á los grandes reyes cristianos que mantuvieron la pureza de la fe católica contra la invasión protestante, contra la perfidia judía y contra la corruptora levadura morisca, con tal de hacer pasar por egoístas ó ignorantes ó poco cultos á aquellos monarcas y á los altos dignatarios seculares y eclesiásticos que les ayudaron en la santa empresa, no vacila en aducir argumentos falsos, que él mismo se encargará de refutar muy pronto.

En seguida; porque en el párrafo inmediatamente inferior al en que desatentadamente niega la protección de los reyes y señores cristianos á los artistas, dice:

«De los encargos de la *clerecía* ó de gentes dominadas por ella, vivían principalmente pintores y escultores.»

¿Que cómo se compone esto con lo de más arriba?... En realidad no se compone de ninguna manera; pues la verdad no se puede componer con la mentira, y esto es verdadero y lo otro es falso. Pero allá en la mente del autor, y conociendo su rabia anticatólica, se compone todo perfectamente.

Arriba, queriendo arañar á los reyes y señores cristianos por el pecado de serlo, los acusó de no proteger á los artistas; abajo, queriendo echar á la religión la culpa de lo que él llama atraso y retroceso del arte, confesó la protec-

ción que antes negara, y dijo que pintores y escultores vivían de la protección del clero y de las personas adictas á la Iglesia.

¿Qué necesidad hay de refutar las afirmaciones de Picón, si las refuta él mismo?

Primero:

«Los reyes no concedieron á los pintores protección... Los príncipes de la Iglesia tampoco fueron protectores de las bellas artes...»

Y después:

«De los encargos de la clerecía y de las gentes dominadas por ella vivían principalmente pintores y escultores...»

¡Qué lucidos quedan Picón y su panegirista!... Ya lo dijo el Profeta:

El *mentita est iniquitas sibi* (1).

En el párrafo en que confiesa Picón que el clero y los buenos creyentes cristianos eran los que sostenían en nuestro siglo de oro á pintores y escultores, añade, para explicar que no pintaran profanidades:

«*Acaso* muchos (pintores) soñaran con pintar á la diosa del amor en la umbría de una regalada floresta y tuvieran luego que ponerse á trabajar en macilento ermitaño de los que esperaban la muerte en la lobreguez de una *espelunca*...»

En castellano se dice cueva; pero si el autor

(1) Psal. XXVI, 12.

no usara pedanterías, ¿en qué se había de conocer su calidad de académico?

Por lo demás, la suposición de Picón es gratuita: porque nuestros pintores solían ser, por fortuna suya, tan cristianos como los que les encargaban y pagaban las obras.

Pero él se encuentra con la escasez del desnudo, vamos, del desnudo lúbrico, del desnudo puerco, pues el desnudo penitente y ascético abunda en nuestro arte; se encuentra, digo, con la escasez del desnudo obsceno, y por no echar á los artistas la culpa de esa que él cree falta, se la echa al clero y á las demás personas piadosas que pagaban los cuadros. Lo mismo da; pero conste que la suposición de Picón es infundada y es injuriosa para los pintores y escultores cristianos.

Aquí entra en funciones otra vez el ensalzador de Picón, que casi hace bueno al ensalzado, pues dice:

«Es el discurso del señor Picón, como se ve, una *prueba evidente y solemnisima* (¡mentira! no es ni prueba siquiera) de que en aquellos tiempos *que todavía alguien llamaba gloriosos*, de la vida española, el arte se hallaba supeditado á la *ignorancia frailuna*, á una falsa y equivocada devoción y á los excesos de un misticismo suicida.»

¡La ignorancia frailuna! Si mis lectores supieran quién es el autor de estas arrogantes

majaderías, estoy seguro de que les había de hacer muchísima gracia la frase.

Yo, aunque tampoco sé quién es, lo sospecho; pero como no lo puedo afirmar, no se lo digo.

Únicamente les diré que si el que habla de la ignorancia frailuna es quien yo sospecho, no hay necesidad de citarle frailes como Santo Tomás de Aquino, Suárez, Soto, etc., etc., para confundirle, sino que se le puede contestar diciéndole que, entre todos los frailes que ha habido en el mundo, incluyendo por supuesto á los legos de todas las órdenes, seguramente no ha habido uno solo que no haya sido más sabio que él, ó hablando con más propiedad, menos ignorante.

Aparte de esto tiene gracia también lo que dice de los tiempos *que todavía alguien llama gloriosos* (los siglos XVI y XVII) de la vida española. Por lo visto el *sabio* incensador de Piñón no se lo llama. Y es natural: él llamará *gloriosos* á los tiempos de ahora, á los de Cavite y de Santiago de Cuba.

En aquellos tiempos éramos los dueños del mundo, y ahora somos su ludibrio y su befa. Pero ahora puede llegar á académico cualquier ignorante, y hablar luego con mucho pescuezo contra la *ignorancia frailuna*.

Y sigue todavía.

«La Inquisición»... (¡qué falta nos está haciendo!)... «La Inquisición remató la obra; crí-

ticos y tratadistas fanatizados la consumaron y el resultado de tales campañas fué que la inspiración de los grandes pintores del siglo XVI se vió *reducida* á límites estrechos y *reducidos*.»

¡Anda, salero!... «*reducida* á límites estrechos y *reducidos*.»

¡Y este *sabio* que así escribe es el que habla de la ignorancia frailuna y truena contra ella! ¿En qué libro de fraile ha leído él una *belleza* como esta suya?

Y sigue:

«Por eso añade Picón, tras larga prueba, que lo es de su doctrina y de *su ciencia*...

¡Dios mío, *la ciencia* de Picón!... ¡Es claro! tras de la *ignorancia frailuna* tenía que venir la *ciencia de Picón*, porque de las barbaridades se puede decir lo que de las cerezas tirando de una, salen enredadas una docena. ¡*La ciencia* de Picón! Vamos... ¿Se han formado mis lectores idea de la *ciencia* del incensador de Picón, *ciencia reducida* á límites estrechos y *reducidos*, como él dice?... Pues la de Picón es así al consonante.

Y Picón es ahora el que dice:

«Por eso el desnudo de nuestra pintura y escultura en el siglo XVII es desnudo de mártires. San Andrés, descuartizado; San Bartolomé, desollado; San Esteban, apedreado...»

¡Ah! ¿Conque no es tan escaso el desnudo en nuestro arte como Picón decía primero...?

No es tan escaso: en nuestro arte hay desnudo, sólo que no es el desnudo pornográfico que á Picón le gusta; es el desnudo penitente, es el desnudo de mártires, que él no puede sufrir; por eso continúa malhumorado el párrafo condenatorio del desnudo santo, diciendo:

«Santa Catalina llena de llagas, Santa Lucía vacías las cuencas de los ojos... hasta la infancia contribuye al dolor universal con Santos Justo y Pastor y con el degüello de los inocentes.»

¡Horror! El degüello de los inocentes... pintados... Claro que á Picón y á los descreídos como él no les puede gustar eso, porque no les gustan los degüellos pintados.

Si fuera á lo vivo, como el degüello de los frailes, ya era otra cosa.

Sigue lamentándose Picón de la poca fortuna que tuvo la pornografía en España en los buenos tiempos del arte, y dice:

«De 517 cuadros que hay en el Museo de Madrid, 224 son de religión y piedad (¿duele, eh?). Para todos los demás géneros sólo quedan 393, en su mayoría retratos de personas.»

Picón se maravilla de esa preponderancia de los asuntos religiosos porque es ateo, ó cosa así, pero no hay motivo para maravillarse.

Siempre ha sucedido lo mismo.

También las estatuas griegas eran asuntos de religión, sólo que eran de religión falsa... El mismo Picón, cuando clama por la pintura

y por la escultura obscenas, lo hace porque á la obscenidad rinde culto.

Quédan todavía en el discurso de Picón y en el elogio que de él hace su amigo muchas cosas dignas de severa censura; pero la refutación minuciosa de todo lo que en ambos escritos la merece bastaría por sí sola para llenar un libro.

XVII

A DOÑA EMILIA

Donde se halle.

(CARTA DE LA GARDUÑA.)

Respetable señora mía: Desde el desván oscuro y telarañoso de un antiguo parador de la carretera de Madrid á la Coruña, me acabo de enterar hoy mismo de que usted cree que yo tengo alas, y vuelo cuando se me antoja...

¡No fuera malo!...

Pero desgraciadamente no es así... Y no queriendo dejar á usted en error tan grave, allá van estas cortas letras á sacarla de él, si es posible.

La cosa ya no es reciente, por lo visto. Cinco años y pico diz que hace ya que usted soltó esa especiota disparatada en un periódico de esos que llaman *ilustrados*; pero yo no lo supe hasta ahora.

Y no debe usted extrañar mi atraso de no-

ticias, ni argüirme por él; pues si yo he tardado más de cinco años en enterarme de que usted ha dicho que tengo alas, mayor es el atraso de usted, que ha tardado más de cincuenta en enterarse de que no las tengo.

Aparte de que mi tardanza es más disculpable. No soy aficionada á la lectura, y menos á la de papeles así de poca sustancia; pero aunque lo fuese, tampoco tendría muchas ocasiones de leer, andando como tiene una que andar casi siempre al salto de mata. La noche la paso cazando, sin luz ordinariamente y sin periódicos, y el día le suelo pasar en este desván, que, como dejo dicho, está oscuro... y no huele á queso siquiera... De modo que aun ha sido pura casualidad el enterarme ahora.

Verá usted cómo y de qué manera.

El vecino de abajo, el del parador, en vista de lo malo que iba su oficio, pues ya no pasa una alma por la carretera, ha tenido que dedicarse á la caza...

Bueno, quiere decirse que á la caza también se dedicaba ya antes, como usted y como yo y como todo el mundo: él á la caza de pasajeros; usted á la de lectores y de cosas que dar á leer; yo á la de pollos y gallinas y lo que caiga...

Pero, en fin, el caso es que el mesonero, viendo que apenas paraba un viajero á quien desplumar, se ha dedicado á desplumar perdices, ó más bien á matarlas para que otros las

desplumen y las coman después que se las compren.

Uno de estos días pasados, en cuanto empezó la veda, que es cuando se venden más y mejor, se fué á Madrid á vender una piña, y acertó á cruzar la Puerta del Sol á la sazón en que un gandulejo, de esos que llaman *golfos*, vendía allí números sobrantes del *Blanco y Negro*, pregonándolos con voz chillona:

—¡Tres por un perro chicooo...! ¡Tres por un perro chicooo...! ¡Números diferentes con infinidad de estampas y grabados...! ¡Tres por un perro chicooo...! ¡Que esto es de balde! ¡Tres por un perro chicooo...!

Le chocó al hombre la baratura, y acordándose, como Julián el de la *Verbena*, no de que tiene madre, porque no la tiene ya, pero sí de que tiene hijos pequeños, pagó su perrín, cogió sus tres números y los trajo á casa para que su consorte entretuviera á los niños enseñándoles los *santos*...

Ayer tarde llegaron aquí unos señoritos cazadores, con objeto de tomar el tren mixto en el vecino apartadero de Las Matas, para volverse á Madrid; y como supieran que el tren venía retrasado aún más que lo de costumbre, mandaron á la mesonera que les hiciera de merendar, poniéndose entre tanto á hojear aquellos cuadernos que andaban rodando por los escaños de la cocina, sin que les hicieran ya caso los rapaces.

Escuchábales yo desde mi desván la conversación, y les oí luego dar grandes risadas.

—¡Ja ja ja ja!... ¡Mira que poner alas á la garduña y asegurar que vuela!—decía uno.

—¡Qué atrocidad!—añadía el compañero.—Sólo á ella se la podía ocurrir semejante desatino; pues seguramente no hay nadie más que ella en España que no sepa cómo es la garduña...

¿Quién será *ella*?—decía yo para mi coleteo, y seguía escuchando.

—¡Pues, anda, que el ilustrador!...—continuaban.

—¡Sí, también estará buen pollo; que pone allí arriba por garduña un avechucho volando!...

—Tal para cual... ¿Y qué diremos del periódico que lo publica?...

—¡También el tal periódico tiene buen saque!... ¡Ja ja ja ja! ¡Pues esta es otra!... Aquí, en el mismo número, que es el del día 2 de Mayo...

—Día de víctimas...

—Sí, del día 2 de Mayo de 1896, aquí en este fotograbado de la portada, que se titula *Mes de María*, debajo de esta Imagen de la Virgen rodeada de ramos y flores, se lee: ¡REGINA CÆLIS!...

—¡Qué barbaridad!... ¡Ja ja ja ja! ¡*Regina Cælis!*... ¿Y ese es el periódico que ha hecho casa nueva?...

—Sí, hombre; pero has de considerar que para hacer casa nueva no se necesita saber latín... ni castellano... ni historia natural, sino tener dinero...

Se marcharon los cazadores después de mendar, y me quedé yo en mi escondite, muerta de curiosidad por saber quién me había hecho el regalo de las alas; pero no tardé mucho en averiguarlo. Verá usted por qué casualidad lo he aprendido.

Anoche, después que yo salí de garveo, se la ocurrió á la mesonera asar en el rescoldo un chorizo para que hoy por la mañana le llevara su marido de merienda al monte, y le envolvió en uno de aquellos papeles previamente mojado. Pero en cuanto le sacó de la lumbre y se descuidó un poco, un gatazo que tiene, muy goloso, la hurtó la vuelta y aun el chorizo, trayéndole con envoltura y todo aquí al desván, donde le desenrolló del papel haciéndole rodar y le cenó tranquilamente.

Cuando, ya contra la mañana, volví yo á mi retiro, perseguida por un perro guto que me había sentido andar al olismo de una manada de pollos, encontré aquí el papel empientonado y grasiento; y un rato más tarde, á la luz del primer rayo de sol que entró por una rendija, me puse á leerle y me enteré de que á usted se referían en sus burlas los cazadores, y de que usted ha dicho efectivamente que yo tengo alas...

¡Ay! No, señora, no: créame usted... ¿Qué más quisiera yo que tener alas? ¡Cómo me reiría de los perros y de todo el mundo!... Mas por desgracia, no las tengo.

Tampoco usted las tiene; ni las materiales del ave, ni las metafóricas del genio. Pero usted, bien mirado, no las necesita...

¿Qué falta la hacen á usted las alas?... Usted es una señora y tiene dinero... Cuando la conveniencia ó la vanidad se lo piden, ó lo que es lo mismo, cuando á usted se la antoja, se pone en el tren expreso y se va á París de Francia en un periquete... Ojea usted sin zozobra los escaparates, porque como va usted bien vestida, vamos, con buena ropa, nadie desconfía de usted... Hace usted presa en Ozanam, en Montalembert, en Emilio Zola, en Melchor de Vogüe... y se vuelve usted á Madrid tranquilamente, trayéndose en el baúl las piezas á casa. Algún tiempo después pone usted á la venta el *San Francisco*... los *Pazos de Ulloa*... la *Novela en Rusia*... y tan cam-pante.

Eso es cazar á gusto, señora, y no como yo, la triste de mí, siempre acechada y perseguida y acosada, no tanto por el daño que pueda hacer, cuanto por lo mucho que todos estiman mi pellejo; aun más que yo misma, y eso que le estimo bastante...

Sí; crea usted que con eso de valer tanto mi piel, los cazadores pobres, por ver de ganar

cinco ó seis duros, no me dejan ni á sol ni á sombra...

Y luego, como todo el mundo me conoce tanto, menos usted, y todos saben mis costumbres, mis aficiones y mis maturrangas, toman precauciones contra ellas, y por dondequiera tropiezo con dificultades y peligros.

Si trato de subirme á un palomar, me encuentro á lo mejor con una cantonera de hojalata, donde se me resbalan las uñas, y de allí no paso. Si voy á entrar en un gallinero, casi siempre hay algún perro en el corral, que apenas me siente se lanza tras de mí, me inutiliza la maniobra y me da un susto... ¡Ay! y gracias que el mejor día no tropiece con un cepo, donde quede presa y las pague todas juntas...

Verdad es que esto también la quiso ya suceder á usted, cuando aquel Icaza... ¡I-caza se había de llamar! la cazó á usted los plagios y se fué al Ateneo á enseñárselos á la gente.

Lo cual, aunque materialmente no la produjera á usted ningún quebranto, no dejaría de molestarla y causarla desasosiego.

Por lo menos á mí, cuando al rondar un gallinero con malos fines, ó al acabar de apoderarme de una gallina sorprendida en el nido, me denuncia un perro ladrándome, y se alborota la casa y sale la gente y arman una gritería contra mí llamándome plagiaria, ¡me da una vergüenza!..

Volviendo al cuento de usted, en el que dice

que yo tengo alas, oí decir á aquellos cazadores madrileños que era muy soso, y la verdad es que á mí también me lo parece. No soy erudita, ni gana; pero el simple sentido natural me hace descubrir allí muchos yerros graves.

Aparte del de adjudicarme las alas, que es de órdago.

Parece mentira que usted me desconozca así, cuando todo el mundo me conoce, y hasta creo haber oído que hay un libro titulado así como... *Zoología*, de un tal Pérez Arcas, que trae mi retrato y me describe con todos mis pelos y señales. La recomiendo á usted su lectura, mi señora doña Emilia; porque, mire usted, si le hubiera usted leído antes de escribir el dichoso cuento, no diría usted en él las cosas que dice.

En primer lugar, no querría usted hacerme tonta, porque en verdad, no lo soy, ni lo he sido nunca.

Quien lo es de remate es el guardia civil que cuenta el cuento, al que le hace usted decir: «pensé para mí»... ¿Para quién había de pensar? Para sí piensa todo el mundo. Usted ha oído y leído: «*dije para mí*», lo cual está bien, porque uno puede decir una cosa sólo para sí, ó decirla también para otros. Pero «*pensé para mí*», es un disparate, porque no se puede pensar de otra manera. No hay que confundir las cosas.... ni los verbos.

También hace usted decir al tonto del sar-

gento que el señorito «levantó la cabeza y se puso á registrar el cielo», preguntando luego al motril: «¿No ves allí á esa bribona?» (¡Gracias por el favor, señora!) Y como el motril le preguntara «á quién» contestó el señorito: «A la garduña... mírala, mírala.»

¿De modo que usted cree que el señorito me vió en el cielo?

...¡Buenas y gordas!... Nunca subí allá, ni subiré... Y á usted la costará trabajo. Lo que es como siga usted escribiendo novelas naturalistas...

También levanta usted otro falso testimonio á los cuervos, diciendo que comen á los labradores el trigo recién sembrado.

¡Pobres cuervos! ¡Así se escribe la historia... natural!

Puedo asegurar á usted que no lo prueban. Si acuden á las heredades recién aradas, es á comer sapos y morucas y otros gusanillos que han quedado arriba; pero granos no: los cuervos son carnívoros.

En cambio también dice usted que yo como sapos, y también se equivoca usted en esto. Yo no como esas porquerías, sino gallinas y pollos, y huevos y otros bocados exquisitos.

Más adelante dice usted que otro día, que el señorito no tenía escopeta, estuve más de una hora suspensa en el aire (¡yo, la garduña!) burlándome de él, fija, muy baja, *haciendo la plancha...*? No es verdad. Eso sí que no se lo con-

siento á usted ni se lo perdono. ¿Yo haciendo la *plancha*..? He oído que las hacen algunas personas, pero lo que es yo... jamás en mi vida.

Todavía dice usted que el señorito me mató al vuelo (á mí, á la garduña... ¡para él estaba!) y que caí y que media tres cuartas de punta á punta de las alas... ¡Todo mentira, créame usted, señora, todo mentira!

Añade usted que un domingo me zampé una paloma... Eso sería verdad... y aun que no fuera domingo me la hubiera zampado igualmente, porque no las como solamente los días de fiesta, sino todos los días que las atrapo...

Y de eso nacería el error de usted. Oiría usted decir que la garduña había comido una paloma, y como también las comen los azores, creyó usted, en su ignorancia inverosímil, que la garduña era una ave de rapiña.

Y luego se puso usted á escribir sin preguntar á nadie (contra el consejo que repetidas veces la han dado á usted personas ilustradas y caritativas, de que pregunte usted las cosas antes de escribir), y salió usted con su cuento *Pena de muerte*, que ha sido verdaderamente cuento de risa.

Conque cónstela á usted, señora, que yo no tengo alas; y con expresiones á su compañero de equivocación el dibujante Sr. Heras, que ha tenido á bien representarme allá arriba en los aires en figura de cernolín, mande usted

con toda franqueza á su atenta y humilde servidora.—MARTA.

POSTDATA.—En este momento, escuchando á otros cazadores que, abajo en las habitaciones del parador, leen y comentan un libro, me entero de que usted, señora doña Emilia, por no dar su brazo á torcer, como suele decirse, ha tratado de defender su error garrafal de que yo, pobre mustélida, tengo mi par de alas y levanto el vuelo igual que un pájaro.

Y como la defensa no era muy fácil ni usted muy habilidosa, el resultado parece que ha sido... aquello que usted decía equivocadamente que me habían visto hacer á mí en las nubes, la *plancha*; una nueva plancha no menos risible que la de antes.

Cuentan estos cazadores que todavía sostiene usted que yo tengo alas, por lo menos en Galicia.

¡Qué simpleza, señora! Ni en Galicia, ni en ninguna parte. En Galicia soy lo mismo que aquí. ¡Figúrese usted si lo sabré yo, cuando precisamente de Galicia vino mi abuela hasta los alrededores de Madrid, siguiendo á una galera que traía entre su cargamento una gran jaula de gallinas!... Y sin probarlas, porque venía allí un condenado de un perro que no se dormía nunca. Se lo oí muchas veces...

Pues sí, como la iba diciendo, uno de estos

cazadores está contando á sus compañeros que... Pero mejor será trasladarla á usted lo que dice:

—... Y nuestra doña Emilia, en vez de retirar de la circulación el malaventurado cuento para que se fuera olvidando, le ha reproducido con otros varios hermanos en sosura en un libro, y allí, disimuladamente, sin aparentar defenderse contra las bromas de que ha sido objeto, como aquella de *Gedeón* cuando el estreno del *Cirano* de Rostan (1), desliza usted la especie de que en Galicia se llama garduña al milano. Para hacer creer á sus lectores esta paparrucha—continúa el cazador—ha ideado doña Emilia una traza que á ella la habrá parecido muy ingeniosa y fina, pero que es tan burda que se descubre desde una legua. La traza consiste en poner al final del libro, á modo de vocabulario, una lista de palabras con el siguiente encabezamiento:

«Significación de algunas voces regionales usadas en este libro, para inteligencia de los que desconocen el habla y modismos gallegos».

—Y entre esas voces—dice otro cazador—figurará la garduña... con alas... Por supuesto.

-
- (1) Son tres poetas de Cataluña
Que han hecho solos la traducción;
Y con sus versos de triple cuña
Vuelan más altos que la garduña
De doña Emilia Pardo Bazán.

—Claro, hombre; ni que decir tiene. Figura la *garduña* con la calumniosa definición de «ave de rapiña, especie de milano». ¡Como que sólo para eso hizo doña Emilia su lista!

—Sí, evidentemente.

—Lo malo es que, como la pobre doña Emilia sabe tan poco de todo, fué tan corto el número de palabras que logró reunir en su vocabulario, que éste resulta sumamente ridículo. ¿Sabéis cuántas *voces regionales*, como ella dice, ha llegado á juntar doña Emilia para hacer compañía á su *garduña*?... Unas cuarenta.

—¡Buen recado!

—¡Ah! pues todavía no sabéis lo mejor... ó lo peor, si queréis, para doña Emilia, y es que de esas cuarenta palabras, la mayor parte son tan gallegas y tan regionales como el sol y la luna: es decir, que son palabras de uso general y algunas comunísimo conocidas en todas partes, hasta en la Academia, que es cuanto puede decirse; pues las trae el Diccionario oficial.

—¡Qué cosas tienes!

—¡Siempre con tus bromas!

—¡Siempre el mismo!

Esto dijeron casi á un tiempo los otros cazadores, y se reían mucho. Pero el que habló primero les replicaba:

—No es broma, no seáis inocentes, no creáis que es broma. Aquí teneis el libro. Veréis,

veréis cuáles son las palabras cuya significación ha creído necesario explicar á sus lectores doña Emilia... Mirad:

ATERECIDOS. En el Diccionario está el verbo *aterecerse*, como *aterirse*.

CAZATA...

—¡Ja ja ja! (risa general).

—¿Creerá la buena señora que sólo en Galicia se dice cazata?...

—Bueno, pues ved lo que son las cosas: cazata no está en el Diccionario; pero es palabra que, no siendo los académicos, nadie desconoce en España.

—CHICHARROS...

—Conocida en todas partes.

—Hasta en Bilbao.

—Y hasta en la Academia.

—COMPANGO... Está en el Diccionario.

—Y es de uso popular.

—ESPETAR...

—Conocidísimo.

—Y también en el Diccionario académico.

—MANCAR... Lo mismo.

—PENCO...

—¿Penco?—pregunta uno.

—¡Penco! —dice admirándose otro.

Aquí las carcajadas son tan fuertes que me estremecen el desvan.

—¿Pero también penco cree doña Emilia que es palabra desconocida fuera de Galicia?

—dice otro.

—¿Pero habrá algún pueblo en España donde no se diga y se oiga mil veces la palabra *penco*?

—Que además está en el Diccionario.

—Pero ¿dónde ha vivido esa señora? se preguntan los cazadores unos á otros, y continúan riéndose un buen rato.

El que tiene el libro continúa:

—RAPOSO... *Zorro*...

Aquí sueltan otra carcajada estrepitosa.

—¿Qué nos cuenta usted, doña Emilia?

—¡Si es tan vulgar un nombre como el otro!

—Y ambos están en el Diccionario.

—ROJA... rubia... Y así por este estilo. De modo que, como veis, para poner cuarenta palabras de escolta á su *garduña*, ha tenido que reproducirlas del Diccionario...

—¡Tiene gracia!

—No ha conseguido más que poner de manifiesto su ignorancia.

—¡Ya, ya!... ¡Y precisamente ahora que acaban de hacerla Consejera de Instrucción pública!

—Pues ¡vaya unos *consejos* que dará en asuntos de instrucción!—¡Vaya unos informes!

—Particularmente en Historia Natural... Informará que la *garduña* vuela.

—¡Si que en asuntos jurídicos!... ¡inhibiéndose al revés!...

—¡Pues anda que si la toca hablar de religión y trabuca las penas de daño y de senti-

do... Ó la da por colgarle á San Pablo epístolas apócrifas!

—¡Y no digamos nada si se mete en frases, y ponderando la buena salida de una mercancía dice que *se vende como pan bendito*... que es el único pan que no se vende!

—En esos errores ya no caerá; porque hace tiempo que la sacaron de ellos, con advertencias más ó menos suaves, almas caritativas. Pero caerá en otros.

—Ó no ha de hablar, ó...

Todo esto dicen riéndose mucho los cazadores... Conque allá usted, señora. Yo me limito á decirla á usted otra vez que no tengo alas, y por lo demás, como dice el sacristán de Galapagar cuando viene á merendar abajo y murmura de alguno, *relata refero*.

Suya *ut supra*.

MARTA.

FIN

ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
8	26	en	es
28	11	pedir <i>algo</i> al	pedir al
30	20	<i>dormitad</i>	<i>dormitat</i>
55	15	las obras	de las obras
87	18	verso	verbo
87	30	hemitiquios	hemistiquios
96	23	demasiados	demasiado
146	18	ábate que quiere	ábate quiere
168	5	beueingusto	de buen gusto
205	14	¡Y tan pesado!	¡Y tan pasado!
213	19	llamen	llame
223	18	ahora	ahora
244	20	una	un
254	11 y 12	desliza usted la	desliza la

INDICE

	<u>Páginas</u>
I.—CRONICUERÍAS.....	5
II.—MÁS CRONICUERÍAS.....	23
III.—PAGANDO UNA VISITA.....	39
IV.—UNAMUNADAS.....	61
V.—UNAMUNO EN VERSO.....	81
VI.—OTRO POCO DE UNAMUNO.....	93
VII.—ARENILLAS POÉTICAS.....	107
VIII.—EMILIANAS.....	113
IX.—PRUEBAS DE LIMPIEZA.....	137
X.—ZOLEOS.....	145
XI.—CASI-ASTRONOMÍA.....	153
XII.—NI UNO NI OTRO.....	159
XIII.—FIESTAS MADRILEÑAS.....	167
XIV.—ESPIGUEO.....	185
XV.—COGIDAS.....	201
XVI.—ATREVIMIENTOS.....	219
XVII.—CARTA DE LA GARDUÑA.....	243

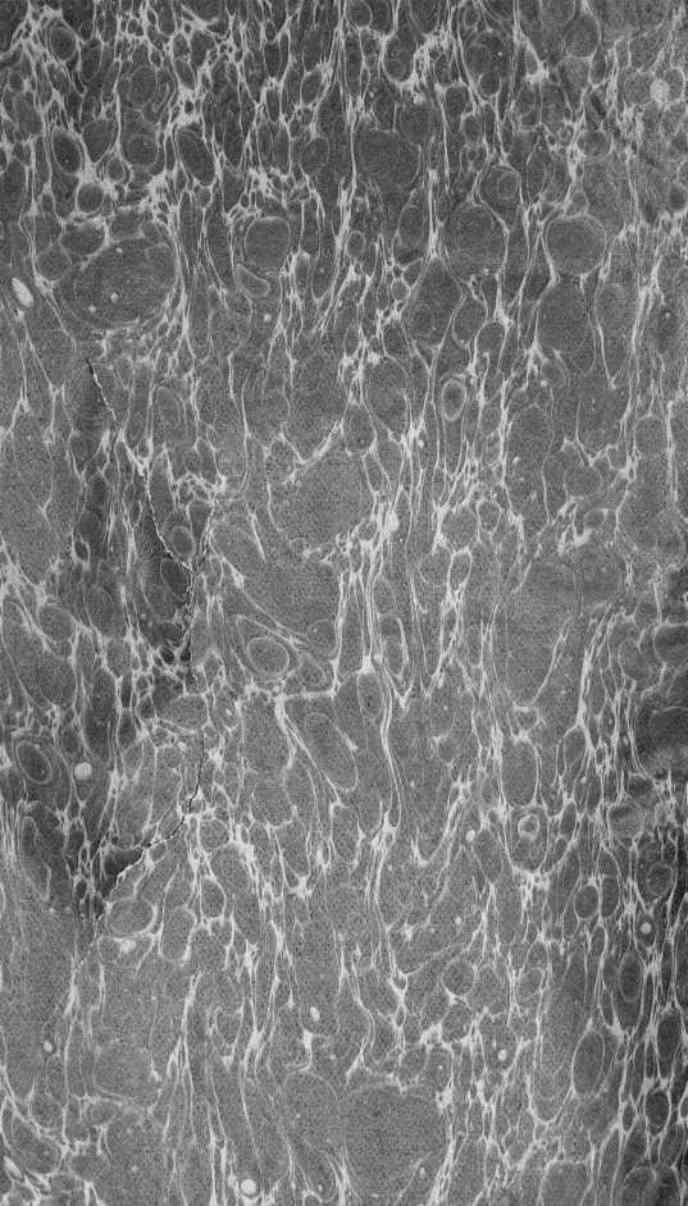
PROTESTA

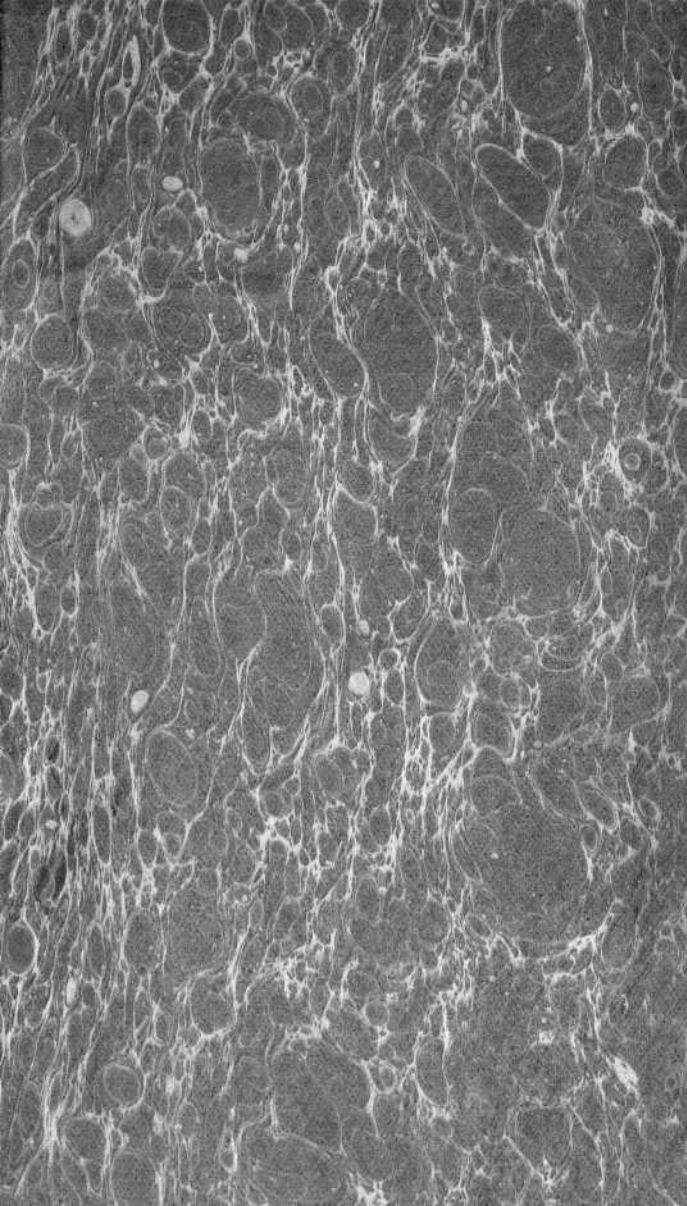
Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

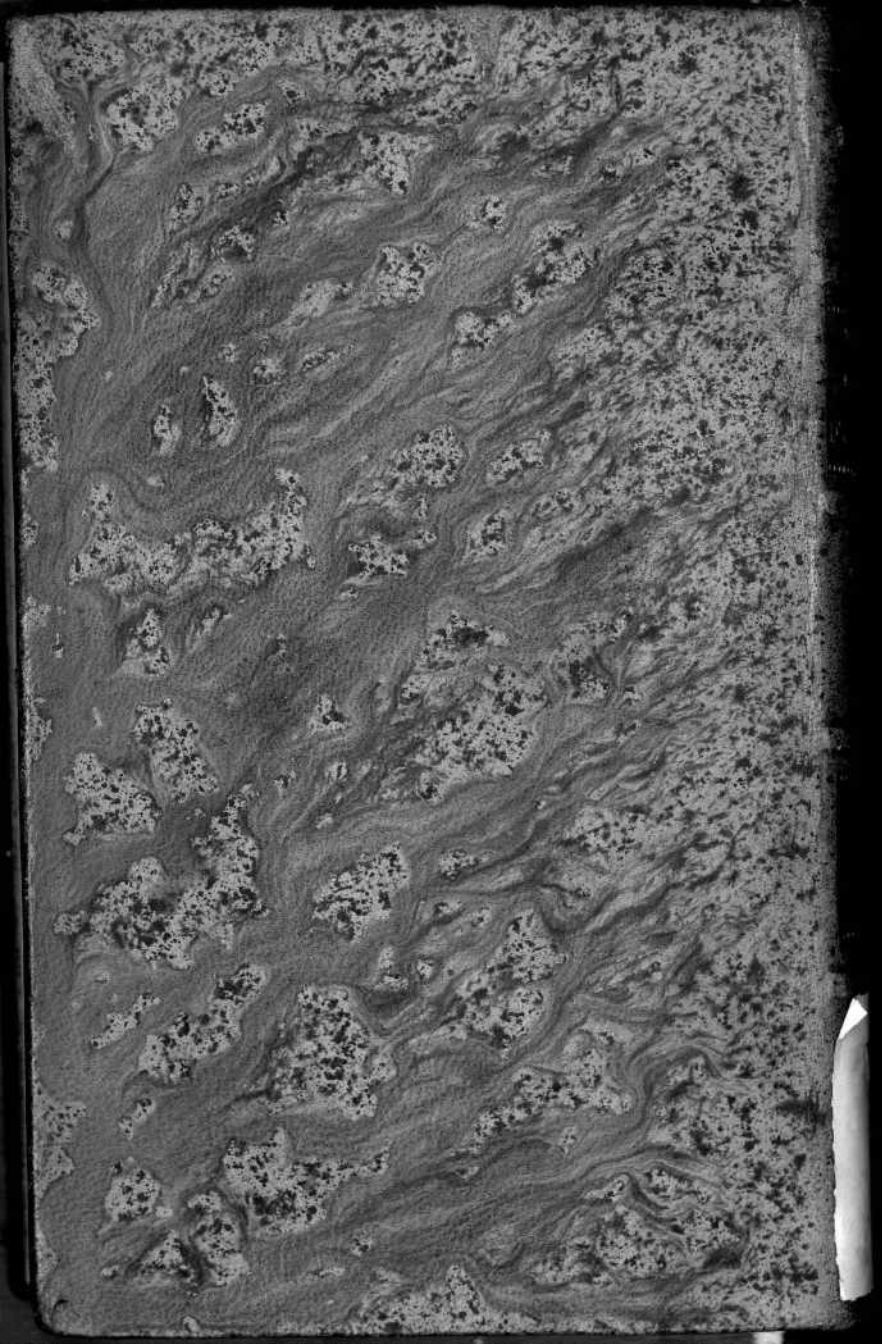
EL AUTOR.

*Se acabó de imprimir este libro
en la Imprenta del Asilo de
Huérfanos del S. C.
de Jesús el viernes
7 de Abril de
1911.*









Establecimiento

VALBUENA

—————

VALBUENA

CORRECCIÓN

FRATERNAL

—————

VALBUENA

VALBUENA

—————



VALBUENA

G 20563